

UN ROMANCE DE HARÉN INVERSO CON LA MAFIA RUSA



EL CLUB DE LOS
MILLONARIOS
BRATVA

La Niñera de
LOS JEFEES
Bratva

CELESTE RILEY

La Niñera de los Jefes Bratva

Un romance de harén inverso con la mafia rusa

El Club de los Millonarios Bratva - Libro 1

por

Celeste Riley

Copyright © 2024 por Celestine Publishing Ltd.

Contacto: Celeste-Riley@mail.com

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Contenido

[Capítulo 1: Una deuda de sangre](#)

[Capítulo 2: La ilusión del control](#)

[Capítulo 3: Espacio para el error](#)

[Capítulo 4: Sin avisos](#)

[Capítulo 5: Corrientes subterráneas](#)

[Capítulo 6: Emboscada](#)

[Capítulo 7: Control de daños](#)

[Capítulo 8: Los labios no mienten](#)

[Capítulo 9: A comer](#)

[Capítulo 10: Mordisco a mordisco](#)

[Capítulo 11: Pistas en el cliché](#)

[Capítulo 12: Una noche a solas](#)

[Capítulo 13: Amor duro](#)

[Capítulo 14: Un respiro](#)

[Capítulo 15: En el agua](#)

[Capítulo 16: Sumergidos en secretos](#)

[Capítulo 17: Despedida](#)

[Capítulo 18: ¿Perdido y encontrado?](#)

[Capítulo 19: Una noche de vigilia](#)

[Capítulo 20: La hora silenciosa](#)

[Capítulo 21: Cebo y cambio](#)

[Capítulo 22: A la fuga](#)

[Capítulo 23: Sin trucos](#)

[Capítulo 24: Sin promesas](#)

[Capítulo 25: Despedida](#)

[Capítulo 26: Un momento de paz](#)

[Epílogo](#)

[**CONÉCTATE CONMIGO**](#)

[**SOBRE LA AUTORA**](#)

Capítulo 1: Una deuda de sangre

Dmitri

Mierda. Aleksandr golpea la carpeta contra la mesa, las fotos se esparcen como si fueran confeti, excepto que esto no es una maldita fiesta. Nikolai se sirve otro vaso de vodka, con la cara más pétrea que jamás haya visto. Miro fijamente las fotos del traidor. Nuestro traidor. Y su hija, esa pobre inocente, me mira desde una fotografía, felizmente ignorante.

— No puedo creer que Sergey haya hecho esto — murmura Aleksandr, pasándose los dedos por el cabello. — Traicionados por nuestra propia gente.

— La pregunta es, ¿qué hacemos con ella? — Nikolai señala con la mano la foto de la niña. — No podemos simplemente arrojarla al mar.

— Yo digo que nos quedemos con ella. — Mis palabras flotan en el aire, como el humo de una pistola. — Ella es un símbolo. Un recordatorio constante de lo que sucede cuando alguien nos traiciona.

Nikolai le da un trago a su vodka, deja el vaso con un tintineo y resopla. — ¿Quedarnos con una maldita niña de tres años? ¿Acaso sabes algo de niños?

Respiro hondo y aprieto los puños. — Todo lo que sé es que este cabrón, este de ahora, es en parte obra nuestra. Es nuestra maldita culpa que Sergey se haya descarrilado.

Aleksandr interrumpe. — ¿Nuestra culpa? ¿Estás diciendo que nosotros lo empujamos a que nos traicionara? Eso es una gran estupidez.

— ¿Lo es? — respondo. — Sabíamos que era inestable, que estaba emocionalmente comprometido. Y lo mantuvimos cerca porque era útil.

Nikolai se inclina, con fiereza. — Entonces, ¿qué, Dmitri? ¿Quieres una estrella dorada por

admitir que la hemos cagado?

— No — replico. — Quiero que lo solucionemos, empezando por ella. Ella es inocente en todo este embrollo. Se lo debemos.

Aleksandr, que, por lo general, se mantiene como una fortaleza de hielo, estalla de repente. — Bien, haz lo que te dé la maldita gana. Yo me largo de aquí. La bastarda de un traidor no es mi responsabilidad.

Se levanta bruscamente, tirando la silla hacia atrás, y sale furioso de la habitación. La puerta se cierra tras él con un golpe que persiste.

Miro fijamente el espacio vacío que ha dejado y luego a Nikolai. — Pues, vaya mierda. Parece que ahora solo quedamos tú y yo.

Nikolai rellena su vaso, lo mira, decide no beberlo y vuelve a dejarlo en su sitio. — Aleksandr ya entrará en razón. Él es... es Aleksandr. Pero eso no resuelve nuestro problema inmediatamente. ¿Qué hacemos ahora?

Los dos giramos la cabeza hacia la niña, que lleva llorando lo que parece una eternidad. Ahora está más tranquila, embelesada con algún dibujo animado en el televisor que le hemos puesto.

Nikolai se levanta de la silla con la mirada severa y el rostro tormentoso. Incluso en medio de este caos, el hombre parece salido de una maldita revista GQ: traje a medida, mandíbula afilada.

Se acerca a la niña, se arrodilla, pero mantiene una distancia respetuosa.

La niña retrocede, quizá por el persistente olor a humo de cigarrillo que desprende o quizá por la cicatriz que recorre su mejilla como una bandera de batalla.

— Mírame, niña. ¿Tienes algún familiar? ¿Una... babushka? — Su voz es más suave de lo que he oído nunca, pero sigue teniendo un filo de acero.

Ella niega con la cabeza, con su pequeña mano sujetando un zumo. Le chorrea la nariz y, por primera vez, siento el peso de la situación.

Veo cómo los ojos de Nikolai, normalmente duros, parpadean con algo que no puedo identificar. ¿Es arrepentimiento? ¿Duda? Sea lo que sea, desaparece en un instante, enterrado bajo capas de endurecida resolución.

— Entonces está realmente sola — murmura Nikolai, levantándose y volviendo a la mesa. — Tenemos mucho trabajo por delante.

— Sí — asiento, bloqueando mi teléfono y dejándolo en la mesa. — Así es.

Justo cuando Nikolai está a punto de sentarse, su teléfono suena. Una notificación. Qué extraño, teniendo en cuenta que el tipo casi nunca mira su teléfono durante nuestras reuniones. Debe ser urgente. O una mujer. Con Nikolai, su lista de conquistas es tan larga como sus antecedentes penales.

— Escucha, Dmitri — dice finalmente tras echar un vistazo a su teléfono y de silenciarlo. — Ella se queda, al menos hasta que averigüemos si tiene algún familiar vivo. A excepción de su madre.

— ¿Y los servicios sociales? ¿Crees que van a desentenderse de una niña que ha quedado huérfana de repente? — cuestiono.

— A la mierda los de servicios sociales. De todas formas, no van a encontrar a nadie con el apellido Kuznetsov — replica. — Además, deberíamos centrarnos primeramente en buscar información sobre su madre. Quizá haya algún familiar por ese lado.

Él tiene razón. Para bien o para mal, esta niña tendrá que quedarse con nosotros por el momento.

— De acuerdo — digo, reclinándome en la silla. — Nos quedaremos con ella, pero lo haremos bien. Empezando por encontrar una maldita niñera.

Nikolai golpea la mesa con sus dedos, en una inusual muestra de impaciencia.

— Pero asegúrate de que la niñera que contrates no tenga vínculos con ninguno de nuestros rivales. Lo último que necesitamos es otra traición. Además, asegúrate de que al menos sea sexy.

Levanto una ceja. — ¿Sexy? ¿Ahora piensas seducir a la niñera?

Pone los ojos en blanco. — No seas idiota. Es solo una preferencia. Ayuda con... los ánimos.

— ¿Los ánimos? ¿Dirigimos una guardería o un burdel? — Sonrío, pero lo comprendo.

Hay algo reconfortante en los rostros estéticamente agradables.

— Guardería, burdel, todo es la misma mierda. Ambas son caóticas y acaban costándote caro — dice, reclinándose en su silla.

Me río entre dientes. — De acuerdo, una niñera sexy y sin afiliación será entonces. Y si Aleksandr tiene algún problema con eso, puede irse al demonio.

Nikolai levanta la vista de su teléfono y me llama la atención. — No debería enterarse de todos nuestros asuntos, Dmitri. También debemos asegurarnos de que a quien contratemos nos sea leal.

Suspiro. — ¿Qué tan complicado puede ser contratar a una maldita niñera? No estamos reclutando para la CIA.

Nikolai resopla. — Tal vez deberíamos, teniendo en cuenta nuestra línea de trabajo.

Hago una pausa, pensando. — Necesitamos a alguien inocente. Tal vez alguien que haya terminado recientemente la universidad, una veinteañera. Alguien que no sospeche nada.

Nikolai sonrío, algo poco frecuente. — Inocente e ingenua, pero lo bastante lista para cuidar de una niña. Eso me gusta. Así es menos probable que se meta donde no debe.

— Exactamente — estoy de acuerdo. — Pero encontrar ese equilibrio perfecto entre inocencia y capacidad no será fácil. Tendremos que analizarlas cuidadosamente.

Asiente con la cabeza. — Y con rapidez. El tiempo no está de nuestro lado, especialmente con Aleksandr comportándose como un imbécil con toda esta situación.

— Créeme, soy consciente de ello — le digo, sintiendo el peso de las manecillas del reloj. — Empezaré a buscar esta misma noche. Mañana a más tardar.

— Bien — dice Nikolai, bloqueando su teléfono y dejándolo a un lado. — Porque nos guste o no, ahora somos todo lo que tiene esta niña.

Asiento con la cabeza. Es una dura verdad, pero no por ello menos cierta. Somos su única opción.

Me inclino hacia delante, apretando los dedos. — Además, ¿qué demonios le pasa a Aleksandr? ¿Por qué le molesta tanto una niña de tres años?

Nikolai sacude la cabeza. — No actúes como si no lo supieras. Lo conoces de toda la vida.

— ¿Esto es por lo de Sergey otra vez? — pregunto.

Nikolai suspira. — Sigue pensando que Sergey era inocente.

Me río, burlándome de lo absurdo. — Oh, qué conmovedor. El frío Aleksandr sintiendo lástima por Sergey, justo antes de meterle una bala en la cabeza. Déjame adivinar, ¿lo miró a los ojos mientras apretaba el gatillo, buscando su alma?

Nikolai sonríe. — Algo así. Pero no actúes como si te sorprendiera. Aleksandr puede ser frío, pero no está completamente desprovisto de emociones. Solo que lo oculta mejor que nosotros.

— Es verdad — admito. — Pero ¿cuál es su problema con la niña? ¿Se siente culpable por lo de Sergey, o hay algo más?

Nikolai se encoge de hombros y sus ojos se oscurecen un poco. — Tal vez sea culpa. O quizá la niña le recuerda vulnerabilidades a las que no quiere enfrentarse. Con Sergey, había elección. Con esta niña, no.

Asiento con la cabeza, reflexionando sus palabras. El duro exterior de Aleksandr siempre ha tenido grietas, por muy pequeñas que fueran.

— Entonces, ¿qué? ¿Lo dejamos sumirse en su propia confusión emocional mientras resolvemos esto?

Nikolai suspira. — No tenemos tiempo para actuar como sus terapeutas. Esté de acuerdo o no. Ahora tenemos problemas mayores.

Estoy de acuerdo, pero es algo inquietante. El estado emocional de Aleksandr podría ser un

inconveniente, y lo último que necesitamos es otra complicación.

— Muy bien, mejor centrémonos en la búsqueda de la niñera perfecta. Y, sin perder de vista a Aleksandr, por si acaso.

Nikolai toma su teléfono, presumiblemente para reanudar su interminable flujo de mensajes de texto.

— Estoy de acuerdo. Tenemos que hacer que esto funcione, con o sin Aleksandr.

— Sí — digo, mirando hacia la zona donde la niña está ahora mirando tranquilamente la televisión.

Está perdida en un mundo de dibujos animados, felizmente ajena al caos que la rodea.

— Somos todo lo que tiene. No vayamos a cagarlo.

Mi cabeza es un maldito desastre, los engranajes giran sin parar. Tengo un montón de cosas que ordenar antes del amanecer. Por supuesto, tenemos lo básico, pero con una niña, todo cambia. ¿Y contratar una niñera? Otra especie de infierno. No somos como esas otras familias de la mafia, que secuestran o chantajea a la gente para que se conviertan en la servidumbre.

Quien acepte el trabajo de niñera tiene que preocuparse de verdad por la niña, pero también ser lo bastante disciplinada como para seguir órdenes sin rechistar.

Mientras reflexiono, mi teléfono suena. Es mi madre, tengo que cambiar el tono de llamada, me llama con toda su estridencia.

— ¿Un estafador? — pregunta Nikolai.

Él ha estado recibiendo mensajes raros últimamente. Pensó que quizás yo estaba en su misma situación.

— No, es mi madre — le digo, y no contesto.

Ya tengo suficiente con lo mío como para añadirle un regaño maternal.

Dirijo mi atención hacia Nick. — Tenemos que mantener esto en secreto. Nadie fuera de esta habitación debe saber lo de la niña.

No podemos dejar que la gente sepa que, después de todo, tenemos un lado blando. No somos una organización benéfica que adopta niños desamparados. Somos la maldita Bratva.

Nick lo entiende. — Cuanta menos gente lo sepa, mejor. En boca cerrada no entran moscas.

Pero luego arquea una ceja. — ¿Cómo diablos vamos a encontrar una niñera sin levantar sospechas? No podemos ponerlo en la Craigslist, maldición.

Sonrío. — La network de Grace no se limita solo a la Bratva. También tiene oídos y ojos en el mundo civil. Le avisaré, y ella nos encontrará a alguien que realmente pueda hacer el trabajo.

Él asiente. Tenemos un plan, y justo a tiempo.

Hago una pausa y alzo la voz, dirigiéndome hacia la niña. — Hey, ¿cómo te llamas?

Ella voltea para mirarnos, esta pequeña cosita con ojos grandes. Unos ojos vacíos.

— Vamos, es la pregunta más sencilla en español — murmura Nikolai.

Frustrado, cambio al ruso. — ¿Kak tebya zovut?

Y entonces, ella habla, su voz apenas por encima de un susurro. — Alina.

Hay un silencio que le sigue, llenado solo por el peso de su única palabra.

— Alina — repito, dejando que su nombre flote en el aire.

Es un momento de claridad en medio del caos. — Muy bien, Alina. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Nikolai me mira, y luego a Alina. — Sí, es verdad. Tenemos mucho maldito trabajo por hacer.

Alina. Tan pequeña, tan inocente. ¿Cómo acabó enredada en nuestro jodido mundo?

Capítulo 2: La ilusión del control

Aleksandr

Mis ojos se abren de golpe ante la suave luz del amanecer que se filtra a través de las pesadas cortinas. Estoy en mi amplia cama, tamaño king y acorde con el hombre que soy.

Sábanas del mejor algodón egipcio, paredes adornadas con obras de arte que valen más de lo que la mayoría de la gente podría ganar en toda su vida. Mi dormitorio es tan amplio como lujoso, parte de la mansión sirve tanto de hogar como de sede oculta para nuestras operaciones de la Bratva.

Tumbada junto a mí, apenas moviéndose, está una mujer. Su piel, de un hermoso tono caoba.

Las sábanas de seda roja se pegan a su cuerpo. Por un momento, dejo que mis ojos se posen en ella, admirando la curva de su espalda, la elegante línea de su cuello. Pero solo un instante. El sentimentalismo es una debilidad que no puedo permitirme.

Me deslizo fuera de la cama, sin importarme si la despierto, y tomo algo de ropa. En el gran cuarto de baño, con suelo de mármol y una ducha en la que cabrían cinco personas, me sitúo ante el lavabo. Abro el grifo, lo dejo correr unos segundos y me salpico la cara con agua helada.

Un intento inútil de limpiar mis pensamientos, de lavar el inquietante sonido de un gatillo presionado hace semanas. Sergey. El hombre que tuve que matar. Mi amigo.

Los ecos de aquel disparo resuenan en mi mente como si hubiera sucedido ayer. Siento el peso del arma en mi mano, oigo la explosión ensordecedora, veo sus ojos justo cuando la vida los abandona. Un traidor a muerte, pero un hombre al que una vez llamé hermano.

Mis manos se agarran al borde del lavabo, con los nudillos blancos. En un repentino arrebato de ira y con la necesidad de expulsar este tormento interior, mi puño vuela hacia delante,

estrellándose contra el espejo. Éste se hace añicos y los fragmentos del cristal caen sobre el lavabo y el suelo de mármol. Mi mano está lacerada, gotas de sangre se mezclan con el espejo roto.

— ¡Mierda! — miro fijamente el desastre, mi reflejo ahora fragmentado, distorsionado en los pedazos de cristal; cada uno de los cuales refleja una parte distinta de mí.

El líder despiadado, el amigo traicionado, y el cuidador de una maldita niña.

Se me encoge el pecho. No por el dolor en mi mano, sino por algo más profundo, algo que he enterrado tan profundamente y que rara vez se muestra. ¿Arrepentimiento? No, el arrepentimiento es para los débiles. Tal vez sea la constatación de que, a pesar de todo mi poder, de todo mi control, hay cosas que ni siquiera yo puedo cambiar.

Mi teléfono vibra sobre la encimera del baño y un mensaje ilumina la pantalla. Es de Dmitri, probablemente para ponerme al tanto de nuestra nueva «situación» con la niña.

Los desgraciados no pueden ocuparse de nada sin mí.

Vuelvo a abrir el grifo, esta vez para lavarme la sangre de la mano. Me la envuelvo rápidamente con una toalla, haciendo una mueca de dolor, pero apreciando la gran claridad que me produce el dolor. Haré que alguien limpie este desastre, me suture la mano y vuelva a colocar el espejo. Las cicatrices físicas sanarán, siempre lo hacen.

En cuanto a las cicatrices que llevo dentro, no son más que otra capa de armadura en una vida plagada de batallas. Es otro día, otra serie de retos, y me guste o no, la niña forma parte ahora de nuestro jodido mundo.

Lidiaré con ello, como siempre lo he hecho.

Las palabras... «*La niñera está aquí, Alex. Ven abajo*», aparecen en mi teléfono, y puedo sentir la ira hirviendo dentro de mí incluso antes de desbloquear la pantalla. ¿Una niñera? ¿Han perdido la maldita cabeza Dmitri y Nick? En un mundo donde la confianza escasea y la traición es barata,

invitar a una extraña a nuestra casa es casi como pintarnos una diana en la espalda. Especialmente con enemigos como la banda Razgovorov acechando en cada esquina.

Sin perder tiempo, me pongo los pantalones y los zapatos, meto el móvil en el bolsillo de mis pantalones negros, me pongo una camisa blanca y me dirijo escaleras abajo. Mis botas emiten un ruido pesado y decidido a cada paso, reverberando por los vastos pasillos forrados de madera oscura e iluminados por unos candelabros estratégicamente colocados. Mis ojos ya están escrutando, evaluando, juzgando.

Y ahí está ella, la nueva niñera. A primera vista, parece terriblemente corriente. Cabello castaño recogido en una cola de caballo, ojos verdes que parecen demasiado curiosos para su propio bien, y vestida de una manera que sugiere que es joven e ingenua.

Unos veinte años, quizás. Tiene las manos entrelazadas mientras se ríe de alguna trivialidad que le está diciendo Dmitri. Un chupete que cuelga de su muñeca es lo único que la identifica como niñera y no como una chica cualquiera.

Corto el espacio entre nosotros, mis ojos se clavan en Dmitri. — ¿Qué diablos es esto?

La sonrisa de Dmitri se transforma en algo forzado, algo que reconozco de inmediato. Es la misma sonrisa que lleva desde que empezó todo este lío de Alina.

— Es nuestra niñera, Emma. Para nuestra sobrina, Alina. Empieza hoy.

Ah, sobrina. ¿Eso es lo mejor que se le pudo ocurrir?

La mujer, Emma, da un valiente paso hacia mí y me tiende la mano. — Hola, señor, mi nombre es...

— Me importa una mierda quién seas — la interrumpo bruscamente, mirándola fijamente hasta que su mano extendida cae sin fuerzas a su costado. — Te largas. Ahora mismo.

Nick, aparentemente divertido, pone los ojos en blanco y se apoya en el marco de la puerta. — No, no se va. Ella se queda. Puede que a ti no te importe lo que le pase a Alina, pero a algunos de

nosotros sí. Así que, si tienes algún problema, te sugiero que lo resuelvas. Rápidamente.

Dejo que mi mirada pase de la sonrisa falsa de Dmitri al rostro aprensivo de Emma y, por último, a la mirada desafiante de Nick. Esto no me gusta, ni un poco, pero si creen que voy a dejar que una desconocida nos ponga en peligro sin mantenerla vigilada, son más estúpidos de lo que pensaba.

— Bien — escupo, sin apartar los ojos de Nick. — Pero si algo sucede, es culpa tuya.

Dmitri acompaña a la chica fuera de la habitación, jugando al caballero consumado como siempre. Ahora solo quedamos Nikolai y yo.

— Yo me encargo. — Nick levanta la carpeta que lleva bajo el brazo y esboza una media sonrisa. — Hemos comprobado sus antecedentes, la hemos investigado a fondo... y mi gente ha hecho un buen trabajo.

— ¿Y crees que eso es suficiente? — Cruzo los brazos, haciendo que la sonrisa de Nick se tambalee. — Porque sé lo fácil que es montar una maldita historia falsa.

Nick suspira, exasperado. — ¿Por qué no me crees?

— Te creo. Pero estos italianos están diez pasos por delante de nosotros. Así que déjame preguntarte una cosa. — Tuerzo un dedo hacia un lado y lo dirijo hacia el verdadero objetivo de mi pregunta. — ¿Cuánto tardaste en averiguar su procedencia? ¿Y cómo lo hiciste sin revelar tu identidad?

Nick sabe que no necesito preguntar el motivo de esa relevancia. Cualquiera que tuviera los oídos bien abiertos podría averiguar lo de Alina, pero averiguar su paradero y sobre los ex-empleadores de su padre, que ahora se ocupan de ella, eso requiere verdadero interés.

Sé lo que necesita esta chica si quiere trabajar aquí, y no es una comprobación de sus antecedentes.

Nick me acerca la carpeta, con una mirada pensativa. — Si pasa la prueba, confiarás en ella.

Tomo la carpeta, la abro y escaneo los documentos que contiene. Expedientes escolares, historial laboral, capturas de pantalla de redes sociales, todo lo que se esperaría de una comprobación exhaustiva de antecedentes. Pero no es eso lo que me interesa. Son las fuentes confidenciales, las insinuaciones y los rumores de la gente bien informada, lo que realmente indica si alguien es de fiar.

— Bien — digo finalmente, cerrando la carpeta y empujándola de nuevo hacia Nick. — Pero entiende esto: si está limpia, se convierte en nuestra responsabilidad. Si alguien intenta hacer un movimiento contra nosotros, ella se convierte en un objetivo como cualquiera de nosotros.

Nick asiente, con la mirada seria. — Lo entiendo, Aleksandr. Créeme, lo entiendo.

— Bien — digo, apretando la mandíbula. — Y que quede claro una cosa más. Ella no debe enterarse de nada de nuestros asuntos. Está aquí por Alina, no para hurgar donde no debe.

— De acuerdo — responde Nick, recogiendo la carpeta y metiéndosela de nuevo bajo el brazo.

— Entonces, ¿vas a calmarte ahora, o debo pedirte una maldita bola antiestrés?

Me burlo de su broma, pero en el fondo sé que relajarse no es una opción. No en nuestro mundo. Y menos cuando hay una extraña paseando por nuestra casa, por muy «investigada» que esté.

— Haz lo que quieras — le digo, sin apartar los ojos de los suyos. — Pero dormiré mejor cuando sepa que es tan leal como necesita serlo para mantenernos a todos a salvo. Hasta entonces, quédate con tu maldita bola antiestrés.

Nick se ríe entre dientes, pero su mirada me dice que lo ha entendido. — Me parece justo. Haré que mis chicos empiecen la siguiente fase de investigación. Y Aleksandr...

Arqueo una ceja, invitándolo a continuar.

— Tal vez quieras darle una oportunidad. Por el bien de Alina, o por el tuyo.

Sostengo la mirada un momento más, sopesando sus palabras. Luego, sin decir palabra, me doy la vuelta y vuelvo a la intimidad de mi propio espacio, contemplando la cuerda floja por la que

caminamos en este momento. Lealtad, traición, confianza; son una mezcla peligrosa, y un paso en falso podría derrumbarlo todo.

Capítulo 3: Espacio para el error

Emma

Grace me está mostrando el sitio. Lleva el cabello corto y pelirrojo perfectamente peinado. Es la personificación de la elegancia corporativa, hasta en su fría conducta. Debe ser la asistente o algo así. Para lo que deba ser... su negocio.

— Esta es la sala de estar principal — dice, señalando desdeñosamente el opulento espacio adornado con arañas de cristal y lujosas alfombras. — No pasarás mucho tiempo aquí.

Sí, no me digas.

— Arriba están las habitaciones privadas. Nunca irás allí. Ya pensaré en una habitación para ti. La cocina está por allí —señala con indiferencia— pero no necesitarás cocinar. Tenemos personal para eso.

Levanto una ceja. — Entonces, ¿qué es lo que realmente voy a hacer?

— Cuidar de Alina. Ese es tu único propósito.

— Entendido — respondo, aunque no estoy segura de entenderlo del todo. — ¿Y qué hay de las otras personas de la casa? Nikolai, Aleksandr y Dmitri. ¿Voy a interactuar con ellos?

Grace se ríe, un sonido carente de calidez. — ¿Interactuar con ellos? Créeme, no estás preparada para lidiar con esos tres. No «interactúan» a menos que les resulte provechoso.

— Oh — digo, con la sílaba cargada de pensamientos no expresados. — Entonces, básicamente, ¿mantenerme fuera de su camino?

— Chica lista — dice, entrecerrando los ojos como si me desafiara a contradecirla. — Cíñete a tus obligaciones, mantén a Alina a salvo y entretenida, y estarás bien. Intenta involucrarte en

asuntos que no te conciernen y descubrirás rápidamente que éste no es el lugar para ti.

Luego, Grace añade, con una sonrisa sardónica curvando sus labios. — Aunque, para ser honesta, aún no estoy convencida de que tengas la habilidad necesaria ni siquiera para eso.

Sus palabras son un golpe seco, un claro intento de debilitar mi confianza. — Te aseguro que soy totalmente capaz de hacer mi trabajo.

— Ya veremos — dice desdeñosamente, girando ya para marcharse. — Recuerda, eres fácilmente reemplazable. — Me mira de arriba abajo, con una mirada fría como el hielo. — Alina está en su habitación. Ve a buscarla y haz algo de provecho — concluye.

Aprieto los puños. Dios, quiero darle un puñetazo en la cara.

Luego se marcha, sus pasos resuenan en el opulento pasillo y me deja sola en esta inmensa habitación. La tensión en el aire se disipa lentamente, pero sus palabras permanecen, un duro recordatorio del filo de la navaja sobre el que estoy caminando.

Reemplazable, ¿eh? Aprieto con fuerza la carpeta. Eso ya lo veremos.

Me tomo un momento para serenarme. Sustituible o no, tengo un trabajo que hacer. Respiro hondo y me dirijo al pasillo que Grace me había indicado antes, en busca de la habitación de Alina.

Llamo suavemente a la puerta de madera. La puerta se abre con un chirrido y allí está ella. Una cosita menuda con ojos grandes y curiosos.

— Hola, Alina. Soy Emma. Y voy a cuidar de ti.

Me estudia con cautela y, finalmente, asiente con la cabeza y me hace señas para que entre. Lo tomo como una señal y entro en su mundo. Enseguida me doy cuenta de lo deprimente que es la habitación. Es espaciosa, pero... vacía. No hay juguetes ni dibujos, solo una cama y una cómoda. Alina está envuelta en una manta, como un capullo, y solo se asoman sus ojos.

— ¿Dónde están tus juguetes, cariño? — le pregunto, con la esperanza de romper el hielo.

Me mira, desconcertada. Claro, puede que no entienda español.

Pongo los ojos en blanco, irritada porque Grace no me había dicho nada sobre cómo comunicarme con Alina. Estupendo, simplemente estupendo.

Me siento con las piernas cruzadas en el suelo de esta gran habitación, intentando asimilar la enormidad de esta mansión. Es un mundo completamente diferente, desconectado del estrecho apartamento en el que crecí.

Rebusco en mi bolso y saco un pequeño oso de peluche que había traído, con la esperanza de que sirviera para romper el hielo.

Se lo enseño a Alina. — Este es el Sr. Oso. Es muy simpático, ¿lo ves? — Hago bailar un poco al oso en el aire.

Los ojos de Alina se abren de par en par y lentamente sale de su capullo de manta para agarrar el oso de mi mano. Lo abraza con fuerza y una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro.

— ¿Lo ven? Amigos — digo, haciendo la mímica juntando mis propios dedos.

Se mira los dedos y me devuelve el gesto, juntando sus deditos.

Sintiéndome animada, pruebo un poco más. — ¿Cuál es tu color favorito, Alina? — Señalo mi camisa y luego diferentes objetos de la habitación, tratando de ilustrar mi pregunta.

Parece desconcertada por un momento, pero luego señala una pequeña baratija azul en su cómoda.

— Azul, ¿eh? Es un color muy bonito — asiento y sonrío, encantada de haber avanzado algo.

Aunque no compartamos el idioma, hay formas de comunicarse.

Y así, el muro invisible que nos separa empieza a desmoronarse poco a poco. Me doy cuenta de que nos vamos a llevar muy bien.

Vuelvo a abrir la cremallera de mi bolso y rebusco hasta encontrar el pequeño juego de bloques de colores que había traído.

— Mira, Alina, más juguetes. — Los saco y los esparzo ligeramente por el suelo entre nosotras.

Sus ojos parpadean hacia los bloques, luego hacia mí, con un rastro de incertidumbre en su mirada.

— Tranquila, son para jugar. Mira. — Apilo unos cuantos bloques unos encima de otros, creando una pequeña torre.

Ella vacila, su mirada pasa de los bloques a mi rostro. Me doy cuenta de que no está acostumbrada a esto: a jugar, a tener juguetes o, tal vez, al simple hecho de que alguien intente acercarse a ella.

— ¿Ves? Así. — Golpeo suavemente la torre y me río en voz baja, con la intención de demostrarle de que no hay nada que temer.

Lentamente, alarga la mano y apila un par de bloques, sus pequeños dedos tiemblan un poco al colocar uno encima de otro.

Eso es. Un pequeño paso más cerca de derribar ese muro entre nosotras.

— Muy bien, cariño, ¿sabes qué es esto? — Levanto un bloque de color, rezando por una señal de reconocimiento.

Sus ojos parpadean, pero niega con la cabeza y se coloca un mechón de cabello castaño por detrás de la oreja. Está claro que no entiende español.

— Solo di «bloque», fácil, fácil. — Sonrío, intentando convertirlo en un juego.

Frunce el ceño y finalmente murmura algo que casi se parece a «bloque», y no puedo evitar reírme.

Oigo el sonido de unos pasos que se acercan. El paso pesado y firme es diferente a la pisada casi inaudible de Grace.

En ese momento, entra Dmitri y mi corazón da un vuelco. A diferencia de sus colegas más rudos e intimidantes, Dmitri irradia una amabilidad discreta. No lo conozco bien, pero hay algo en sus

ojos azules que me hace sentir... segura. Su cabello corto y sus tatuajes le dan un aspecto duro, pero lo equilibra una mandíbula fuerte que se suaviza cuando sonrío. Cosa que no hace ahora mismo.

— Hola — murmura, captando mi mirada por un momento. — Solo quería saber si necesitabas algo — me dice.

— No, gracias. — Sonrío.

— Bien — asiente Dmitri, sus ojos se detienen en mí un momento más antes de dirigirse a Alina.

— Si necesitas algo, solo pídelo.

Luego, casi tan silenciosamente como apareció, sale de la habitación. La puerta se cierra suavemente tras él, y es como si nunca hubiera estado allí.

Vuelvo a mirar a la niña, a Alina, y mi mente se desvía hacia la inmensidad de esta mansión. Los techos altísimos, las amplias habitaciones llenas de muebles que probablemente cuestan más que mi matrícula universitaria. Estos hombres, esta familia, son un misterio envuelto en un enigma, y estoy justo en medio de él.

Reflexiono sobre mi decisión de aceptar este trabajo. ¿Es seguro aquí? Probablemente sea más seguro que, estar luchando por pagar el alquiler en un barrio de mala muerte, pienso. Además, hay otros miembros del personal, no solo estos tres.

Y Dmitri... bueno, parece lo más parecido a un aliado en esta intrincada situación. Tal vez podría ayudarme a acortar la brecha lingüística con Alina o darme algún dato sobre sus antecedentes. Porque, por la forma en que todos andan de puntillas a su alrededor, está claro que hay algo más en la historia.

Dmitri parece más... humano. Tal vez incluso más accesible.

Me decido a hablar con él más tarde. Para saber exactamente en qué me he metido. Pero, por el momento, vuelvo a centrarme en la niña que tengo delante.

— Bien, Alina, probemos con otra palabra. ¿Qué tal «taza»? — Señalo una taza para sorber que está en la mesa baja entre nosotras.

Mi teléfono vibra sobre la mesita, desviando mi atención de Alina. Me inclino para tomarlo y veo que es un mensaje de mi hermana Kate.

¿Qué tal el nuevo trabajo, hermanita?

Dudo un instante, con los dedos sobre el teclado. ¿Cómo expresarlo con palabras? **Es... complicado, pero interesante**, finalmente escribo.

La críptica Kate responde. **¿Ya has conocido a los hombres? ¿Qué te han parecido?**

Son... intensos. ¿Cómo encontraste a esta gente? pregunto, sintiéndome como si anduviera de puntillas en un campo minado.

¿Están buenos o qué? Kate no pierde ni un instante.

Ya basta, Kate.

Admítelo, Emma

Suelto un pequeño suspiro. No se va a dar por vencida. **Muy bien, son algo... atractivos. Pero eso no cambia el hecho de que me dan un poco de miedo.**

Un poco de miedo puede ser excitante, responde con un texto lleno de picardía.

Pongo los ojos en blanco, aunque ella no puede verme. **Solo tú dirías eso. En todo caso, es un poco más fácil hablar con uno de ellos. Se llama Dmitri.**

Ah, ¿ya tienes un favorito?

Yo no diría eso. Es solo que... parece más amable que los otros. Más accesible, supongo.

No dejes que esa buena apariencia te engañe. Concéntrate, Em. Estás allí por un trabajo.

Lo sé, lo sé. Le contesto, dejo el teléfono y respiro hondo.

Pero es más fácil decirlo que hacerlo. No puedo olvidar por qué estoy aquí: para cuidar de Alina.

Cualquier tensión o sensación extraña que sienta en torno a sus tíos es secundaria. Tal vez incluso irrelevante.

Pero cuando vuelvo a mirar a Alina, no puedo evitar pensar que para entenderla es fundamental entender a los hombres de su vida. Y, tal vez, entenderme a mí misma en este nuevo y desconcertante papel que he asumido.

— Bueno, Alina — vuelvo a centrarme en la niña, apartando los pensamientos sobre Dmitri y su intensa mirada. — Intentemos decir «taza» una vez más, ¿de acuerdo?

Y luego otro mensaje. Pongo los ojos en blanco. ¿Puedes dejarme hacer mi trabajo, Kate?

¿Cómo está la niña? El texto de Kate ilumina la pantalla.

Se está adaptando. Estoy tratando de enseñarle algunas palabras básicas en español, le respondo.

Me parece un buen plan. Hablamos más tarde, hermana.

Vuelvo a dejar el teléfono y no puedo evitar reflexionar sobre las circunstancias que me han traído hasta aquí. Me había mostrado algo escéptica cuando Kate mencionó ayer, por primera vez, el trabajo de niñera.

Kate había insistido, diciendo que sería una gran oportunidad. Una forma de ganar dinero y de ayudar a una niña necesitada. No se había equivocado en lo último.

Alina mira la taza que está sobre la mesa y luego vuelve a mirarme a mí, con los ojos llenos de incertidumbre juvenil, pero también con una chispa de voluntad para aprender.

Es esa pequeña chispa la que enciende mi determinación. Estoy aquí por ella, antes que cualquier otra cosa. Y ningún hombre complicado ni ninguna emoción confusa me desviarán de mi camino.

Nikolai entra en la habitación, y es como si el aire se espesara. Es innegablemente guapo, pero de una forma intimidante. Alto y musculoso, con una fuerte mandíbula, sus ojos son tan

penetrantemente azules que parecen casi irreales.

La cicatriz que recorre su mejilla añade un elemento de peligro a su actitud, ya de por sí intensa. A diferencia de Dmitri, no hay suavidad en sus ojos, pero tampoco son tan gélidos como los de Aleksandr.

Toma asiento junto a mí, reclinándose despreocupadamente en la silla, haciendo que parezca lo más natural del mundo invadir mi espacio personal.

— Hola, Emma. ¿Cómo está la niña?

— Está aprendiendo. Hemos estado repasando algunas palabras básicas en español. — Me siento un poco rara estando tan cerca de él, pero lo ignoro.

— Bien — dice, y luego mira a Alina. — ¿Aprende rápido?

Asiento con la cabeza, deseando que no se centren en mí. — Sí, parece deseosa de aprender, a pesar de la barrera del idioma.

Nikolai me devuelve su intensa mirada. — ¿Y tú cómo te estás adaptando? ¿Está todo bien?

— Um, sí, todo está bien. Su casa es preciosa, y el personal ha sido de gran ayuda. — No puedo evitar sentir que me están evaluando.

Quería mencionar la falta de juguetes. Pero ahora mismo me siento demasiado intimidada por él.

— Me alegra oírlo — dice, pero sus ojos no se muestran cálidos.

— Mira, Emma. No te preocupes por el comportamiento de hoy de Aleksandr. Es... desconfiado con la gente nueva — añade, casi como una ocurrencia tardía, pero como si estuviera inventando una excusa para su camarada.

Asiento con la cabeza, agradecida. En ese momento, su mirada se desvía hacia mi equipaje, que está en un rincón de la habitación.

Una expresión de asombro se dibuja en su rostro. — ¿Aún no te han dicho dónde te alojarás?

— No — respondo, un rubor asoma a mis mejillas. — No me han dicho.

Me sostiene la mirada como si intentara leerme el pensamiento. La intensidad de su mirada me acalora las mejillas.

— Vamos —dice, bajando un poco la voz— te acompaño a tu habitación.

Esa frase, por sencilla que parezca, resuena en mí como una descarga eléctrica. Los latidos de mi corazón se aceleran mientras recojo apresuradamente los bloques de colores y los guardo en su caja.

— Vuelvo enseguida, cariño — le sonrío a Alina.

Luego me pongo en pie, repentinamente cohibida, y lo sigo fuera de la habitación.

Me conduce por un largo pasillo adornado con cuadros y una lujosa decoración.

— Tu habitación está justo al lado de la de Aleksandr. Tenemos otras habitaciones, pero están siendo renovadas y estarán fuera de uso durante un par de días. Hasta entonces... te quedarás aquí.

Asiento con la cabeza, asimilando la información. Así que soy vecina del más intimidante de los tres. Fantástico.

— Puede que oigas... ruidos por la noche. Intenta ignorarlos — añade, deteniéndose ante una puerta tallada antes de abrirla para mí.

— ¿Qué tipo de ruidos? — No puedo evitar preguntar.

Sus ojos se entrecierran y su sonrisa se convierte en una sonrisa picarona. Se inclina tanto hacia mí, que siento el calor de su aliento en mi piel.

— Oh, seguro que lo sabrás — dice, bajando el tono de su voz a un tono grave, casi depredador.

Me sostiene la mirada durante un instante que parece una eternidad, pero que no es suficiente.

Luego me guiña un ojo, da un paso atrás y se da la vuelta para marcharse, dejándome allí parada

con el corazón palpitante y la cara enrojecida.

Vaya, qué sexy es. E igualmente misterioso.

Entro en la habitación, todavía pensando en qué podrían ser esos «ruidos». Pero, por ahora, tengo una habitación, una habitación preciosa. Es hora de instalarme.

Me tomo un momento para asimilar el espacio en el que acabo de entrar, y es extremadamente lujoso. La estética es de la época, pero con un toque moderno. Las lujosas alfombras turcas se extienden por el suelo de madera oscura y contrastan elegantemente con el mobiliario minimalista.

Hay una sensación de discreta opulencia que me hace preguntarme: ¿a qué se dedican exactamente estos tipos?

Si Kate me los recomendó, deben de ser de fiar, al menos hasta cierto punto. Sin embargo, el misterio no deja de corroerme.

Me siento ante el elegante escritorio y saco un bloc de notas para anotar una lista de actividades y pautas para el cuidado de Alina. Normalmente, las familias acomodadas suelen entregar un manual exhaustivo para sus hijos: páginas y páginas de lo que hay que hacer y de lo que no, hasta el más mínimo detalle. ¿Pero estos tres? Ni una sola directriz. Es como si esperaran que yo me encargara de todo por mi cuenta, o tal vez simplemente no les importa lo suficiente como para ser tan detallistas.

Esa pobre niña. Reflexiono sobre la lista, decidida a llenar los huecos que han dejado bien abiertos. Está claro que va a necesitar algo más que una simple niñera. Necesita a alguien que se preocupe de verdad por su bienestar. Y les guste o no, esa persona voy a ser yo.

Pasar el día con Alina es sorprendentemente gratificante. Mi licenciatura en psicología infantil me ha resultado muy útil para superar la barrera del idioma y, de esa manera, empezar a entendernos. Sin embargo, un título en psicología infantil es una cosa y la experiencia práctica como niñera es otra, y me baso en ambas para que esto funcione. Mientras jugábamos y

hablábamos, hice un listado y, cuando se durmió, decidí que era hora de hacer la primera.

Al aventurarme en la cocina, encuentro a los cocineros absortos en su propio mundo, fumando ociosamente. Frunzo el ceño. ¿Fumar en la cocina? ¿En serio? Les entrego una lista de planes de alimentación diseñados específicamente para Alina. Sus caras apenas disimulan la irritación, pero cuando menciono que cualquier queja la pueden remitir hasta Aleksandr, guardan un silencio espeluznante.

Siento que he jugado la carta correcta. Es bueno saber que no soy la única que lo encuentra intimidante.

Al caer la tarde, vuelvo a mi extravagante habitación. La casa está inquietantemente silenciosa. Los chicos aún no han vuelto, o al menos yo no los he visto. Y por alguna razón, eso me pone más ansiosa que tenerlos aquí. ¿Qué es lo que se traen entre manos?

Me quito la ropa y decido disfrutar de la comodidad que promete esta lujosa cama. Siempre he dormido desnuda: es liberador y natural.

Dmitri, con sus palabras amables y su sonrisa bonachona, y Nikolai, cuyos ojos penetrantes hacen que se me acelere el corazón... mi mente alterna entre sus distintas personalidades. Ambos destilan una sensación de fuerza bruta, oculta tras diferentes fachadas. No puedo evitar pensar en sus fuertes brazos, en las venas que los identifican como guerreros de algún tipo.

Mis pensamientos se desvían hacia Aleksandr, es amenazador e intimidante. Es un hombre imponente, de más de dos metros. Es atractivo, de una forma tan inquietante como magnética. Una atracción magnética a la que sé que debería resistirme, pero me pregunto si quiero hacerlo.

Pero entonces, ocurre lo impensable.

La puerta se abre de golpe y Aleksandr entra a grandes zancadas, sin golpear ni avisar. Antes de que pueda reaccionar o recoger mi ropa, ya está dentro de la habitación. Y, para mi horror, recuerdo que estoy completamente desnuda.

Capítulo 4: Sin avisos

Aleksandr

¿Qué diablos hace en mi habitación? Me duele la cabeza y veo borroso a causa del alcohol. Pero a pesar de la oscuridad, aún puedo distinguir una figura, Emma, apretando las sábanas contra su pecho a modo de escudo.

— ¿Qué haces en mi habitación? — le pregunto.

— ¡Esta es «MI» habitación! — balbucea, con los ojos muy abiertos, una mezcla de indignación y miedo.

Entrecierro los ojos y miro a mi alrededor. Mierda, está oscuro, pero incluso en mi estado de embriaguez, lentamente voy notando las diferencias. Alfombra equivocada. Color equivocado en las paredes. Diablos, hasta el olor es el equivocado: floral, no la mezcla aromática de mi propia colonia y cuero.

— ¿Por qué diablos estás desnuda? — consigo escupir. — ¿No se supone que eres la niñera?

La cara de Emma se sonroja mientras lucha por cubrirse con las sábanas. — Siempre duermo así. No esperaba que nadie entrara.

Siento cómo aumenta mi ira, alimentada por el alcohol que corre por mis venas.

— Ese no es exactamente un comportamiento apropiado para una niñera.

Me acerco a ella y me elevo sobre su pequeña figura. Sus ojos se abren de miedo e intenta retroceder, pero no tiene adónde ir. Está atrapada entre la cama y yo.

— No me gusta este tipo de comportamiento en mi casa — gruño, sujetándola con fuerza de la muñeca.

Emma se sobresalta y sus ojos pasan de mi agarre en su muñeca a mi cara. — Yo no te he invitado a entrar. ¡Y que conste, esta es mi habitación! Nikolai me la ha dado. — Emma contesta, apartando la mirada de mi puño apretado.

Enarco las cejas. — ¿Es lo único que te ha dado? ¿La habitación? ¿O estás aquí para seducirnos? — ¡Suéltame! — grita.

Suelto su muñeca. Su rostro se tiñe de un rojo más intenso, la indignación relampaguea en sus ojos.

Emma se apresura a tomar las primeras prendas de ropa que encuentra, una camisa y unos vaqueros, y empieza a ponérselas a toda prisa.

Justo cuando se está poniendo la camisa por encima de la cabeza, la puerta vuelve a abrirse de golpe. Es Dmitri, cuyos ojos pasan del estado a medio vestir de Emma a mi mandíbula apretada.

— ¿Qué demonios está pasando aquí?

Su voz se escucha calmada, pero la tensión sube un escalón más, lo bastante como para poder cortarla con un cuchillo.

Emma termina de vestirse rápidamente y se aleja de mí, poniendo la mayor distancia posible entre nosotros. Dmitri parece darse cuenta y da un paso hacia ella, con las manos extendidas de forma no amenazadora.

— ¿Qué ha pasado aquí? — pregunta en voz baja, tratando de calmar la situación.

Respiro hondo, intentando calmar mi acelerado corazón. — Se ha equivocado de habitación y estaba desnuda — digo apretando los dientes.

Dmitri abre ligeramente los ojos, pero mantiene la calma. — ¿Ah, sí? Emma, ¿qué ha pasado?

Emma me fulmina con la mirada antes de voltearse hacia Dmitri. — Esta habitación me la dio el propio Nikolai. No sabía que pertenecía a Aleksandr.

Dmitri asiente lentamente, asimilando la información.

Luego se voltea hacia mí. — ¡Estás borracho, Aleksandr! Sal de la habitación. Ahora mismo.

— No puedes decirme lo que tengo que hacer. — Camino hacia él.

No rompo mi contacto visual.

— Puedo hacerlo y lo haré. No estás en condiciones de tomar decisiones ahora. Ve a tu habitación y acuéstate a dormir.

Aprieto los puños, pero sé que tiene razón. Me doy la vuelta y salgo de la habitación, cerrando la puerta tras de mí.

A pesar del grosor de estas paredes, o de la falta de ellas, sus voces se filtran, transmitiendo fragmentos de una conversación a la que no debería tener acceso, pero que no puedo ignorar.

Oigo la voz de Dmitri, más suave ahora. — Emma, ¿te ha hecho daño? ¿Te ha tocado de alguna forma que no quisieras?

— No, Sr. Dmitri, estoy bien — responde Emma con voz temblorosa. — Solo fue un malentendido, pero gracias por preguntar.

Desde mi habitación, con la puerta sin cerrar del todo, capto fragmentos de la voz de Dmitri, más suave, más afectuosa que antes.

— Emma, si alguna vez necesitas algo o te sientes incómoda, siempre puedes acudir a mí, ¿de acuerdo?

— Gracias, Dmitri — su voz suena conmovida, quizás un poco aliviada. — Lo tendré en cuenta.

— ¿Quieres que te busque otra habitación? — La voz de Dimitri es tan condenadamente considerada que me molesta.

— No, está bien. Me quedaré aquí por ahora. Aleksandr ya sabe que esta es mi habitación, así que no creo que haya más problemas — responde Emma.

— De acuerdo. Que duermas bien, Emma.

— Buenas noches, Dmitri.

Oigo pasos que se alejan y me doy cuenta de que he estado apretando los puños todo el tiempo. Respiro hondo, con la cabeza martilleándose al ritmo de mis acelerados latidos. ¿Desde cuándo me dejo intimidar tan fácilmente? Me tumbo en la cama, pero parece que esta noche no voy a poder dormir. Sigo repitiendo la escena en mi cabeza, el tono suave y protector de Dmitri, la respuesta aliviada de Emma, y todo eso me deja un sabor amargo en la boca.

Dmitri irrumpe en mi habitación, y de inmediato me pongo de los nervios. — ¿Has oído hablar sobre golpear la puerta?

— Obviamente, no — responde. — ¿En serio, Aleksandr? ¿Acosando a esa joven? Le diste un susto de muerte. ¡Y además estás borracho!

Cruza los brazos sobre el pecho, con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada.

Su voz sube de tono y puedo ver cómo se le marcan las venas del cuello, señal inequívoca de que está realmente enfadado.

— Sí, bueno, pensé que era mi habitación, ¿de acuerdo? — respondo a la defensiva, luchando por poner en orden mis pensamientos.

— No, ella está en *su* habitación, en la que irrumpiste. No intentes culparla a ella; esto es culpa tuya. — La voz de Dmitri es gélida ahora, contenida pero furiosa.

No tengo una buena respuesta. En el fondo, sé que tiene razón. Pero mi ego, y el alcohol que me nubla el juicio, no me dejan admitirlo.

— Lárgate, Dmitri — gruño finalmente.

— No hasta que prometas que dejarás en paz a Emma. Está aquí para trabajar, no para convertirse en otra de tus distracciones. Además, no te olvides de *Frostbite* mañana.

Como si pudiera. Pensaré en ese hijo de puta mañana.

No contesto, pero la expresión de mi cara debe decirle lo suficiente. Resopla, sacude la cabeza y

finalmente se va, cerrando la puerta con fuerza tras de sí. Me quedo a solas con mis pensamientos, que ahora no son nada agradables.

Mis pensamientos se dirigen hacia Emma. Pobrecita.

Tenía los ojos muy abiertos, llenos de miedo y de algo más. Tal vez, inocencia. Y, si soy sincero, eso alimenta mi deseo.

Se veía tan vulnerable, aunque luchadora, y a pesar de mis actos poco loables, no puedo quitarme su imagen de la cabeza. La forma en que se aferraba a las sábanas para cubrirse. Su cara sonrojada mientras me miraba. No debería pensar de ese modo en ella; es totalmente inapropiado, considerando nuestros respectivos roles en esta casa y mi estado actual. Pero no puedo evitarlo.

Doy vueltas en la cama, intentando librarme de esos pensamientos. Pero, por mucho que lo intento, no puedo quitarme a Emma de la cabeza. Es como una fiebre que se apoderara de mí, y soy incapaz de resistir a su atracción.

Me levanto y me dirijo al cuarto de baño, echándome agua fría en la cara como si eso pudiera lavar mis confusos sentimientos. Miro fijamente mi reflejo y me doy cuenta. He sido un imbécil, un completo imbécil. ¿En qué demonios estaba pensando al irrumpir así en su habitación? Es nueva aquí, ya está atrapada en una situación complicada, ¿y qué hago yo? Empeorarlo. *Bien hecho, Aleksandr.*

Sacudo la cabeza, me seco la cara con una toalla y tomo una decisión. Es hora de hacer lo correcto, aunque sea, por una vez.

Salgo del baño a grandes zancadas. Solo hay una manera de resolver esto: encararlo de frente. Sin rodeos.

Llamo suavemente a su puerta, esperando que responda. Al no obtener respuesta, pruebo el picaporte y me sorprendo al ver que no está llaveada. Sin pensarlo, empujo la puerta y entro.

Emma está sentada en su mesa, estudiando unos papeles. Al verme, levanta la vista y se levanta rápidamente, llevándose las manos a los costados.

— ¿Qué quieres? — le tiembla la voz.

— Lo siento — digo en voz baja.

Me mira incrédula. — ¿Por qué te disculpas?

— Por todo lo que pasó hace un rato. Fue completamente inapropiado de mi parte.

Ella no dice nada por un momento, solo me mira fijamente con esos hermosos ojos verdes.

— Acepto tu disculpa — dice finalmente, con la voz aún temblorosa.

Doy un paso más hacia ella, con el corazón latiéndome más rápido que nunca. — ¿Hay algo que pueda hacer para compensarte, Emma? — Mi voz es baja y ronca, mi mirada fija en su rostro.

Abre los ojos, sorprendida, pero luego parece serenarse. — Te lo haré saber — me sostiene la mirada.

Hay cierta cautela, pero también algo más. ¿Curiosidad, tal vez?

Me acerco aún más, lo suficiente para percibir el aroma de su perfume, algo ligero y floral que me hace pensar en la primavera. Mis ojos se posan en sus labios durante una fracción de segundo; antes de volver a mirarla.

— Tómame tu tiempo para pensarlo, Emma. Pero no tardes demasiado — murmuro, bajando la voz.

La tensión vibra entre nosotros como una cuerda tensada.

Sus ojos se desvían hacia mis labios y vuelven a mirarme a los ojos. Se muerde el labio, como si reprimiera las palabras... o las acciones.

— No lo haré — responde en voz baja.

Asiento y me doy la vuelta para marcharme, cada paso que doy me pesa por el esfuerzo que

supone alejarme.

— Buenas noches, Emma.

— Buenas noches, Aleksandr.

La puerta se cierra tras de mí, pero la tensión, entretejida de promesas y preguntas sin respuesta, persiste. Y sé que ninguno de los dos dormirá tranquilo esta noche.

Capítulo 5: Corrientes subterráneas

Nikolai

Navegando por las múltiples pantallas de mi ordenador, reviso por última vez los planos de la Operación Frostbite. Armas, rutas, contactos... todo tiene que estar coordinado a la perfección. No hay margen para el error, no cuando los federales y las bandas rivales nos respiran en la nuca. Este acuerdo consolidará nuestro poder, nos dará la ventaja que tanto necesitamos.

Enciendo un puro y saboreo la primera calada. Alguien debe ser el cerebro de esta maldita organización, y eso recae sobre mí. Dmitri es bueno con los músculos, Aleksandr con el dinero. Pero la estrategia, es lo mío.

Pero entonces vuelvo a recibir un estúpido mensaje críptico.

El hielo se derrite.

La misma mierda críptica, pero un día diferente. He cambiado mi número dos veces, pero estos mensajes siguen llegando. Dmitri no para de decir que son estafadores, pero esto no se parece a ninguna estafa que haya visto.

Dejo el puro y tomo el teléfono, pensando si se lo enseño a Aleksandr y a Dmitri. No es el momento, justo cuando la Operación Frostbite está en marcha. Pero, por otro lado, ¿podría este mensaje estar relacionado con eso? ¿Podría alguien de adentro estar intentando avisarnos o amenazarnos?

Dejo el teléfono sobre la mesa y me echo hacia atrás, pasándome las manos por el cabello. Tengo un soplón potencial, una operación que se tambalea al filo de la navaja y una niñera metida en este lío. Mi instinto me dice que todo está conectado.

A la mierda, es hora de enfrentarme a esto personalmente. Empezando con esta nueva niñera.

Tomo mi abrigo y me dirijo a la puerta. Si hay un eslabón débil en esta operación, tengo que encontrarlo y eliminarlo. Esta nueva niñera, Emma, es un buen lugar para empezar. Ella es la intrusa, la variable desconocida en una ecuación ya demasiado compleja.

Me detengo frente a su puerta. Por un momento, me planteo llamar a la puerta, hacerlo de forma educada. Pero la cortesía no me ha llevado a ninguna parte en la vida. Giro el picaporte y empujo la puerta.

Ella está allí, parece sorprendida pero no asustada. Qué bien. No me gusta que la gente muestre debilidad.

— Tenemos que hablar — le digo mirándola a los ojos. — Ahora.

— ¿Por qué nunca llaman a la puerta? — responde, claramente irritada.

La comisura de mis labios se levanta en una sonrisa. Seguramente fue Aleksandr, a ese cabrón nunca le gustaron las cortesías.

— Quizá nos guste mantenerte en guardia — replico. — Pero ya es suficiente, tenemos cosas más importantes de que hablar.

El cambio de tono capta su atención. Sus ojos se transforman en un destello de preocupación.

— De acuerdo — dice. — Te escucho.

Avanzo hacia la habitación y cierro la puerta tras de mí con un suave clic.

— Siéntate — le ordeno, señalando la silla que está junto a su escritorio.

Duda un momento, como si estuviera sopesando sus opciones, antes de sentarse.

Voy hasta el otro lado del escritorio, me apoyo en él y cruzo los brazos sobre el pecho.

La miro fijamente a los ojos. — Emma, háblame de ti.

— Ya me han entrevistado — empieza, claramente molesta. — ¿De qué se trata todo esto realmente?

La interrumpo, bajando la voz un poco. — No me interesa tu currículum. Quiero saber de qué estás hecha, lo que eres capaz de soportar. Este trabajo no consiste simplemente en cuidar a una niña. Se trata de ser parte de un mundo que la mayoría de la gente ni siquiera sabe que existe. ¿Podrás soportarlo?

Traga saliva, sus ojos se abren un poco, pero no rompe el contacto visual. Bien, tiene agallas.

— ¿Puedes manejar lo inesperado? — Sin previo aviso, me levanto del escritorio y cierro la brecha que nos separa, quedándome a escasos centímetros de ella.

Veo que sus ojos se desvían hacia mis labios y no puedo evitar sonreír.

Me inclino hacia ella y mis labios casi rozan su oreja. — ¿Puedes conmigo?

Su respiración se entrecorta y sé que la tengo justo donde quiero. Está intrigada y se muestra cauta a la vez, una combinación peligrosa pero tentadora. Me alejo, sin dejar de mirarla a los ojos.

— ¿Puedes con todos nosotros?

Arruga las cejas, claramente confundida. — ¿Qué quieres decir con «todos nosotros»?

Suelto una carcajada sin gracia. — No eres tan ignorante como aparentas, Emma. Tú sabes qué clase de personas somos. No solo trabajas para mí; trabajas para todos nosotros. Y eso acarrea ciertas expectativas.

Sus ojos se entrecierran con desconfianza. — ¿Y qué tipo de expectativas son esas?

Vuelvo a inclinarme hacia ella, con mi aliento caliente en su cuello. — Obediencia absoluta — digo en voz baja, enfatizando cada palabra. — Discreción total. Sin cuestionamientos. ¿Crees que puedes hacerlo?

— No estoy segura de lo que quieres decir — dice finalmente, con voz firme.

— ¿Te haces la tímida? Ambos sabemos que no eres tan ingenua, Emma. — Me acerco tanto que puedo oler su perfume.

— Señor, realmente no...

— ¿A quién le enviaste el último mensaje, Emma?

— Eso no le concierne — responde ella con ojos desafiantes.

— ¿Estás ocultando algo, Emma? ¿Para quién trabajas? — La sujeto por la barbilla y hago que me mire.

Sus labios se entreabren, como si estuviera a punto de decir algo, pero decidiera no hacerlo. El calor de su piel contrasta con la frialdad de mis manos. Es como si ella fuera la encarnación de todo lo que ha faltado en mi vida: calidez, inocencia, vulnerabilidad. Pero eso también la hace peligrosa, peligrosamente tentadora.

Sus ojos se abren de par en par, claramente confundida. — Señor, realmente no entiendo lo que quiere decir con eso, pero puede mirar mi teléfono. Aquí tiene.

Tomo el teléfono y me desplazo rápidamente por sus mensajes, deteniéndome en el último: una conversación con alguien llamada Kate. El asunto está decorado con emojis de flores. Paso el dedo por la pantalla mientras leo los mensajes.

Ella le ha escrito a Kate. — Muy bien, son algo... atractivos. Pero eso no cambia el hecho de que me dan un poco de miedo.

Sonrío. — Entonces, ¿nos encuentras «intensos»? ¿Te damos miedo, pero también... nos encuentras atractivos? — Levanto la vista para encontrarme con sus ojos, que son una mezcla de vergüenza e irritación.

— Esos mensajes son privados.

— Me pasaste el teléfono. Entonces, ¿quién es Kate?

— Kate es mi hermana.

— ¿Eso es cierto? ¿Qué tiene que ver tu hermana con todo esto?

— Nada — responde Emma a la defensiva. — Solo es mi hermana. Mire, no sé lo que está

tratando de hacer aquí, pero no me gusta ser interrogada de esta forma.

— Solo intento llegar al fondo de estos mensajes crípticos que hemos estado recibiendo — digo, con voz baja y seria. — Y tú pareces la única forastera en esta organización que podría estar relacionada con ello.

Emma duda un momento, claramente calculando su siguiente movimiento. — Mire, no sé nada sobre esos mensajes. Prácticamente no conozco a nadie aquí. Lo único que intento es cuidar de la niña y que me paguen.

Me acerco a Emma, lo suficiente como para sentir cómo se le acelera la respiración. — Cuidar de la niña y hacer tu trabajo también implica obedecerme — le digo, bajando la voz un poco.

— ¿Y qué pasa si no lo hago? — me desafía.

Me encantan las mujeres desafiantes.

— ¿Tú sabes, Emma... —empiezo, apartándole el cabello de la cara para poder verla con claridad— qué le pasó al padre de Alina?

Ella tartamudea. — N-no.

— No querrás saberlo. — Sonrío, dejando entrever las implicaciones.

Justo cuando estoy a punto de continuar, mi teléfono suena en mi bolsillo. No rompo el contacto visual mientras lo saco.

Sosteniéndole la mirada, deslizo el dedo para responder. — ¿Qué sucede? — Mi voz es cortante, no quiero romper la tensión entre Emma y yo; más de lo necesario.

Es Alex.

— Algo ha salido mal — dice Alex, con la voz teñida de urgencia. — Podríamos tener un problema con la Operación Frostbite.

Aprieto los dientes, sintiendo como se me acelera el pulso. — ¿Qué tipo de problema?

— Una fuga de seguridad. Hemos sido comprometidos. Podría ser un trabajo interno. Ve a ver a Travis.

Las palabras me golpean como una tonelada de ladrillos, y por un momento aparto la mirada de Emma, con la mente acelerada. ¿Ella podría estar involucrada? No, eso no tiene sentido. Ha estado conmigo todo este tiempo.

Y su lenguaje corporal me dice que no está mintiendo.

— Me ocuparé de ello — digo, colgando el teléfono.

Vuelvo a centrar toda mi atención en Emma y meto el aparato en mi bolsillo. — Mira, Emma. Mereces saber dónde estás metida. Ya deberías haber deducido que no trabajas con gente normal. Sus cejas se fruncen. — ¿Qué quieres decir?

— Estás en riesgo, Emma. — Veo como sus ojos se cruzan con los míos, buscando la verdad en mis palabras.

— ¿Riesgo de qué? — le tiembla la voz, pero se mantiene firme.

Es valiente.

Hago una pausa, dejando que la tensión aumente, antes de continuar. — De peligro. Por nosotros. Por nuestros enemigos. Pero no te preocupes. Te protegeremos a ti y a la niña. Nadie puede hacerte daño aquí. Mientras no nos traiciones.

Mis ojos bajan hasta sus labios y luego vuelven a sus ojos. En ese instante, imagino cómo se sentirían esos labios apretados contra los míos. Cómo reaccionaría su cuerpo ante mi contacto. La idea me hace palpar el corazón, pero mantengo el rostro estoico.

— ¿Está claro, Emma?

Asiente con la cabeza, sin apartar los ojos de los míos. — Claro como el agua — dice, con voz apenas por encima de un susurro.

Ahora puedo ver miedo en el fondo de sus ojos, pero también una determinación férrea. No tiene

miedo de correr riesgos, de arriesgarse por lo que es justo.

— Bien — digo, y me alejo de ella, dándole espacio para respirar. — Ahora, sobre esa fuga de seguridad. Necesito que me ayudes a averiguar quién está detrás.

Emma me mira escéptica. — ¿Yo? ¿Cómo?

— Eres nuestra mejor arma para averiguar de dónde viene la filtración — le explico. — Tienes acceso a información que los demás no tenemos. Si notas algo fuera de lo normal, algo que no cuadre, necesito que me lo comuniques inmediatamente. ¿Puedes hacerlo?

Duda, pero asiente. — Haré lo que pueda.

— Buena chica — le digo, esbozando una inusual sonrisa.

Está sonrojada, con las mejillas pintadas de un suave tono rosado, y no puedo evitar encontrarlo jodidamente adorable. Pero es más que eso. A pesar del peligro, a pesar de todo, está aquí, dispuesta a seguir. Dispuesta a ayudarnos. Y eso es más que cautivador, es una jodida revelación. Sin decir nada más, salgo y la dejo en la habitación que de repente parece demasiado pequeña para contener la energía que existe entre nosotros.

Solo Dios sabe lo que quería hacerle. Enseñarle la verdadera obediencia. Le enseñaría lo que significa, y desde luego, disfrutaría cada maldito segundo de ello.

Pero tengo que concentrarme en la tarea que tengo entre manos. La fuga de seguridad debe ser resuelta de inmediato. No podemos permitirnos que se nos filtre nada. Cuando entro en la sala de control, me recibe el caos habitual de pantallas que pitán y técnicos frenéticos que intentan arreglarlo todo a la vez.

— Reporte — le grito a Travis, que está encorvado frente a un monitor.

— Hemos rastreado la fuga hasta un ordenador perteneciente a uno de nuestros agentes — dice, sin apartar los ojos de la pantalla.

Siento que se me hace un nudo en el estómago. Confiamos nuestras vidas a estas personas y

ahora parece que esa confianza estaba fuera de lugar.

— ¿Quién es? — mi voz es baja y grave.

— Grace — dice Travis, después de un momento.

— Grace — repito, con incredulidad en mi voz. — ¿Cómo pudo hacer algo así?

— Era la encargada de mantener la comunicación con uno de nuestros contactos — explica Travis. — Creemos que les estaba filtrando información.

Grace. ¿No fue ella la que encontró a Emma para nosotros? Un nudo frío se forma en mi estómago. Si Grace está comprometida, ¿qué implica todo esto para la nueva niñera? ¿Para Alina? Todo podría estar en riesgo.

Capítulo 6: Emboscada

Emma

— Bien, Alina, intentemos servirnos juntas este zumo — le propongo, entregándole una jarrita de plástico llena de zumo de manzana.

Estamos en la amplia cocina, una dependencia con encimeras pulidas y electrodomésticos de acero inoxidable que relucen como si no hubieran tenido un solo día de uso.

Es casi mediodía y el personal de cocina se ha ido a su descanso, dejándonos solas a Alina y a mí, un raro respiro de libertad.

Sus pequeñas manos envuelven el zumo. Guío sus manos, inclinando la jarra hacia el vaso vacío. Pero es demasiado para unas manos tan pequeñas y, antes de que nos demos cuenta, el zumo cae en cascada sobre el borde y se derrama por el suelo de mármol.

Los ojos de Alina se disparan hacia los míos, asustados. Retrocede y se cubre la cabeza con los brazos, preparándose para un golpe.

Me da un vuelco el corazón. — Oye, oye, no pasa nada — le digo suavemente, extendiendo la mano para acariciarle la cabeza. — Es solo zumo, no pasa nada.

Tomo unas servilletas de papel y me arrodillo, mostrándole cómo limpiarlo. — ¿Ves? Fácil de solucionar.

Alina se asoma por detrás de sus brazos y, al ver mi sonrisa, se relaja. Tímidamente, se une a mí en el suelo, toma una servilleta de papel e imita mis movimientos.

— ¡Ya está! Como nuevo — le digo, mientras terminamos de limpiar el reguero.

Ella sonrío, el fantasma de su miedo anterior sustituido por una sensación de logro. — ¡Limpio!

— exclama, con una pronunciación un poco titubeante.

— ¡Exacto, limpio! Aprendes muy rápido, Alina. Estoy orgullosa de ti.

De repente, me rodea el cuello con sus pequeños brazos y me abraza con fuerza. Hay una desesperación en su abrazo que me toca la fibra sensible.

— Bien, bien — digo riendo suavemente, pero mi sonrisa se desvanece cuando le devuelvo el abrazo, su necesidad de afecto toca una fibra sensible en lo más profundo de mí.

Ha pasado por tantas cosas, ¿y el miedo en sus ojos por el simple hecho de derramar un zumo? Eso me hace preguntarme. ¿Estos tres hombres alguna vez le habrán puesto una mano encima? La sola idea me produce un fuerte escalofrío.

Abrazándola, le susurro. — Ahora estás a salvo, estoy contigo.

Mientras me quito lentamente los brazos de Alina del cuello, la puerta de la cocina se abre de golpe. Dmitri entra, con una postura relajada, pero la expresión de su rostro indica que ha estado allí parado, observándonos.

Se apoya en el marco de la puerta. — Parece que lo estás manejando bastante bien — comenta, con un rastro de sonrisa en los labios.

Me enderezo y me quito un mechón de cabello de la cara. — Nos las arreglamos, ¿verdad, Alina? Digo mirando a la niña, que ahora observa a Dmitri con cautelosa curiosidad.

— Sí, lo está haciendo muy bien — asiente Dimitri, apartándose de la puerta y acercándose unos pasos. — No se hace amiga de todo el mundo así.

Asiento y sonrío. — ¿Puedo hablar contigo... en privado, Dmitri? — le pregunto en voz baja.

Echa un vistazo a la cocina vacía y enarca una ceja. — Estamos en privado.

Hago un gesto hacia Alina, que sigue parada cerca de mí, y su pequeña mano busca la mía. Dmitri asiente en señal de comprensión, se arrodilla a la altura de Alina y le habla suavemente en ruso.

Alina asiente, aparentemente satisfecha con lo que Dmitri le ha dicho, y sale corriendo de la habitación sin mirar atrás.

La miro marcharse, sintiendo una punzada de protección. — Espero que no le hayas dicho nada malo.

Dmitri se pone de pie, frente a mí. — Simplemente le dije que se fuera a jugar a su habitación. Nada rudo, lo prometo.

Sin romper el contacto visual, toma una manzana del mostrador y le da un mordisco sin dejar de mirarme. — Entonces, ¿de qué querías hablar? — me pregunta, mordisqueando la fruta.

Mi mirada vacila y cae al suelo mientras siento que un cálido rubor sube por mis mejillas. — Yo... Alina ha derramado zumo hoy y... — me detengo y me obligo a mirarlo a los ojos nuevamente.

Son de un verde intenso, casi idéntico al de la chaqueta de su traje. — Se cubrió la cabeza como si... como si esperara que la golpearan. ¿Ustedes la han...?

La expresión de Dmitri no cambia. — ¿Qué si hemos hecho qué?

Las palabras se me atascan en la garganta, pero las expulso de todos modos. — Parece que la han maltratado. Siempre está muy nerviosa, se asusta con los movimientos bruscos y tiene un miedo en los ojos que... no es normal. — Mis ojos se endurecen ahora, desafiándolo a negarlo.

Me escruta, su mirada me recorre de pies a cabeza. — No te preocupes, Emma. Fueron sus... padres. No nosotros.

Insisto. — ¿Qué les pasó a sus padres?

Los ojos de Dmitri se entrecierran ligeramente. — Estás haciendo muchas preguntas.

— Necesito saber estas cosas para poder tomar mis decisiones en consecuencia. Le preguntaría a Grace, pero no la he visto en toda la mañana.

Al mencionar a Grace, se le va el color de la cara. Hace una pausa a medio masticar, su

comportamiento casual vacila.

— Ella... se tomó el día libre — dice finalmente. — ¿Qué sabes de Grace?

Siento una oleada de inquietud ante el cambio en su tono. — No mucho. Ella me entrevistó y me enseñó el lugar — le explico. — ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

Dmitri termina su manzana con un último mordisco y tira el centro en una papelera cercana. — Grace es... un tema complicado.

Cruzo los brazos. — No soy una chica cualquiera que llegó de la calle, Dmitri. Ahora soy responsable de Alina, y si hay algo que deba saber...

Levanta una mano y me detiene a mitad de la frase. — Lo sé, y haces bien en preguntar. Pero los asuntos de Grace solo le incumben a ella. Mientras estés aquí, tu trabajo es cuidar de Alina. Y estás haciendo un buen trabajo con eso, Emma. No te distraigas.

— Pero... — empiezo a protestar.

Se acerca y su postura adquiere una firmeza que antes no tenía. — Eso es todo en lo que tienes que concentrarte. Confía en mí.

Antes de que pueda presionar a Dmitri para que me dé más información, la puerta de la cocina se abre de golpe. Un hombre al que había visto merodeando, probablemente de seguridad, irrumpe con la cara marcada por el pánico.

— Tenemos un problema — dice, y sus ojos recorren la habitación hasta que se posan en Dmitri.

— Se ha corrido la voz sobre la ubicación de Alina. Tenemos que moverla, ahora.

La reacción de Dmitri es instantánea, su cuerpo se tensa automáticamente.

— Mierda — voltea hacia mí. — Emma, te vienes con nosotros. No podemos dejar a Alina con nadie más.

Me sobresalto. — ¿Qué está pasando? ¿Quién ha descubierto qué?

— No hay tiempo — me interrumpe Dmitri, dirigiéndose hacia Alina, que se asoma por la

esquina, atraída por el alboroto. — Tenemos que irnos, ahora.

— Pero, mis cosas...

— ¡Olvídate de tus cosas! — espeta.

El hombre de la puerta nos hace señas con insistencia. — Tenemos un coche esperando.

Apenas tengo un momento para pensar, para procesar el miedo y el caos. Sigo a Dmitri y tomo a Alina en brazos mientras nos dirigimos a la puerta. Su pequeño cuerpo se aferra al mío, sintiendo el miedo y la prisa.

¿En qué demonios me he metido?

El coche en el que nos metemos es elegante, el tipo de lujo que parece fuera de lugar en una huida apresurada. Los cristales son tan oscuros que no parecen legal.

Acomodo a Alina en el asiento trasero junto a mí, su pequeña mano sujeta la mía, mientras el vehículo se aleja de la mansión.

Cada curva, cada aceleración, me tiene en vilo, esperando lo peor.

Los ojos de Dmitri se encuentran con los míos. — Pase lo que pase, no dejes a Alina. ¿Me oyes?
— Su voz es firme.

Asiento con la cabeza. — Entendido.

Voltea a medias en su asiento y me aprieta la mano, un voto silencioso transmitido a través de su tacto. — Tranquila, Emma. No dejaré que les pase nada malo ni a ti ni a ella. — A pesar de la situación, sus palabras son un bálsamo que me tranquiliza.

Esa conexión solo dura un segundo más antes de que el coche se detenga.

Apenas alcanzo a ver la cara de pánico del conductor cuando un *estruendo* ensordecedor resuena en el espacio reducido y su cuerpo se desploma contra el volante.

— ¡Emma! — grita Alina, con la voz chillona por el miedo.

— Todo va a estar bien — susurro, más para mí que para ella.

Las puertas se abren de un tirón y entra una ráfaga de aire frío. Unos hombres enmascarados nos gritan y sus palabras se confunden con el latido de mi propio pulso.

— ¡Fuera del coche, ahora! — grita uno, agitando amenazadoramente su pistola.

Dmitri me agarra la mano con fuerza, breve pero tranquilizadora, antes de que los atacantes enmascarados lo aparten de un tirón.

Cuando se enfrenta a los dos enmascarados, se mueve como si estuviera hecho para esto, con una gracia violenta y un traje a medida. Se produce una ráfaga de puñetazos, como una desesperada danza de supervivencia. Dmitri asesta fuertes golpes a uno y luego al otro.

Pero los números están en su contra, y más hombres enmascarados se unen a la refriega. Es una maraña caótica, el tipo de lucha que revuelve estómagos y hiela la sangre. Oigo los sollozos quejumbrosos de Alina, la siento temblar contra mí.

— Cierra los ojos, cariño — le susurro, con la voz entrecortada, mientras atraigo su cara hacia mi hombro, lejos del horror que se despliega fuera del coche.

El sonido de los puños golpeando la carne es repugnante. Grito, un sonido desesperado y primario, cuando oigo el inconfundible chasquido de un arma al ser amartillada. Hay un momento...una pausa terrible y pesada, y luego el sonido de un disparo rompe el aire.

Aprieto a Alina con más fuerza, con una plegaria silenciosa en los labios, todo mi ser concentrado en protegerla de la locura exterior.

¿Dmitri... ha muerto?

Entonces, uno de los atacantes se inclina y sus ojos se clavan en los míos a través de las aberturas de su pasamontañas.

— Suelta a la niña y podrás salir de esto.

Capítulo 7: Control de daños

Aleksandr

Entro en el almacén, con el peso de este papel olvidado, de la mano de Dios, sobre mis hombros. Por supuesto, soy yo quien tiene que hacer el trabajo sucio, lidiar con su ira. El plan fue idea de Nikolai, pero una vez que llega el momento de enfrentarse a las consecuencias, él está convenientemente en otro sitio. Qué jodidamente típico. Aleksandr tiene que limpiar el desastre, y hacer de malo.

El espacio es frío, el aire viciado, con el eco del tipo de silencio que precede a una tormenta. Allí está ella, Emma, con los ojos vendados, su pecho subiendo y bajando con respiraciones agudas y llenas de pánico.

— ¡¿Qué quieres de mí?! ¡Suéltame! ¡¿Qué hiciste con Alina?!

Le quito la venda y sus ojos, desorbitados por la furia, encuentran los míos. — Alex... hijo de puta — me sisea.

— Era una prueba — le digo, sin molestarme en endulzarlo. — Y antes de que te suban los humos a la cabeza, recuerda que no eres la única a la que ponen a prueba aquí.

— ¿Por qué me hiciste esto Aleksandr? ¡¿Disfrutas haciendo esto?!

Sus ojos son dos infiernos ardientes, pero no me inmuto. Me enfrento a ese calor de frente.

— ¿Crees que disfruto de esta mierda? ¿Crees que me excita asustar a mujeres y a niños? Así es como sobrevivimos, Emma. Así es como aseguramos la lealtad.

Sus ataduras tintinean mientras forcejea, el sonido resuena en la habitación vacía. — ¿Y si no hubiera mantenido la calma? ¿Entonces qué, Aleksandr? ¿Estás dispuesto a arriesgar la vida de una niña por tus juegos enfermizos?

Le quito las esposas y la desato de la silla.

— Un riesgo calculado — reconozco, mi voz es un gruñido bajo. — Pero has demostrado tu valía. Eres más fuerte de lo que pareces.

Se frota las muñecas, el fuego en su mirada no disminuye. — La próxima vez...

— Ahórratelo — la interrumpo con una mirada dura, entrando en su espacio personal, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradia de ella. — La próxima vez, puede que no sea solo una prueba.

— ¡Maldito bastardo! — explota, su palma se estrella contra mi mejilla con una fuerza impresionante. — ¿Sabes lo asustada que estaba? ¡¿Pensaste en eso?!

Le sujeto la muñeca y detengo su siguiente golpe antes de que llegue. Mis dedos rodean sus delicados huesos y sus ojos verdes se abren de golpe ante el contacto. Mi ira estalla, un infierno hirviente que se extiende por mi cuerpo como lava líquida.

— No te tengo miedo — intenta apartarse, pero no la suelto.

— Cálmate, Emma. — Le digo mirándola a los ojos.

Su pecho sube y baja, y de repente se queda quieta, con la boca ligeramente abierta en un grito ahogado. No dice nada, pero no necesito que lo haga. Noto cómo la tensión abandona su cuerpo, cómo el peso de su preocupación se vuelve soportable.

Las finas venas de su muñeca me lo recuerdan, me indican lo frágil y quebradiza que es en este momento, lo vulnerable que es. La guardia que normalmente mantengo cuando estoy con una mujer desaparece, se desvanece a medida que su suave piel cede bajo mis dedos. Siento la sangre palpitando bajo mi pulgar, siento el latido de su pulso. De repente, ansío esa sensación más que nada.

Le suelto la mano y retrocedo antes de hacer algo de lo que no pueda retractarme. La ataco con palabras, sabiendo que es mejor herirla con palabras que con acciones.

— Has demostrado tu valía, Emma. No tengas miedo ahora, nadie puede hacerte daño.

— ¿Crees que eso me hace valiosa para ti? ¿Estar cagada de miedo?

No me echo atrás, con la cara a escasos centímetros de ella. — El miedo es un lujo que no podemos permitirnos. Te mantiene alerta, te mantiene viva. Tienes que ser fuerte, Emma. Más dura de lo que nunca creíste posible.

Su respiración se entrecorta. — ¿Ya terminaste de intimidarme?

Ella me desafía. Eso es algo nuevo, no sabía que tenía ese fuego dentro de ella. No me desagrada.

Es entonces cuando me doy cuenta de que una fina línea roja recorre su brazo.

— Mierda — murmuro.

Extiendo la mano, no como el jefe de la Bratva, sino como un hombre que no puede ignorar el impulso primario de protegerla. Le tomo el brazo con cuidado y examino el pequeño corte. Parece que se ha herido en medio de todo el caos.

— Estás herida — afirmo.

— No es nada. — Intenta alejarse, pero no la suelto.

— Ser suaves era la maldita orden — gruño más para mí mismo que para ella, con la frustración encendida al pensar que mis hombres se dejaron llevar. — Me ocuparé de ellos más tarde.

Todo lo que no sea perfecto significa castigo.

Tiro de ella hacia delante, sin importarme la sangre que me mancha la mano. Está temblando. Probablemente me tiene miedo. Necesito que sepa que no soy lo que la gente dice. Necesito que se dé cuenta de la verdad.

— No te haré daño, Emma. — Yo no soy así.

Froto mi pulgar sobre el corte, tratando de limpiar la sangre. Tiro de ella para acercarla y da un

respingo cuando mi mano toca su herida. Ver su sangre sobre mi piel no me perturba: no es la primera vez que me mancho. Pero es la primera vez que siento algo.

Su piel es suave, en contraste con la aspereza de mis propias manos.

Me mira con ojos escrutadores. — ¿Por qué? ¿Por qué me haces todo esto?

La suelto y doy un paso atrás, necesito distancia para recuperar el control. — Grace. — Exhalo. — Resulta que era una rata. Y como ella es la que te contrató...

— Querías ponerme a prueba. — Ella me interrumpe, lanzando su mirada alrededor del sucio almacén.

— Exacto. — La miro fijamente a los ojos, asegurándome de que vea la seriedad en los míos. — ¿Ahora entiendes lo que está en juego?

Ella asiente, con un toque de exasperación coloreando sus facciones. — He pasado tu prueba. ¿Y ahora qué?

Me cruzo de brazos, considerándolo. — A continuación, nos aseguramos de que esto no vuelva a suceder.

— ¿Y si no estoy de acuerdo?

— Entonces eres libre de irte — digo sin rodeos. — Pero quiero que sepas esto, si te quedas, serás uno de los nuestros. Y protegemos a los nuestros.

— ¿Y Alina? ¿Qué hay de ella?

— Ella es la razón por la que todos estamos aquí — digo, sintiendo un raro tirón en el pecho. — Ella siempre estará a salvo.

La postura de Emma se relaja, una aceptación silenciosa de la tregua que le estoy ofreciendo.

— De acuerdo, Aleksandr. Me quedaré. Por ella.

— Bien. — Asiento una vez. — Ahora ven, vamos.

Le tiendo la mano. Ella duda un segundo. Pero luego, la toma.

No hablamos mientras caminamos hacia el coche. Quizá no sea necesario. Le abro la puerta del acompañante. Ella sube.

Hace un movimiento para ponerse el cinturón, pero yo soy más rápido.

— Lo haré yo — insiste ella tajante.

— Ya lo tengo — le digo y, a pesar de sus protestas, le abrocho el cinturón de seguridad.

El viaje de vuelta es tranquilo, el silencio es casi palpable. Cada cierto tiempo, echo un vistazo. Está de espaldas a mí, con las piernas apuntando hacia la puerta, los brazos cruzados y la mirada fija en algún punto lejano fuera de la ventana.

Está enfadada, su lenguaje corporal lo grita más fuerte que cualquier palabra. Lo entiendo; yo también lo estaría. Pero lo que ella no entiende es la necesidad. La necesidad de confianza, de lealtad.

Me hago una promesa mientras conduzco: esto no volverá a ocurrir. No a ella, no mientras esté bajo mi protección. Porque eso es lo que hago. Protejo lo que es mío y, lo sepa ella o no, ahora está bajo mi protección.

Emma sale corriendo del coche en cuanto éste se detiene.

Me lleva diez pasos de ventaja antes de que le entregue las llaves al aparcacoches.

— ¡Emma! — mi voz corta el aire, pero ella no se detiene, ni siquiera mira hacia atrás.

Está furiosa, y no puedo culparla.

Cuando atravieso la puerta principal, ella ya ha cruzado la mitad del vestíbulo. Dmitri y Nikolai están allí, observando la escena con diversos grados de preocupación y enfado. Emma le lanza a Dmitri una mirada siniestra, y él se limita a mover ligeramente la cabeza, como una acusación silenciosa dirigida hacia mí.

Sé que estaba en contra de esto desde el principio. Dmitri es del tipo que confía en su instinto, y

su instinto le decía que Emma era confiable. Pero Nikolai y yo, necesitábamos pruebas. Ahora, estamos cosechando lo que sembramos.

Emma desaparece hacia su habitación, Dmitri la sigue a una distancia prudente, probablemente para intentar controlar los daños. Me quedo allí, viéndolos marcharse.

Respiro lentamente y volteo para mirar a Nikolai. — Les daremos un momento — digo, y él asiente.

Los dos sabemos que esto no ha terminado, es solo el principio.

Capítulo 8: Los labios no mienten

Dmitri

Golpeo la puerta de Emma, mis nudillos golpean la madera con más fuerza de la que pretendo.

— ¿Emma? — No hay respuesta.

Vuelvo a llamar, un poco más suave. — Emma, quiero hablar contigo.

Silencio, luego se escucha una respuesta amortiguada desde el otro lado. — No hay nada de qué hablar, Dmitri. Solo vete.

Hago una pausa, con la mano apoyada en la puerta. Podría marcharme y dejarla en ese estado, pero no es mi estilo.

— No me iré hasta que abras la puerta, Emma. Abre la puerta, por favor.

Se oye un susurro, el sonido de unos pasos, y entonces la puerta se abre. Está allí parada, con la cara toda alterada y los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas. Mierda, siento una oleada de ira protectora, el impulso de enfrentarme a Nikolai y a Aleksandr por haberla hecho pasar por esto.

— ¿Puedo pasar? — pregunto, manteniendo la voz uniforme.

Es lo menos que se merece después del infierno que le hemos hecho pasar.

Asiente y se aparta para dejarme entrar. El aire de la habitación está cargado de su angustia.

— Emma, yo...

— ¡Creía que habías muerto! — me interrumpe, con voz temblorosa.

Maldición, hemos metido la pata hasta el fondo.

— Lo sé — le digo, entrando en su habitación y cerrando la puerta suavemente tras de mí. — Y

siento que hayas tenido que pasar por eso.

— ¿Lo sientes? — Su risa es amarga. — Me dejaste creer que te habían matado. ¡Fuiste parte de todo este... todo este juego enfermizo!

Conocía el plan, incluso participé en él. Me había convencido de que era necesario, pero verla así, rota, asustada, me corroe.

— Lo sé, y nunca me perdonaré lo que te hicimos, Emma. — Doy un paso más hacia ella, pero retrocede. — Pero créeme cuando te digo que lo hicimos para mantenerte a salvo. Aleksandr y Nikolai nunca te harían daño, solo necesitaban saber si podían confiar en ti.

— ¿Y qué hay de ti? — me pregunta, con sus ojos clavados en los míos. — ¿También necesitabas saber si podías confiar en mí?

Tomo su mano y me la llevo al corazón, sujetándola con fuerza. — No, Emma. Confié en ti desde el principio. Solo que no tenía pruebas para convencer a los demás.

Me mira fijamente un momento antes de apartar la mano y cruzarse de brazos. — ¿Y ahora qué, Dmitri?

Cierro la brecha que nos separa y la miro sin inmutarme. — Emma. Yo confío plenamente en ti.

Su siguiente movimiento es inesperado. Da un paso adelante y me abraza con fuerza.

— No vuelvas a hacerme esto — susurra con fiereza.

Durante una fracción de segundo, me quedo atónito, su cuerpo apretado contra el mío, y su aliento caliente en mi cuello. Pero entonces el instinto se apodera de mí. La cubro con mis brazos y la atraigo hacia mí. Su aroma, algo floral mezclado con la adrenalina del día, inunda mis sentidos. Apoyo la barbilla en su cabeza y hago una promesa silenciosa.

— Nunca más — le susurro, y lo digo en serio.

Me sujeta con fuerza y noto humedad sobre mi piel. Al apartarme un poco, veo las lágrimas en sus mejillas. Mi pulgar aparta una lágrima persistente.

— ¿Estabas preocupada por mí? — le pregunto.

— Por supuesto que lo estaba — responde ella, con ojos feroces; aunque cargados de emoción.

— Puedes ser un verdadero imbécil, Dmitri, pero eso no significa que te quiera muerto.

Me río y ella me devuelve la risita. Su cuerpo está pegado al mío y su respiración se mezcla con la mía.

— Emma — le digo.

Sus labios se separan, y esa es toda la invitación que necesito. Me inclino y mis labios rozan los suyos en un suave beso. Ella responde de inmediato y abre la boca junto a la mía. Profundizo el beso y mi lengua explora los cálidos recovecos de su boca. Sabe tan jodidamente bien, a miel y a especias y a todo lo que he estado deseando desde el primer día que la conocí.

Sus dedos se enredan en mi cabello, tiran de mí y gimo suavemente, rendido ante la sensación, ante el momento, ante ella. El mundo se reduce simplemente a sentir su cuerpo apretado contra el mío, al dulce sabor de sus labios, al rápido latido de su corazón contra mi pecho.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeamos, ella con las mejillas sonrojadas y yo con el corazón latiéndome a mil por hora.

— Dmitri — ella exhala.

Apoyo mi frente en la suya y le froto la espalda con el pulgar. — Emma — le respondo.

Puedo sentir el deseo que emana de ella, y sé que no es solo una atracción física. Hay algo más profundo, algo que lleva tiempo cociéndose a fuego lento bajo la superficie.

Sé lo que quiero, pero no estoy seguro de que esté preparada para ello. Ya hemos pasado por demasiadas cosas. ¿Y si esto es solo el resultado de la adrenalina? ¿Y si esto es solo algo temporal?

Me alejo de ella. Necesito un momento para pensar en todo esto. Es la maldita niñera, maldición. Y acabo de besarla. La besé como nunca lo había hecho antes. Y eso no es todo lo que quiero

hacer con ella.

No quiero seguir distanciándome de Emma, pero no arruinaré esto antes de que empiece.

Me mira, sus ojos siguen brillando, sus labios ligeramente hinchados y enrojecidos por el beso.

— Debería irme — le digo, sabiendo muy bien que no quiero.

Pero me doy la vuelta y la dejo parada en medio de su habitación. Cierro la puerta tras de mí y el clic del pestillo resuena en el silencio. Es lo correcto, por ahora.

Entro en la sala a grandes zancadas y siento sus ojos clavados en mí incluso antes de verlos. Aleksandr está apoyado en la chimenea.

Nikolai gira para mirarme. — ¿Y? — me pregunta Nikolai.

Aprieto la mandíbula, y mi paciencia se agota. — Todo esto era tu plan, Nikolai. Y nosotros somos los que estamos sufriendo las consecuencias.

Aleksandr levanta una ceja, de manera interrogante, pero se mantiene en silencio. Está claro que quiere detalles, pero no estoy de humor para satisfacer su curiosidad.

— Emma está prohibida — digo, las palabras salen como un decreto. — Sea cual sea el juego que pensabas que estabas jugando, termina ahora.

La expresión de Nikolai se endurece. — Deja de culparme. Todos sabemos que esto era necesario.

— Hemos terminado con las pruebas. Hemos terminado de usarla como cebo — respondo.

— ¿Desde cuándo te preocupas por ella? — pregunta Aleksandr.

Le sostengo la mirada, inquebrantable. — Desde el momento en que estuvo dispuesta a dar su vida por esta familia sin saber nada sobre nosotros.

Nikolai suelta una risita y sacude la cabeza. — Te estás ablandando, Dmitri. Y eso podría ser peligroso para todos nosotros.

Eso me eriza la piel. — No soy blando — replico bruscamente. — Estoy siendo inteligente. No podemos permitirnos poner en nuestra contra a aquellos que necesitamos.

— No te preocupes — dice Alex. — Si algo le pasa, ahora es mi responsabilidad. Le hice una promesa.

Eso es todo. No más discusiones, no más debates. Aleksandr ha hablado, y cuando él hace una promesa, es tan buena como un juramento.

El tono de Nikolai es sarcástico mientras extiende las manos. — Perfecto. Me pintas como el villano.

Lo fulmino con la mirada. — Eres tú el que no quiere enfrentarse a ella. También quiere una explicación tuya, Nick. ¿No fuiste tú el que tuvo una pequeña charla con ella la otra noche? ¿O debería decir que la amenazaste?

Su sonrisa se transforma en un ceño fruncido. — Eso era parte del plan.

— Los planes cambian. Y ahora le debes algo más que una amenaza.

Nikolai mira entre Aleksandr y yo, sus defensas se derrumban poco a poco.

— De acuerdo —cede— hablaré con ella. Pero ahora no —se apresura a añadir— antes tengo que ocuparme de otra cosa. — Lo estudio un momento, intentando leer sus pensamientos.

Es típico de él aplazar lo incómodo, retrasar el momento de enfrentarse a la situación hasta el último momento posible.

— No esperes demasiado.

Asiente con la cabeza. Puede que Nikolai se lo tome a la ligera a veces, pero sabe lo importante que es mantener el círculo íntimo unido y seguro.

Se aleja a grandes zancadas, probablemente para ocuparse de lo que sea que haya captado su atención, y yo me doy la vuelta hacia Aleksandr.

— Va a necesitar algo más que palabras — le digo.

— ¿Como un beso? — sonrío.

— ¿De qué demonios estás hablando, Alex? — finjo inocencia.

¿Cómo podría saberlo?

Se señala la comisura de la boca, con esa sonrisa de suficiencia jugueteando en sus labios. — Tienes algo de pintalabios ahí.

Maldita sea. Me limpio la cara, sintiendo un acalorado y traicionero rubor.

— No es lo que piensas — murmuro, aunque es exactamente eso.

Aleksandr se ríe. — Claro que no. — Se apoya en la chimenea y entrelaza los dedos. — Ella es un espectáculo para la vista, ¿verdad?

— ¿Qué? — digo, con un tono defensivo. — Pensé que la odiabas.

Me dejo caer en uno de los sillones de cuero, echando una pierna sobre el reposabrazos, intentando parecer tan relajado como él.

— Odio es una palabra muy fuerte. Digamos que me está... me está empezando a gustar.

Sacudo la cabeza, no quiero entrar a profundizar sobre esto con él. Ahora no. Lo que importa es la seguridad y el bienestar de Emma, no la renuente aprobación de Aleksandr.

Me levanto del sillón de cuero. No puedo negar que Emma me ha cautivado de una forma que nadie más lo ha hecho, y me está volviendo loco. Necesito salir de esta casa, alejarme de todo el mundo.

— Voy a salir a dar un paseo — digo secamente, tomando mi abrigo y dirigiéndome hacia la puerta.

— ¿Tú solo? — pregunta Aleksandr.

Pongo los ojos en blanco. Sé que sin importar lo que diga, me seguirá. Así que me voy.

El aire frío y fresco me golpea al salir y noto cómo me despeja la cabeza. Me meto las manos en

los bolsillos y empiezo a caminar sin rumbo.

No tardo en oír la puerta abrirse y cerrarse de nuevo, el inconfundible sonido de los pasos de Aleksandr al compás de los míos.

— ¿Recuerdas cuando en casa pensábamos que este frío no era nada? — pregunta Aleksandr.

Lo miro, y los recuerdos vuelven a mi memoria. — Sí, los inviernos rusos no son para los débiles de corazón. Nosotros estábamos hechos de otra pasta.

Asiente con la cabeza, con una rara sonrisa en los labios. — El viejo Ivan solía decir que había hierro en nuestras almas.

— Más bien hielo — corrijo, pero el nombre de Ivan me produce una oleada de nostalgia.

Ese hombre no era nuestro padre, al menos no de sangre, pero podría haber sido. Nos enseñó todo lo que sabemos, y nos apoyó cuando no teníamos nada.

La sonrisa de Aleksandr se desvanece un poco. — Él estaría orgulloso. De todo lo que hemos construido.

Aparto la mirada, con la punzada de la pérdida aún latente, incluso después de todos estos años.

— O nos daría una patada en el trasero por los líos en los que nos hemos metido.

— Probablemente las dos cosas — oigo que la sonrisa vuelve a su voz.

El silencio se rompe con el agudo *pitido* de las notificaciones. Nos detenemos e intercambiamos una mirada.

Sacamos nuestros respectivos teléfonos y lo miramos.

Un escueto mensaje de Nikolai: **Tenemos un problema.**

Capítulo 9: A comer

Emma

El café está abarrotado de gente al mediodía, sin embargo, Zoe y yo estamos solas en una mesa de la esquina. Su cabello rojo intenso es como un faro, imposible de pasar por alto, al igual que su personalidad.

Se inclina hacia mí, apoyando el codo sobre la mesa. — Entonces, ¿el trío se encarga de cuidar a la niña hoy?

Asiento con la cabeza, removiendo mi café. — Sí, quedaron encargados de Alina. No son tan malos con ella como crees. De hecho, son encantadores.

— ¿Encantadores? Pagaría por ver eso. — Los ojos de Zoe se abren de par en par con curiosidad, su café con leche a medio camino de sus labios. — Cuéntame. ¿Qué tal el trabajo?

Vacilo, las palabras «complicado» y «loco» compiten por salir. — Es... algo intenso — empiezo, pero ante la mirada expectante de Zoe, se me escapa toda la absurda historia.

— De acuerdo, empezó normal, o todo lo normal que puede ser en una mansión con una niña que ha pasado por mucho. Pero entonces...

Respiro hondo antes de continuar. — Orquestaron todo este plan, Zoe. En un instante estaba en el coche con Alina y al siguiente... — me detengo.

Zoe pone los ojos cuadrados, y se olvida del café. — ¿Qué? ¿Qué ha pasado?

— Unos hombres armados nos interceptaron. Sacaron a Dmitri del coche y... oí un disparo.

— Me estás jodiendo, ¿verdad?

Mis manos tiemblan alrededor de la taza. — ¿Yo...? Ojalá. Creí que había muerto. Hicieron que

todo pareciera tan real, y yo estaba allí, tratando de mantener a Alina tranquila, pero, por dentro, estaba enloqueciendo.

— Mierda, Em. Eso es intenso.

— Fue más que intenso. En un momento dado, uno de los hombres enmascarados, con esas voces ásperas y distorsionadas, ya sabes, como sacadas de una película de terror, se inclina y me dice que soy libre de irme. Como si nada. Pero solo si dejo atrás a Alina.

— Me estás tomando el pelo. ¿Y qué hiciste?

Siento el fantasma de ese miedo frío al recordar el peso de la mirada confiada de Alina sobre mí.

— No pude, simplemente no pude hacerlo, Zoe. Les dije que no. Les dije que me llevaran a mí en lugar de a ella.

Su mano se aprieta alrededor de la mía, sus uñas presionan mi piel. — Emma, eso fue... eso fue muy valiente. Y una locura.

Se me escapa una risita a medias. — Quizá fueron ambas cosas. Pero en ese momento, solo podía pensar en ella. No podía dejar que pensara que estaba sola, no otra vez.

Ella permanece en silencio durante un minuto.

Entonces continúo. — Y lo peor... es que todo era una trampa. Una prueba, para ver si se podían confiar en mí. — Suelto una risa temblorosa, pero hueca, sin gracia.

— Eso es una mierda. Eso no es una prueba, es una tortura. Y yo que pensaba que mi trabajo en el teatro estaba lleno de drama.

Me encojo de hombros, un amargo reconocimiento.

Ella continúa. — Es como una especie de película de la mafia.

— Sí. Sospecho que podrían serlo — confieso, bajando la voz, aunque el bullicio de la cafetería, de todos modos, se tragaría mis palabras. — Ya sabes, como la Bratva o algo así.

— ¿La Bratva? ¿Como la Bratva de la mafia rusa?

Asiento con la cabeza, sintiendo la gravedad de la situación asentarse en mi estómago como una piedra. — No lo sé. Yo...

— Nena, será mejor que me cuentes todos los detalles. Esto es demasiado loco para ser real. — Se inclina hacia delante.

No puedo evitar soltar una risita nerviosa. — Dímelo a mí. Y luego, el beso.

— ¿El beso? — Zoe reacciona.

— Sí, después de que todo se calmara y de saber que todo era un montaje, Dmitri y yo tuvimos un momento y... — El recuerdo del beso me produce un escalofrío.

— ¡No puede ser! ¿Tienes esa cosa? ¿Cómo se llama? ¿Síndrome de Estocolmo o algo así?

Pongo los ojos en blanco. — Oh, cállate, Zoe. No me secuestraron, solo fingieron que lo hacían.

— Pero, aun así, Emma, parecen peligrosos — Zoe baja la voz, pero no puede evitar añadir. — No has tenido tanta diversión desde aquel día en la clase de la Sra. Singleton.

No puedo evitar la risita que me sale de la garganta, la tensión se disipa al recordar. — ¿Te acuerdas? Estábamos en Psicología del Desarrollo y la Sra. Singleton no paraba de hablar de las teorías del apego. Me pasaste esa nota...

Zoe resopla, con la mano en la boca intentando contener la risa. — ¿Aquella en la que dibujé ese ridículo gráfico sugiriendo que la Sra. Singleton tenía un «estilo de apego evitativo» con su maletín porque nunca lo soltaba?

Asiento con la cabeza, ahora con una amplia sonrisa. — ¡Ese mismo! Y justamente tuvo que caerse del pupitre cuando todo se quedó en silencio.

La risa de Zoe es ahora incontrolable, y yo me uno a ella. — Y lo tomó, lo leyó en voz alta, y su cara —hago una pausa para que surta efecto— pasó de cero a «invierno ruso» en dos segundos.

Zoe se sujeta los costados, sacudiendo la cabeza. — Su cara estaba más roja que mi cabello, y tú,

te esforzabas tanto por no reír, tenías la cara toda crispada como si te doliera alguna cosa.

Me seco una lágrima de risa del rabillo del ojo. — Pensé que iba a explotar intentando aguantarme. Y entonces tú, con la cara más inocente, le preguntaste si necesitaba un momento para «asegurar sus apegos».

Las dos nos reímos tanto que apenas podemos respirar. — Éramos unas mocosas — consigue decir Zoe entre jadeos.

— No puedo creer que estemos comparando esto con lo que acabo de pasar — me río ligeramente.

— Cuéntame más sobre ese tal Dmitri — sonrío con picardía, mientras bebe un sorbo de café. — ¿Y qué hay de los otros?

Suspiro. — Ése es el problema, Zoe. Creo que siento algo por todos ellos.

— ¿Todos ellos? Emma, eso no es un rollo, es una miniserie a punto de empezar.

Sonrío ante su descripción. — Lo sé, parece una locura. Está Aleksandr, que es como una fuerza de la naturaleza. Después, está Nikolai, que es todo encanto y picardía, y Dmitri. Él es diferente. Es amable, ¿sabes?

— Nena, es como si vivieras en una fantasía de harén inverso. — Zoe deja su taza. — Pero, en serio, ten cuidado. Estos tipos son intensos, y tú eres, bueno, tú eres tú.

Sus palabras escuecen un poco, pero sé que tiene razón. — Lo sé, yo soy normal. Normal para ellos, supongo. Pero hay algo en ellos, algo debajo de toda esa intensidad que es tan...

— ¿Excitante? — Zoe me guiña con un ojo.

Me río, ruborizada. — Iba a decir «irresistible», pero claro, dejémoslo en «excitante».

De repente, mi teléfono vibra contra el tablero de la mesa. Miro hacia abajo y veo un mensaje de Nikolai. De los tres, es el último que esperaba que me contactara directamente.

Zoe me mira. — ¿Qué? — pregunta, con la cabeza inclinada hacia un lado.

No contesto, me quedo mirando la pantalla.

El mensaje es cortante, típico de Nikolai: **Tenemos un problema. Envíame un mensaje con tu ubicación, y paso a recogerte.**

— ¿Emma? ¿Quién es?

Sacudo ligeramente la cabeza, con el pulgar sobre el teclado. — Es Nikolai. Dice que hay un problema.

— ¿Un problema? ¿Qué tipo de problema?

Ya estoy escribiendo mi respuesta, el instinto de proteger a Alina y averiguar qué le pasa supera cualquier inquietud personal. — No lo sé, pero Nikolai va a recogerme.

Introduzco rápidamente mi ubicación y se la envío a Nikolai. Zoe y yo permanecemos en silencio un par de minutos, hasta que veo el coche a través de la ventana del café. Es imposible no verlo, una cosa elegante y depredadora que parece fuera de lugar en estas calles ordinarias.

— ¿Cómo te encontró Kate este trabajo? ¿Y cómo de ricos son estos hombres? Nunca mencionaste... — la curiosidad de Zoe se desborda.

Pero ya estoy recogiendo mis cosas y la interrumpo en mitad de la frase. — Tengo que irme, Zoe. Te enviaré un mensaje más tarde, ¿de acuerdo?

Ella nota la urgencia en mi postura, en la repentina tensión de mi rostro.

Con un gesto de complicidad, levanta las manos en señal de rendición. — Está bien, vete. Pero avísame cuando llegues. Me preocupo, ¿sabes? Y me debes otro café.

Logro esbozar una media sonrisa. — Dalo por hecho.

Entonces salgo por la puerta, en dirección al coche que señala mi regreso a un mundo que es cualquier cosa menos normal.

Nikolai ya está en la acera cuando salgo y me abre la puerta. Me detengo un instante para contemplarlo. Hoy es la personificación de un hombre que conoce su poder y lo lleva tan bien

como la ropa a medida que le sienta como una segunda piel.

La luz de la tarde se refleja en su cabello, dándole un tono cálido y dorado, y la forma en que su chaqueta se estira sobre sus hombros habla de fuerza.

Me mira y se relame los labios. Y, maldición, incluso preocupada por lo que sea el «problema», no puedo evitar reconocer que tiene buen aspecto. Demasiado bueno.

Y excitante, como dijo Zoe.

— Emma — me saluda, con una inclinación de cabeza muy formal.

Pero me gusta que diga mi nombre.

Sentada junto a Nikolai, me siento como en uno de esos programas de cambio de imagen del antes y el después, antes de que llegue el escuadrón glamuroso. Aquí estoy, con mis prendas otoñales y mis calcetines de peluche calentitos, los que tienen caritas de Hello Kitty que me sonríen. Claro, no son de alta costura, pero son cómodos y, después de todo, ¿quién elige tacones cuando puede tener los dedos de los pies bien calentitos?

Se sienta en el asiento del conductor y, de repente, me doy cuenta de que nunca había estado tan cerca de él en su propio espacio. No sé mucho de coches, pero este interior está sacado de una película.

Pero el entorno de lujo no suaviza mi irritación. Sigo enfadada con él, sobre todo porque hoy está increíblemente guapo. Y me irrita aún más que no se haya disculpado.

Quiero decir, vamos. Incluso Aleksandr se disculpó.

Todo esto fue probablemente idea de Nikolai, toda la farsa del secuestro, y aquí está, actuando como si no hubiera hecho nada malo.

Tiro del dobladillo de mi jersey y respiro tranquilamente. A pesar de mis dudas sobre Nikolai, tengo que creer en las promesas de Aleksandr y de Dmitri. Dijeron que me mantendrían a salvo, que la pesadilla de ser «secuestrada» no volvería a repetirse.

Entonces rompe el silencio. — ¿Ya comiste hoy?

Me toma desprevenida y mi mirada se dirige hacia él. — ¿Por qué te importa? — Suena más defensivo de lo que pretendo.

— Porque quiero llevarte a un sitio. — ¿Qué?

— ¿Adónde? — pregunto, con la confusión reflejada en mi rostro.

— A cenar — dice simplemente, como si fuera lo más natural del mundo.

¿Desde cuándo le importa que coma? ¿O lo que yo haga?

— ¿Y el problema? — le pregunto, necesitando entender.

— Nos estamos encargando — responde. — Mientras tanto, me aseguraré de que estés a salvo.

¿Yo? ¿A salvo? No puedo evitar el escepticismo que se filtra en mi voz.

— Pensé que no te importaba que estuviera a salvo.

— Emma, puede que no lo demuestre muy bien, pero que estés a salvo es importante para mí. Eres —duda antes de terminar— muy valiosa.

Parpadeo, sorprendida por la intensidad de su mirada y la sinceridad de su voz. — Muy valiosa, ¿eh?

Nikolai asiente, sus ojos se clavan en los míos. — Sí, muy valiosa. Y no solo en el sentido literal, aunque eso forma parte de ello. Pero también eres importante. Para mí.

Siento cómo se me ruborizan las mejillas bajo su mirada.

— Tienes una forma muy curiosa de demostrarlo — digo suavemente.

— ¿De qué otra forma quieres que te lo demuestre? — esboza una sonrisa.

Sabe lo que está haciendo. Y lo que quiero que haga.

Me muerdo el labio sin querer en respuesta a su pregunta.

— No lo sé — le digo. — Quizá podrías empezar disculpándote por lo que hiciste. No estuvo bien.

La expresión de Nikolai se suaviza. — Emma, sé que no estuvo bien. Por eso te estoy llevando a cenar, para compensarte.

Vuelve a centrar su atención en la carretera.

— ¿En un momento soy la niñera, luego una espía ante tus ojos, y ahora de repente soy una chica a la que llevas a cenar? — Se me escapan las palabras. — No puedes cambiarme de roles según te convenga.

Nikolai aprieta con fuerza el volante y me mira con expresión cautelosa. — No intento cambiarte de roles, Emma. Solo quiero arreglar las cosas entre nosotros.

— Pero no es tan sencillo — argumento, la frustración evidente en mi tono. — Me secuestraste, Nikolai. Me hiciste sentir que estaba en peligro y luego actuaste como si todo fuera un juego.

— Lo sé — admite, con voz grave y seria. — Y lo siento. Pero hay más cosas en juego de lo que crees.

— ¿Cómo qué?

Duda un momento. — Hay gente que nos persigue, Emma. Gente peligrosa que haría cualquier cosa por ponernos las manos encima o por la información que poseemos.

— ¿Qué tipo de información?

— Información que es de vida o muerte en nuestro mundo.

Trago saliva, la seriedad de su tono me cala hondo. Aquel acogedor café con Zoe parecía un mundo aparte.

— Y crees que estoy envuelta en esto. ¿Cómo?

— No lo estás — dice rápidamente, casi demasiado rápido. — Pero Alina sí.

Me siento, intentando procesarlo todo. — Entonces, esta comida, ¿qué es? ¿Una ofrenda de paz? ¿Una forma de tenerme cerca para poder protegerme?

Asiente ligeramente. — Ambas cosas. Quiero arreglar las cosas, y sí, también mantenerte a salvo. Ahora eres parte de esto, Emma.

Parte de esto. El peso de sus palabras se asienta sobre mí como un sudario.

— De acuerdo, Nikolai — digo, sin entender del todo a lo que estoy accediendo. — Podemos ir a cenar.

Capítulo 10: Mordisco a mordisco

Nikolai

Dirijo despacio el coche hasta el muelle, donde el yate se balancea suavemente sobre el agua, una bestia marina privada dispuesta a llevarnos en su vientre.

Emma se queda boquiabierta. — Pensé que íbamos a cenar.

— Vamos a cenar — le respondo, saliendo del coche y rodeando el capó para abrirle la puerta.

Me mira a mí y luego al yate, con una pregunta silenciosa en la mirada. Le ofrezco la mano, una orden silenciosa más que una invitación. Duda un momento y luego pone su mano sobre la mía.

La ayudo a subir al yate, sintiendo la familiar oleada de control cuando sube a bordo. El personal es mínimo: solo el capitán y algunas personas más para servir la comida. Me gusta la intimidad.

El yate se pone en marcha. Emma está parada junto a la barandilla, mirando hacia el agua, con la brisa marina revolviéndole el cabello.

— ¿No es lo que esperabas?

Ella sacude la cabeza. — Ni remotamente.

La conduzco hasta donde está preparada la cena, una inmaculada extensión bajo el cielo abierto.

— Espero que no seas vegana o algo así.

— ¿Y si lo fuera? ¿Estaríamos cenando algas a la luz de estrellas?

No puedo evitar sonreír ante su ingenio. — Si lo fueras, haría que el chef preparara el mejor festín vegano. Pero que conste que hay filete en el menú.

— Bien — responde ella, con un reto juguetón en los ojos. — Porque probablemente podría comer más filete que tú.

Eso me hace reír a carcajadas. — ¿Eso es un reto, Srta. Emma?

Toma asiento, la luz de las velas parpadea en sus ojos. — Considera hecho el desafío.

Tomo asiento frente a ella, tratando de mantener las cosas en calma, pero hay algo en su mirada que me hace sentir que estoy mirando a un animal enjaulado. Se muestra cautelosa, y con razón.

Pero no voy a dejar que eso me impida disfrutar de la velada. — Háblame de ti.

— ¿No sabes ya todo lo que hay que saber sobre mí? ¿No es ese tu trabajo?

Me río entre dientes. — Touché. Pero quiero saber algo más que el nombre de tu instituto o el lugar dónde creciste.

— Wow. Eso es inquietante.

— Es mi trabajo, ¿recuerdas? Y no actúes como si no las tuvieras ya publicadas en tu Instagram.

— ¿Revisaste mi Instagram?

Me encojo de hombros. — Tenía que investigar. Además, soy un tipo curioso. Demándame.

— De hecho, podría hacerlo. — Le da un sorbo a su vino.

Me inclino hacia delante, intrigado por el desafío en sus ojos. — Me gustaría verte intentarlo.

— Bueno, quizá tenga que encontrar algo por lo que merezca la pena demandarte —dice— como secuestrarme, por ejemplo.

Me río entre dientes. — ¿Y cómo explicarías lo de tener una cita con tu «secuestrador»? — suelto en tono de broma.

— ¿Ahora es una cita? Pensaba que solo íbamos a cenar en un yate.

— Claro — digo, sirviéndonos más vino. — Solo es una cena informal en un yate en medio del océano.

Da un sorbo a su vino y me recorre con la mirada de pies a cabeza. — Sabes, Nikolai, para ser alguien siempre tan serio e intenso, no eres tan mala compañía.

— Pensé que te gustaba más la compañía de Dmitri — le respondo.

Casi se atraganta con el vino, lo que me hace sonreír. — Es... interesante — dice, intentando recuperarse.

Levanto una ceja. — ¿Solo interesante?

— Bueno, no es tan dominante como tú.

Me reclino en la silla y bebo un sorbo de vino. — ¿Eso es lo que te gusta?

Me mira fijamente. — Puede que sí. Tal vez me gusta un hombre que sabe lo que quiere y que no tiene miedo de tomarlo.

Siento una repentina tensión en los pantalones al oír sus palabras y la forma en que me mira. Esta mujer sabe cómo tocarme la fibra sensible.

Me inclino hacia delante, con una mirada atrevida, para ver cada centímetro de ella. — ¿Y qué quieres tú, Emma? — pregunto, mi voz baja y ronca.

No se inmuta. — ¿Ahora mismo? Quiero ver si puedes soportar un poco de competencia.

— ¿Competencia? — repito.

Ella asiente ligeramente. — Sí. Veamos quién puede terminar su filete primero.

Sonríó ante su jocosidad, pero estoy dispuesto a complacerla. — De acuerdo.

El filete está increíble, cocinado a la perfección y bien sazonado.

Toma el cuchillo y el tenedor con una floritura y yo la sigo, preparado.

— ¡Vamos! — dice, y nos ponemos en marcha, cortando el filete perfectamente cocinado, con el rico aroma llenando el aire.

Es rápida, lo reconozco. Corta con precisión, probando bocado tras bocado con un fervor que no esperaba. Sigo su ritmo, saboreando la tierna carne, pero mi atención se divide entre el filete y la forma en que sus labios envuelven el tenedor, la forma en que su cabello cae sobre su hombro y

roza su piel, la forma en que sus ojos se iluminan con cada bocado.

— No se te da mal esto — veo que ya se ha comido la mitad de su plato.

Mastica, traga y sonríe. — Estoy llena de sorpresas.

Le queda el último trozo, y yo voy a la par. Con un último y decisivo corte, se mete el último bocado a la boca, levantando las cejas como diciendo.

— No puedes vencerme.

Me río entre dientes, terminando mi último bocado. — Impresionante.

Se echa hacia atrás y una sonrisa de satisfacción se dibuja en su rostro. — Entonces, ¿me darás un premio?

— Depende de lo que quieras como premio.

Sus ojos brillan con picardía. — Quiero un tour por el yate. Enséñame todos tus secretos, Nikolai.

Me levanto y le ofrezco la mano. — Tus deseos son órdenes.

Capítulo 11: Pistas en el cliché

Emma

La mano de Nikolai es cálida en la mía, una presencia sólida mientras me guía por el yate. El balanceo del barco es más marcado aquí. Es casi relajante.

Después de haber bebido una copa de vino, siento un subidón de valentía, un atrevimiento juguetón que me hace sonreírle.

— Entonces, ¿qué hay detrás de la puerta número uno? — bromeo mientras abre la primera puerta.

— Es un salón recreativo — anuncia, y no puedo evitar la carcajada que se me escapa.

Máquinas de pinball, juegos de carreras, incluso un Pac-Man de la vieja escuela; en este yate hay de todo.

— ¿En serio? — reboto sobre las puntas de los pies, mirando más allá de él. — ¿Me has traído aquí solo para presumir?

— Quizás —sonríe— o quizás porque quería verte sonreír.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mi rostro. — Muy bien, Sr. Capitán Romántico. ¿Qué es lo siguiente?

Nikolai se ríe y me lleva a la siguiente puerta. — Esta es un poco más privada.

Levanto una ceja y siento que el calor entre nosotros se intensifica cuando abre la puerta y deja ver un lujoso dormitorio. La cama king-size está envuelta en sábanas de seda y desde los grandes ventanales se ve el océano.

— Pensé que habías dicho que querías ver todos mis secretos — murmura con voz grave y

seductora.

Levanto la mirada hacia él y siento que me tiemblan las piernas. — ¿Y qué secretos esconde esta habitación?

Nikolai se inclina y sus labios rozan mi oreja. — Solo las que quieras descubrir.

No puedo resistirme, no cuando está tan cerca, no cuando sus labios están tan tentadoramente cerca de mi piel.

Volteo hacia él, nuestros cuerpos casi rozándose. — Creo que quiero descubrirlos todos — digo, casi en un susurro.

Los ojos de Nikolai se oscurecen y sé que siente lo mismo que yo. Se inclina más hacia mí y me besa apasionadamente. Sus manos se enredan en mi cabello y tira de mí. Siento que me recorre una oleada de deseo y mi cuerpo responde con avidez ante sus caricias.

Sus manos me agarran por la cintura. Me derrito ante él. Mis manos suben por su pecho, sintiendo las firmes curvas bajo su camisa.

Se aparta de mí, con los ojos oscuros de lujuria. — ¿Quieres esto? — me pregunta con voz áspera por el deseo.

Asiento con la cabeza, incapaz de encontrar palabras, mientras sus manos me sujetan por las caderas y me sube a la cama. Se arrastra sobre mí y me besa el cuello y el pecho mientras me desnuda lentamente.

Su boca vuelve a encontrar la mía mientras le quito la camisa y paso las manos por su musculoso pecho. Lo siento duro contra mi muslo, haciéndome gemir suavemente mientras me acaricia la piel con sus hábiles dedos, provocándome escalofríos de placer.

— Nikolai... — digo su nombre mientras empieza a chuparme ligeramente el cuello.

— Deja que me ocupe de ti — me susurra al oído.

Sus labios descienden para chuparme los pechos. Mis ojos se abren de par en par cuando el

placer viaja desde mis pechos hasta mi interior. Su boca es mágica, sus labios saben exactamente cómo tocarme y cómo necesito que me toquen. No aguanto más. Gimo con fuerza y lo rodeo con las piernas.

Se me entrecorta la respiración cuando sus cálidos besos me recorren el cuerpo, deleitándome con su tacto mientras recorre las curvas de mi vientre y mis caderas. Cuando llega a mis bragas, engancha los dedos alrededor de la tela, provocándome antes de bajármelas lentamente.

Me pone las manos en las rodillas, haciendo que caigan y que me abra completamente para él. Nikolai roza lentamente con sus dedos la entrada de mi coño. Me introduce un dedo para ver si estoy lo bastante húmeda para penetrarme, y luego añade otro rápidamente.

— Ya estás tan mojada para mí — dice, como si le asombrara el hecho de que esté tan excitada, tan mojada.

— ¿Quieres más? — Retira sus dedos y los desliza sobre los labios de mi coño, la humedad caliente y resbaladiza fluye de mi cuerpo. — Dime lo que quieres. Vuelve a meterme dos dedos y añade un tercero, sus dedos hacen magia dentro de mí.

Echo la cabeza hacia atrás, abro la boca como si fuera a hablar, pero en lugar de eso solo gimo, incapaz de decir nada coherente.

— ¡Ohhh, Dios! ¡Oh, maldición! — Las palabras salen fuertes cuando siento su boca en mi coño. Aplasta su lengua y la desliza por mi abertura, acariciando los labios de mi coño antes de centrarse en mi clítoris.

Alargo las manos y las enredo en su cabello, atrayéndolo más hacia mí.

Me rodea el clítoris con la lengua y me introduce lentamente un cuarto dedo en el coño.

Grito suavemente, la punzada de dolor se mezcla con el placer que me recorre. Siento cómo me mojo para él mientras mueve los dedos, hasta que no puedo pensar en otra cosa que no sea un orgasmo intenso.

— Nikolai, Nikolai, Nikolai — jadeo su nombre una y otra vez, mientras me coge con los dedos sin descanso. — Oh... Nikolai, oh, oh, maldición, oh...

Me aprieto alrededor de sus dedos. De repente, se retira y se detiene.

— ¿Por qué has parado? — se me escapa como un quejido, pero no puedo evitarlo.

— No he dicho que pudieras correrte aún. — Me sonrío con picardía y se baja los calzoncillos, mostrando su palpitante erección, tan grande y lista para mí.

Se tumba en la cama y me pone encima de él hasta que su boca queda justo debajo de mi coño. Su hombría se mece de necesidad bajo mi boca. Me agacho y le rodeo el miembro con los labios, disfrutando del gemido de placer que deja escapar. Su lengua se arremolina alrededor de mi clítoris y empieza a cogerme lentamente con los dedos.

Mi boca se mueve, chupándolo como él me ha chupado el coño, provocándolo con la lengua hasta que me agarra del cabello y me obliga a tragármelo por completo.

— Mierda. Chúpamelo más fuerte — me ordena jadeando.

Sus dedos se mueven ahora con más furia dentro de mí.

Siento cómo todo mi cuerpo empieza a convulsionarse de placer mientras él me chupa el clítoris y me coge más deprisa con los dedos.

Entonces empieza a empujar hacia arriba, haciéndome tragar su hombría mientras me da palmadas en el trasero. Siento sus gemidos en mi coño y sé que está a punto de llegar al clímax.

Empiezo a acelerar el ritmo, chupándole la hombría tan rápido como puedo y empujando hacia abajo sobre su mano para que me coja aún más fuerte.

— Dios mío, Dios mío — grito, súbitamente abrumada por un intenso orgasmo.

Con un gruñido, Nikolai me agarra del trasero y me obliga a meterme en su boca para poder cogerme aún más rápido con la lengua. Sus últimas embestidas en mi boca son ásperas y rápidas, y cuando se corre, casi me ahoga mientras gruñe ruidosamente.

Se corre en mi boca y yo me lo trago todo. Salgo a tomar aire, jadeando y con el rímel corrido. De repente, unos brazos fuertes me levantan y me giran para que me sienta a horcajadas sobre él. Se ríe.

— ¿De qué te ríes? — consigo decir, intentando limpiarme las líneas que tengo debajo de los ojos.

Se encoge de hombros. — Es que así te ves jodidamente sexy.

Me atrae hacia él y me da un beso suave. Es diferente de los otros besos que nos hemos dado esta noche: es más intenso, más significativo. Como si lo que acabáramos de compartir significara algo más que una simple aventura de una noche.

Me tumbo a su lado y me abraza. Me acurruco contra su cuerpo, aturdida, con el único deseo de que me abrace mientras las olas se estrellan contra el casco.

Nuestra respiración tarda unos instantes en calmarse. Mi corazón se acelera y me siento viva entre sus brazos. Exploro cada centímetro de su pecho, recorriendo su torso con los dedos. Es perfecto.

— ¿Para esto me trajiste aquí? — pregunto juguetonamente.

Se echa hacia atrás y me mira a los ojos con una intensidad que me produce un escalofrío. — En parte —confiesa— pero se trata de algo más que solo... esto.

Sus ojos tienen ahora un brillo de picardía. — Dime, ¿beso mejor que Dmitri?

Mis mejillas arden de calor, un rubor tan intenso que lo siento en los dedos de los pies.

— ¿Cómo...?

— Él no me lo dijo. Pero Dmitri es pésimo ocultando cosas. Su cara de culpabilidad es como un libro abierto. Además... de la mancha de pintalabios que tenía en los labios.

Me muerdo el labio. — Los dos son... — me detengo, no sé cómo compararlos, ni siquiera estoy segura si debería hacerlo.

Nikolai retrocede un poco, con una sonrisa de satisfacción en los labios. — No tienes que cuidar mis sentimientos, Emma. Pero que conste que pretendo ser el mejor en todo lo que tenga que ver contigo.

La audacia de su declaración, la cruda confianza. Debería ser demasiado, pero en cambio, es tan... Nikolai. Y no puedo evitar sentirme atraída por él.

Se inclina y me besa dulcemente. — He pedido que nos suban el postre a la habitación.

Sonrío, sintiéndome rendida ante él. — ¿Qué hay?

— Fresas cubiertas de chocolate —me guiña un ojo— y un poco de champán frío.

Sonrío. — Eso es tan cliché...

— Cliché o no, saben bien. Igual que tú.

Me ruborizo de nuevo.

Nikolai, con una pizca de irritación, se excusa para revisar el postre que se ha retrasado. — Iré a ver — murmura, vistiéndose rápidamente y saliendo de la habitación.

Me quedo sola, los latidos de mi corazón aún resuenan en mis oídos. Me levanto de la cama, siento las piernas como si hubieran pasado por una maratón, temblorosas y poco fiables. Y entonces algo sucede: la billetera de Nikolai resbala del borde de la mesilla de noche y su contenido se desparrama por el suelo.

Una foto cae al suelo boca arriba. Es un hombre, de unos 30 años, con un parecido asombroso a... espera, ¿esa niña es Alina?

¿Quién es este hombre?

La curiosidad me invade y tomo la foto, estudiando las caras. Es entonces cuando se abre la puerta.

Capítulo 12: Una noche a solas

Nikolai

Vuelvo a la habitación a grandes zancadas, con una bandeja de plata cargada en la mano, creyendo que encontraría a Emma esperándome. En lugar de eso, me encuentro con una imagen que me hiela la sangre. Ahí está, con una fotografía en la mano, una fotografía que nadie debía encontrar, y menos ella.

— ¿Qué demonios crees que estás haciendo? — grito, dejando caer la bandeja sobre la mesa y me acerco a ella.

Da un respingo, con los ojos muy abiertos por el susto o por el miedo, o quizá ambas cosas. — Te juro que tu billetera se cayó y, cuando la recogí, encontré esta foto. No quería...

— ¿A quién se lo has contado? — le exijo, arrebátandole la foto de las manos.

Mi mente se acelera con las implicaciones, la posible filtración. Ella lo ha visto, al hombre con Alina.

— ¿Quién es, Nikolai? — pregunta con voz temblorosa pero insistente.

Me debato entre la necesidad de proteger mis secretos y lo ridículo de la situación.

— ¿Cómo iba a contárselo a alguien? — responde, y yo quiero creerle.

Pero la confianza es un lujo que rara vez puedo permitirme.

— Ese hombre —empiezo, luchando por mantener la voz uniforme— no es asunto tuyo.

— Pero está con Alina en esta foto. Tengo derecho a saber si ella...

— ¿Derecho? — la interrumpo, mi voz se eleva a pesar de mi intento por controlarla. — Aquí no tienes derechos, Emma. Estás aquí para hacer un trabajo, no para hurgar en nuestras vidas.

Emma parece realmente sorprendida. Se da la vuelta, abre un cajón y saca una toalla para cubrirse.

— No tengo derechos, ¿eh? ¿Por eso me besaste? ¿Por eso me trajiste aquí?

Sus palabras escuecen, atraviesan la tensión y tocan un nervio. Permanezco de pie, con la rabia de su voz resonando en la habitación, como un recordatorio de que no se trata solo de la fotografía o de los secretos que esconde. Se trata de nosotros, de la línea que hemos cruzado y de la que parece que no podemos escapar.

Me paso una mano por el cabello, con la frustración brotando bajo la superficie. — Emma, eso no es...

— Es exactamente eso, Nikolai — me interrumpe, alzando la voz. — En un momento soy valiosa, y al siguiente solo soy una empleada sin derechos.

— Eres valiosa. Eso no era una mentira. Pero esto —señalo la foto, ahora tirada en el suelo— es más grande que cualquiera de nosotros.

Sus hombros caen, la resistencia se agota en ella, pero se aferra con fuerza a la toalla, una barrera no solo por pudor, sino para lo que pueda venir después.

— Entiendo la necesidad de guardar el secreto, Nikolai. Lo comprendo. Pero no puedes seguir ocultándomelo. No si quieres que me quede.

Suelto un fuerte suspiro y señalo el asiento de felpa que tengo enfrente. — Bien. Te diré quién es. Siéntate.

Emma obedece, se acomoda en el borde del asiento y se envuelve con la toalla.

— Es Sergey — empiezo, con voz firme a pesar de la oleada de emociones. — El padre de Alina.

Sus ojos parpadean en señal de asimilación y luego se llenan de más preguntas.

— Eso es todo lo que necesitas saber — digo, cerrando la puerta a ese capítulo de nuestras vidas.

Sin embargo, Emma no se conforma. — ¿Qué le ha pasado?

Desvió la mirada por un breve momento, buscando las palabras. — Está muerto.

— ¿Cómo murió? — la pregunta de Emma es directa, sus ojos buscan algo en los míos, tal vez honestidad, tal vez seguridad.

No puedo mirarla, mis ojos se clavan en el suelo. El silencio se extiende, un abismo que se ensancha entre nosotros a cada segundo que pasa.

— ¿Cómo murió, Nikolai?

No contesto. Porque ella ya lo sabe. Es lista. Hermosa. E inocente. Pero no tan inocente. No es inmune a los pecados del mundo.

De repente, se pone en pie, deja caer la toalla y se apresura a recoger su ropa, sus movimientos se precipitan y pierde la compostura.

Le tiendo la mano, intentando ofrecerle algún consuelo, alguna explicación. — Emma.

— Detente. No me toques — espeta, apartando el brazo de un tirón, con el cuerpo tembloroso.

Irradia un miedo real y potente que retuerce algo dentro de mí.

— Emma, escúchame — le insisto, con la voz baja, desesperado por hacerla entender. — Tuvimos que...

— ¿Por qué?

— Nos traicionó — le digo, con la verdad amarga en la lengua.

— ¿Los traicionó? ¿Cómo? Son dueños de una empresa de tecnología, ¿cierto? ¿Qué ha hecho?

— Sus preguntas son rápidas, una exigencia de la verdad que ha estado acechando en las sombras de cada conversación susurrada, de cada paso cuidadoso.

Ella necesita saber la verdad, pero yo también.

— Nos delató, vendió todo lo que representábamos. Era él o nosotros, Emma. En nuestro mundo,

es así de simple. Y así de brutal.

— ¿Delatarlos... a quién?

Exhalo lentamente, la confesión me sabe amarga. — Eso aún no lo sabemos. Tampoco sabemos su nombre completo, nada. Lleva años detrás de nosotros. Siempre está al tanto de todo sobre nosotros. No sabemos cómo ha sido eso posible.

Emma tiene los ojos muy abiertos, la magnitud de todo lo que ha descubierto pesa visiblemente sobre ella.

Su voz es tenue pero decidida cuando habla. — Quiero irme a casa. Por favor. Llévame a casa.

No discuto. No la tranquilizo ni le invento excusas. En lugar de eso, saco mi teléfono y envío una orden rápida al capitán, indicándole que se dirija a tierra.

Mientras surcamos las oscuras aguas, envío un mensaje a mis hermanos, asegurándome de que todo esté en orden, de que la mansión, y Emma, estén a salvo de cualquier amenaza esta noche. Me confirman que sí. Todo está tranquilo. Debería ser un alivio, pero la tensión no disminuye.

Cuando atracamos y me dispongo a acompañarla a la mansión, Emma vacila en la puerta del coche. — Quiero ir a mi antiguo apartamento. Por esta noche.

Hago una pausa, estudiando su perfil en la penumbra. Hay una súplica en su voz, un sutil temblor que me dice que no solo está pidiendo que la lleven; está pidiendo espacio, un momento para respirar y procesar lejos de las sombras de los muros de la Bratva.

— De acuerdo — le digo simplemente, respetando su necesidad sin insistir en las razones.

La dirección de Emma no es un misterio para mí; sé más de ella de lo que cree.

La llevo al apartamento en silencio. Recoge sus cosas, sus movimientos son lentos, casi reacios. La observo, el impulso de acercarla, de convencerla de que se quede conmigo, es un dolor físico en mi pecho. Pero no me muevo, sé que lo necesita. Necesita volver a sentirse normal, aunque solo sea por una noche.

Voltea hacia mí antes de cerrar la puerta del coche. — Gracias, Nikolai. Por entenderlo.

Asiento con la cabeza, un movimiento seco y firme. — Por supuesto.

Ella quería espacio, y se lo doy. Ahora solo queda esperar, y confiar en que vuelva de ese espacio dispuesta a enfrentarse nuevamente a este mundo con nosotros.

Después de ver a Emma desaparecer en el edificio, el silencio persistente en el coche me obliga a tomar mi teléfono. Un mensaje rápido para Alex y Dmitri.

¿Finalmente todo está resuelto?

Capítulo 13: Amor duro

Emma

Cierro la puerta tras de mí, el sonido resuena en el pequeño espacio de mi antiguo apartamento. Me resulta familiar, pero esta noche lo siento diferente, casi extraño. Las paredes son las mismas, los muebles no han cambiado, pero hay una opresión en el aire, cierta claustrofobia que antes no existía.

Tuve sexo con un asesino. Son asesinos, sí. Y ya no puedo negarlo. Son la mafia. Dios.

Me tiemblan las manos y dejo caer mi bolso al suelo. La verdad me envuelve como un sudario. ¿Cómo he llegado a esto? ¿Cuándo crucé la línea que separa mi vida normal y segura para meterme en un mundo en el que estoy enredada con la Bratva?

Me hundo en el sofá y entierro la cara entre las manos. — Contrólate, Emma — me regaño a mí misma.

¿Quién sabe qué más habrá hecho?

Abro la nevera de un tirón, la luz parpadea y emite un pitido como si luchara por mantenerse con vida. El interior es tan árido como un desierto, salvo por una única botella de vino, nada que ver con las lujosas cosechas del yate.

— Supongo que estamos solos tú y yo — le murmuro a la botella, mi compañía para esta noche.

No me molesto en traer una copa. ¿A quién quiero impresionar en este lugar vacío? Descorcho la botella, el vino no es tan suave ni tan rico como el que me ofreció Nikolai, pero cumple su función, me quita el nudo de la garganta y adormece mis pensamientos.

Bebo un trago, el consuelo líquido que necesito, el compañero de mi mente en espiral. No es el calor de la mirada de Nikolai ni la emoción de su tacto, pero esta noche es todo lo que tengo. Y

tendrá que ser suficiente.

El alcohol me quema la garganta y me acomodo en el sofá, con la mirada perdida en la pared. Cada vez que cierro los ojos, lo único que veo es la cara de Nikolai, su imponente presencia que me tiene seducida y vulnerable. Me siento como una tonta por enamorarme de alguien como él.

O alguien como Dmitri. ¿También está enredado en este lío? No solo Nikolai me tiene el corazón acelerado y el cuerpo compungido, también Dmitri.

Tomo otro trago de vino, los recuerdos de las caricias de Dmitri se mezclan con los de Nikolai en mi mente.

¿De verdad estoy tan desquiciada? Dios mío, ¿atraída por dos, y puede que incluso tres, hombres mafiosos? Un caso típico de protagonista de novela romántica mala.

Debería estar aterrorizada. Debería estar planeando mi huida, y no soñando despierta con sus sonrisas. Pero aquí estoy, sirviéndome otra copa de vino, brindando por mis excelentes elecciones en la vida.

Y luego está Aleksandr. La sola idea me hace soltar una carcajada. Como si mi situación no fuera lo bastante complicada como para añadir al Sr. Alto, Oscuro y Mortífero.

La botella se vacía antes de que me dé cuenta y la habitación decide unirse al carrusel de mi cabeza. Me dejo caer en el sofá, riéndome por lo absurdo de todo esto. El mundo gira y yo con él.

Pulso mi teléfono con una precisión temblorosa y le envío a Zoe un mensaje.

Te necesito. Por favor, ven. Estoy en mi antigua casa.

El mensaje desaparece. Me dejo caer en el sofá, con el teléfono en la mano como si fuera la promesa de un borracho. Zoe es la persona que me ayuda a ver la realidad, la que no se anda con tonterías. Aparecerá de repente, con el cabello rojo brillante, provista con helado o amor duro, lo que más necesito en este momento.

Ahora, solo tengo que esperar y no caer en el abismo del vino y de la espiral. Muy fácil. Ish.

¿Vaqueros? Quién los necesita. Me quito los vaqueros y me tumbo en el sofá. Zoe tiene llaves; no hace falta que haga de portera.

A medida que pasan los minutos, la habitación baila un vals perezoso. La lentitud de Zoe me hace preguntarme: ¿ha hecho una parada para tomarse un café? Vive como a un estornudo de distancia.

Entonces, toc, toc.

¿En serio? ¿Zoe está tocando la puerta? Me pongo en pie, un poco tambaleante, un poco malhumorada.

— ¿Has perdido las llaves? — refunfuño, abriendo la puerta de un tirón.

Pero no es Zoe. Es Aleksandr, parado allí como un presagio alto y oscuro.

— ¿Qué haces aquí?

La imponente figura de Aleksandr llena la puerta, un centinela inesperado.

— Me enviaste un mensaje diciéndome que me necesitabas — dice, con una voz grave que parece vibrar en el suelo.

— ¿Qué? No, no lo hice. Le envié un mensaje a Zoe — protesto, pero incluso mientras hablo, la habitación da una sacudida no muy suave.

Oh, no, ahora no.

Aleksandr se adelanta y me sujeta el codo con la mano para estabilizarme. — Tranquila — murmura, y con la otra mano me aparta el cabello de la cara. — Has bebido demasiado.

— Estoy bien — protesto, pero las palabras se confunden en mi boca.

— Eso está muy claro. — Los labios de Aleksandr esbozan una pequeña sonrisa ante mi débil intento de rebeldía y se adentra en el apartamento, cerrando la puerta tras de sí.

La habitación da vueltas y Aleksandr alarga la mano para atraerme hacia él. Me balanceo en su abrazo, el calor de su cuerpo me envuelve como un capullo.

— Yo cuidaré de ti — me dice, su voz es un bálsamo tranquilizador para mi cerebro revuelto. — Relájate.

— No me toques, tú...

— ¿Tú qué? — repite.

— Tú... grandullón, malhumorado... mafioso.

No sonrío, pero sus ojos se suavizan. — ¿Te parezco malhumorado?

Asiento con la cabeza apoyada en su pecho. — Y dominante.

Sus manos me guían suavemente hasta el sofá y me acomodan sobre los cojines. Quiero protestar, apartarlo, pero mi cuerpo me traiciona, ansiando la comodidad de su tacto.

Aleksandr se arrodilla frente a mí, con las manos aún sobre mis hombros. — ¿Qué has bebido?

Intento concentrarme en su pregunta, pero mi mente está nublada. — Vino — consigo decir, pero mis palabras siguen siendo confusas.

— ¿Vino? ¿Cuánto?

Me encojo de hombros, avergonzada. — ¿Media botella?

— ¿Te emborrachaste así... con media botella? — se ríe, el sonido vibra a través de mí.

Frunzo el ceño, aunque su risa es contagiosa. — No te burles de mí — murmuro.

— No lo hago. Solo estoy sorprendido — dice sin dejar de sonreír.

— ¿Dónde está... Zoe? — me las arreglo para decir.

— ¿Quién es Zoe? — pregunta.

¿Le he mandado un mensaje a él en vez de a Zoe? El mundo vuelve a inclinarse peligrosamente y me llevo una mano a la boca, con el estómago revuelto en señal de desaprobación.

— Creo que voy a... — las palabras se cortan cuando Aleksandr me guía rápidamente al baño.

En un instante estoy de rodillas. Aleksandr, con una delicadeza sorprendente, me echa el cabello hacia atrás mientras vacía el contenido de mi estómago en el váter.

— No me mires — consigo decir entre arcadas, mortificada.

— Créeme, he visto cosas peores que un vómito.

Me burlo, con un sonido amargo incluso para mis propios oídos. — Sí, Nikolai me lo contó.

Se pone un poco rígido detrás de mí. — ¿Qué te ha contado... exactamente?

Levanto la vista hacia él, mi visión se aclara por un momento, el peso de su mirada casi tan pesado como la revelación que estoy a punto de confirmar. — Que son unos asesinos.

La expresión de Aleksandr se endurece y, por un momento, temo que arremeta contra mí.

Pero, en lugar de eso, simplemente asiente. — Sí. Lo somos.

Se me revuelve el estómago, pero hay algo en la forma en que Aleksandr me sujeta el cabello que resulta casi reconfortante.

— ¿Nos tienes miedo, Emma? — me pregunta.

Y no sé qué decirle. No sé si debería tenerles miedo o no. Pero, en este momento, con la mano fuerte de Aleksandr sujetándome el cabello y su voz profunda tranquilizándome, no puedo hacer otra cosa más que sentirme segura.

— No. — Finalmente logro decir.

— Quizá deberías. — Su respuesta es casi instantánea.

— Quizá. — Volteo hacia él, con las mejillas aún sonrojadas por el vómito.

La intensa mirada de Aleksandr se clava en la mía y noto la gravedad de sus palabras. Quizá debería tenerle miedo a él y a la Bratva. Pero la forma en que cuida de mí...

— ¿Vas a hacerme daño? — le pregunto.

Sus manos me levantan un poco la barbilla. — Nunca — me dice, su voz baja y sincera. — Vamos a limpiarte.

Con manos cuidadosas, me ayuda a levantarme y me apoya en el lavabo. Me apoyo en la porcelana, el frescor es una pequeña misericordia para mi piel enrojecida. Abre el grifo, me echo agua en la cara y me enjuago la boca.

Aleksandr encuentra una goma para el cabello en la encimera y me recoge suavemente el cabello en un moño suelto. Su tacto es metódico, casi tierno, un marcado contraste con la imagen que tengo de él.

Me encuentro con sus ojos en el espejo, pero las palabras se me escapan. Y entonces, es como si el mundo se volviera negro, los detalles de la noche se me escapan de las manos como granos de arena mientras la inconsciencia me envuelve.

Me despierto y la niebla tarda un momento en disiparse, en darme cuenta de que estoy tumbada encima de Aleksandr. Tengo la mejilla apretada contra el calor de su pecho, sus brazos me rodean y me hacen sentir más pequeña y delicada de lo que nunca me había sentido.

Huele bien, una mezcla de algo picante y ese innegable aroma a «hombre». Es reconfortante y tranquilizador a la vez, y no quiero moverme, no quiero romper la paz que nos envuelve.

Pero entonces caigo en cuenta de quién es, y de lo que ha hecho. Estoy acurrucada con un asesino y, sin embargo, me siento tan segura. ¿Cómo puede ser? Ese pensamiento debería hacerme tambalear, pero el latido de su corazón bajo mi oído es un tambor constante que adormece mis ansiedades.

Me abraza con más fuerza, acercándose más de la cuenta, y no puedo evitar amoldarme a su

forma. Tiene el pecho desnudo, la piel bajo mis palmas irradia calor, y de pronto soy plenamente consciente de cada punto de contacto entre nosotros.

La pregunta que ha estado bailando en la punta de mi lengua finalmente se me escapa, un susurro contra su piel. — ¿Nosotros hicimos...?

Se revuelve, un ruido sordo suena en su pecho mientras vuelve lentamente en sí. — ¿Hicimos qué? — pregunta él aturdido.

Mi cara se calienta mientras intento encontrar las palabras. — Uh, ¿hicimos... algo anoche?

Abre los ojos y, por un momento, parece sorprendido. — No tengo la intención de aprovecharme de ti, Emma — dice, con voz suave y sincera. — Solo hemos dormido.

Siento un gran alivio, pero la forma en que sus dedos trazan dibujos en mi espalda es cualquier cosa menos inocente. Como si percibiera mis pensamientos, la mano de Aleksandr baja hasta posarse en mi cadera. El contacto me produce escalofríos y de pronto soy plenamente consciente de lo poco que nos separa la ropa.

Levanto la cabeza para encontrarme con su mirada, y veo en ella un deseo que me hace arder la sangre. — ¿Qué pasará ahora? — le pregunto.

Sus labios se mueven en una mueca y, por un momento, me atrapa la intensidad de su mirada. — Lo que tú quieras — dice, con un ronroneo en la voz.

Yo sé lo que quiero. Lo quiero a él. Lo deseo con locura.

Pero no solo a él. Quiero a Dmitri... y a Nikolai.

Y me parece injusto que le haga esto a él. Aleksandr parece percibir mi vacilación, su mano se detiene en mi cadera.

— ¿Qué sucede?

Hay un momento de silencio.

Luego, se remueve debajo de mí. — Ya lo sé.

Me quedo helada, con el corazón latiéndome con fuerza mientras me doy la vuelta para mirarlo.

— ¿Qué quieres decir? — pregunto, sintiéndome expuesta y vulnerable.

— Subestimas lo mucho que nos preocupamos por ti — murmura, con sus labios rozándome la oreja. — También sé que eres virgen.

— ¿Qué? ¿Cómo es posible que lo sepas?

Sus labios se curvan hacia arriba en una mueca. — Tu inocencia está escrita por todas partes, Emma. Pero no te preocupes, te enseñaré todo lo que necesitas saber.

Me ruborizo ante su atrevimiento, pero hay algo excitante en la forma en que me habla. La forma en que toma las riendas.

— ¿Y qué pasa con Dmitri y Nikolai? — le pregunto, mi corazón late más rápido ante la idea de estar con los tres.

— Y qué, los besaste. Pero eso es un juego de niños. Conmigo, nunca será solo un beso.

El corazón me late tan deprisa que temo que se me salga del pecho.

Trago saliva, mi cuerpo palpita de expectación. — ¿Qué quieres decir?

No contesta. Se levanta de la cama con un movimiento fluido y decidido. Me da la espalda mientras se pone la camisa, una barrera tan sólida como cualquier muro que pudiera levantar.

— Fue una imprudencia lo que hiciste anoche. Emborracharte, y quedarte aquí sola — me dice.

Me siento, y me envuelvo con la manta como si fuera un escudo. — Solo... necesitaba algo de espacio.

Voltea hacia mí y sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que me inmoviliza. — El espacio es un lujo, Emma. Y lo de anoche fue un descuido. ¿Y si no hubiera sido yo quien llamaba a tu puerta?

Asiento con la cabeza, dándome cuenta de la gravedad de la situación. — Lo sé, no pensé...

— Exacto, no pensaste. — Su tono es agudo, cortando mis excusas. — No puedes permitirte ser descuidada.

Trago saliva, con los ojos fijos en él. — Lo siento.

Se acerca a mí y me levanta suavemente la barbilla con la mano. — Necesito que tengas más cuidado, Emma — dice, con voz baja e imperiosa. — Eres demasiado valiosa para perderte.

Su tacto es ligero y suave, pero tiene una fuerza que me hace sentir pequeña y vulnerable. Y extrañamente segura.

— Lo haré.

— Prométemelo — dice con firmeza, mirándome a los labios.

— Lo prometo — le repito.

Su pulgar roza mi labio. De repente, me besa, sus labios se muestran duros y exigentes. Jadeo, me toma desprevenida, pero entonces su mano se posa en mi nuca y me olvido de cómo respirar. Es posesivo y dominante de una forma que me enciende, y sé que es exactamente lo que quiero.

Profundiza el beso y su lengua me roza los labios. Gimo en su boca mientras nuestros cuerpos se estrechan, el calor entre nosotros es casi sofocante.

Pero mientras me besa, no puedo evitar pensar en Dmitri y Nikolai. La idea de estar con los tres a la vez hace que mi cuerpo palpite de deseo.

Cuando se aparta, su mirada está oscurecida por el deseo. — Necesito que entiendas una cosa — me dice con severidad, mientras sus dedos siguen trazando círculos en mi cadera. — No te compartiré con nadie más. Ni con Dmitri. Ni con Nikolai. Serás solo mía.

Sus palabras me aceleran el corazón. Su tono posesivo me estremece y lo deseo aún más.

— ¿Y si los quiero a los tres?

Se acerca y me roza la oreja con los labios. — Entonces tendrás que convencerme — me susurra. — Porque nunca he compartido. — Sus palabras me estremecen.

Contengo la respiración cuando se levanta y se arregla los pantalones, alejándose de mí. Me mira por última vez y se marcha.

Y me doy cuenta de que depende de mí convencerlo. Convencerlos a todos.

Retiro la manta y me arrodillo a los pies de la cama.

— ¿Adónde vamos? — le pregunto.

Se detiene con la mano en el pomo de la puerta, su perfil muestra autoridad.

— De vuelta a casa. Alina te ha echado de menos.

Capítulo 14: Un respiro

Dmitri

Me enfrento a Nikolai y, por la postura de su mandíbula, sé que está listo para pelear.

Nuestras vidas penden de un hilo, marcadas por una sombra a la que conocemos como Frostbite. El tiempo se nos escapa entre los dedos y, con cada tictac del reloj, estamos un paso más cerca de una tumba que ha sido cavada solo para nosotros.

— ¿Eres tú quien me dice eso? — lo desafío con un gruñido grave.

Nikolai se burla. — ¿Por qué? Tú eres el que está aquí jugando a hacer de detective mientras yo intento proteger lo que es nuestro. ¿Crees que puedo disfrutar de los lujos mientras estamos entre la espada y la pared?

Resoplo. — Tú eres el que se divierte en un yate mientras nosotros estamos aquí, hasta el cuello, tratando de averiguar quién es ese maldito Frostbite.

Su rostro se ensombrece, una tormenta se avecina en sus ojos. — ¿Yo soy el que se divierte? También soy el que recibe constantemente amenazas de muerte. Ni tú, ni Aleksandr. Mis hombres fueron masacrados la otra noche. Veinte vidas, Dmitri. ¡Veinte!

Ahora está gritando, y me enfurece su insinuación. — Hablas como si fueran solo tus hombres. Y hablando de Aleksandr, ¿dónde diablos está? Estuvo fuera toda la noche.

Nikolai levanta las manos. — ¿Cómo diablos voy a saberlo?

Suelto un fuerte suspiro, la resistencia me abandona. — Iré a buscar a Emma. ¿En qué estabas pensando al dejarla sola en su apartamento?

Es un lío, una maraña en la que estamos metidos, y ahora Emma está justo en medio con

nosotros. Se supone que tenemos que protegerla, pero apenas estamos resistiendo.

De repente, Emma entra por la puerta principal, con Aleksandr.

No nos mira a los ojos, se rasca la cabeza como si quisiera deshacerse de la incomodidad.

— Hola, Emma — la voz de Nikolai corta el silencio, su tono es neutro pero sus ojos siguen todos sus movimientos.

— Hola — responde en voz baja. — Iré a ver a Alina.

— Alina está durmiendo — interrumpo antes de que pueda escapar.

Ella se detiene, atrapada en medio de su huida, y por un momento casi puedo oír su corazón latiendo contra el espeso silencio. — Entonces... iré a mi habitación — dice y se dirige hacia la puerta.

Nikolai voltea hacia Aleksandr. — ¿Dónde diablos estabas, Aleksandr?

Aleksandr no se inmuta. — Estaba ahí fuera protegiendo a Emma, a quien, debo añadir, dejaste sola en su apartamento.

Emma se detiene en la puerta, de espaldas a nosotros, como una espectadora muda del drama que se desarrolla.

Nikolai resopla. — ¿Protegiéndola? ¿O le estabas dando otra razón para tenernos miedo?

Aleksandr voltea bruscamente, con la mirada de acero. — ¿Tu forma de hacerla sentir segura incluye tu cama?

La cara de Nikolai se tensa, el músculo de su mandíbula se contrae. — Lo que Emma y yo hagamos...

— No se trata solo de Emma y tú — interrumpo, interviniendo antes de que esto se convierta en un altercado serio. — Se trata de todos nosotros. Se trata de Alina.

Aleksandr se cruza de brazos. — Mira quién habla.

Siento el calor subir a mis mejillas ante el escozor de sus palabras. Tiene razón, no soy quién para hablar, pero no es el momento de señalar a nadie. Esto se trata de algo más que nuestros sentimientos personales o nuestros errores.

— Escuchen —digo, dirigiéndome a los dos— estamos juntos en esto, nos guste o no. Nuestras decisiones, nuestras acciones, no solo nos afectan a nosotros; afectan a Alina, afectan a Emma. Afectan al mismo suelo que pisamos.

Una puerta se cierra con un sonido que resuena como un disparo en el silencio, una señal que indica la salida de Emma.

— Iré a hablar con ella — digo, moviéndome ya hacia el sonido.

No se trata solo de alisar las plumas erizadas; se trata de mantenernos unidos cuando todo parece empeñado en separarnos.

La voz de Aleksandr me sigue, impregnada de un cinismo que parece una bofetada. — Sí. Ve a hablar con ella.

¿Qué demonios le pasa hoy?

Me dirijo a la habitación de Emma.

Dudo por un momento antes de abrir la puerta y entrar. — Emma — empiezo, el nombre me resulta familiar y extraño a la vez.

No se da la vuelta para mirarme, y dice con la voz tensa. — ¿Qué quieres, Dmitri?

— ¿Aleksandr te ha hecho daño?

Su risa es hueca, amarga. — ¿Ese es el saludo habitual ahora? ¿Evaluando las distintas formas en que pueden hacerme daño?

Me estremezco ante la acusación, sabiendo que no solo habla de daño físico. — Emma, eso no es justo.

Se da la vuelta y sus ojos buscan los míos. — ¿Justo? No me hables de lo que es justo, Dmitri.

¿Por qué no me hablaste de Sergey?

— ¿Quién? Nikolai, por supuesto.

Se cruza de brazos. — Podrías haberme dicho la verdad, en vez de ocultármela. Pensaba que debíamos confiar el uno en el otro.

Doy un paso hacia ella, sintiendo cómo el dolor y la rabia me aprietan el pecho. — No sabía cómo contártelo sin hacerte daño.

Sacude la cabeza, sus ojos brillan con algo que se parece peligrosamente al odio. — No puedes decidir qué es lo mejor para mí, Dmitri. No puedes ocultármelo solo porque te resulte más fácil a ti.

La miro fijamente. — ¿De verdad crees que estoy haciendo eso?

Su boca se tensa y en sus ojos se mezclan la resignación y el dolor. — ¿Qué otra cosa se supone que debo pensar?

— Hay cosas que aún no sabes, Emma.

Gira para mirarme. — ¿Qué cosas? Cuéntame.

Exhalo lentamente. — Aleksandr y Nikolai no quieren admitirlo, pero ahora mismo estamos corriendo un gran peligro. El otro día sufrimos un ataque y...

Ella interrumpe. — ¡¿Alina está bien?!

— Sí, sí, Alina está bien. De hecho, está en su habitación, durmiendo.

Emma baja los hombros, el alivio la invade por un momento antes de que la riña vuelva a sus ojos. — ¿Y qué hay de nosotros? ¿Qué pasa con la gente que te persigue, que nos persigue a todos nosotros?

Acorto la distancia que nos separa, la necesidad de protegerla de todo lo que se avecina es casi abrumadora. — Estamos haciendo todo lo posible para mantener a todos a salvo. Sin embargo, Emma, tienes que entender que esto no es un juego. Es cuestión de vida o muerte, y ahora estás

en medio, quieras o no.

Me sostiene la mirada, firme e inquebrantable. — ¿Y cuál es el plan?

— El plan es acabar con todo esto. Averiguar quién es Frostbite y detenerlo antes de que vuelva a hacernos daño. Y tú, tú necesitas mantenerte a salvo, Emma. ¿Puedes hacer eso por mí?

Asiente, mostrando un destello de la antigua Emma. — Por Alina — corrige, y yo no puedo evitar asentir.

— Por Alina.

Nuestras caras están a centímetros de distancia. Su respiración se acelera. Puedo contar las pecas que adornan su nariz, sentir su aliento mezclándose con el mío. Me inclino hacia ella y el mundo se reduce al espacio que nos separa...

La puerta se abre de golpe. Aleksandr está allí, con su mirada aguda, cortando el aire espeso.

— Solo quería ver cómo estabas — dice con voz grave.

Emma retrocede de inmediato. Los ojos de Aleksandr pasan de ella hacia mí. De repente, el acaloramiento de nuestro casi beso desaparece.

Capítulo 15: En el agua

Emma

Transcurre otra semana con los hombres de la Bratva. Es mediodía y acabo de acostar a la pequeña Alina para su siesta. Mientras la veo dormir, no puedo evitar jugar con un mechón de su cabello, pensando en la inocencia en la que está envuelta, felizmente ajena al desorden que se arremolina a su alrededor. Pobre pequeña.

Me estoy encariñando con ella. Salgo de su habitación, cierro la puerta suavemente tras de mí y me dirijo a la sala. Es extraño, pero me estoy acostumbrando a la presencia constante de los hombres de la Bratva. Son como sombras con sustancia, peligrosas pero familiares. Y, si soy sincera conmigo misma, no odio del todo el hecho de que estemos solos en esta gran casa.

Cada día, la línea que separa mi antigua vida y esta nueva realidad más oscura se difumina un poco más. Me estoy adaptando, sobreviviendo... no, más que eso... estoy encontrando mi lugar en medio del caos. Es inquietante cómo la idea de estar con ellos, en medio del mundo de la mafia, cada día es menos aterradora.

Mi teléfono emite un sonido. El nombre de Kate se ilumina en la pantalla, su mensaje aparece con un *tono familiar* que siempre me arranca una sonrisa.

¿Cómo va todo? ¿Cómo está Alina?

Respondo rápidamente. **Está muy bien. Hoy le he enseñado los números. Aprende rápido.**

Serías una estupenda madre. Se burla.

Pongo los ojos en blanco, aunque ella no pueda verlo. **No sigas. No, no lo sería.**

Allí sentada, con el pulgar sobre el teclado, me debato entre hablarle de los hombres de la Bratva, de la extraña mezcla de peligro y afecto que me han demostrado. Pero no, prometí

guardar silencio. Quiero decir, Zoe sabe un poco, pero Zoe es diferente, es como una extensión de mi conciencia.

Aparece el siguiente mensaje de Kate. **¿Cómo está Zoe? ¿Alguna noticia de ella?**

¿Me ha leído la mente o algo así?

Se tiñó el cabello de rojo hace dos semanas. Parece una llama con forma humana. Respondo y adjunto la foto que nos hicimos Zoe y yo.

¡Se ve linda! Pero te echo de menos, hermanita. Deberías pasar por el salón pronto, responde Kate.

Su salón de belleza, uno de sus tantos negocios, demuestra su talento para el éxito. Kate es mi media hermana y no solamente ha tenido éxito, sino que ha prosperado de forma extraordinaria.

Nunca he investigado cómo construyó su imperio, pero su generosidad no tiene límites: pagó mi matrícula universitaria a pesar de mis protestas y, de alguna forma, me encontró este trabajo. Su gran red parece extenderse por todos los rincones de la ciudad.

Oh, me encantaría, le respondo.

Entonces cambia de tema. **Por cierto, ¿has sabido algo de Grace recientemente?**

Hago una pausa. **¿Grace? ¿Te refieres a la asistente? ¿Cómo es que la conoces?**

Es una amiga de la universidad. Intenté localizarte antes pero no pude. Intenté con Grace, pero no contestó.

Frunzo el ceño. **La última vez que la vi fue hace semanas, Kate.** La mención de Grace añade otra capa de misterio a la intrincada situación en la que me encuentro.

Eso es... extraño.

Le respondo con un toque de sarcasmo. **¿Cómo puedes ser amiga de alguien así? Es tan arrogante. Me pone de los nervios.**

Kate no se inmuta. **Solo es muy bromista. Te acostumbrarás. Mándame un mensaje si logras contactar con ella.**

Claro, envío el mensaje, pero mi mente ya está en otra parte.

El mundo de Kate es uno de los que solo he bordeado, su vida es un rompecabezas que nunca he resuelto. Ella ha sido más que generosa, su ayuda inquebrantable, sus recursos aparentemente ilimitados.

Lo digo en serio. ¡Ven al salón! ¡Maria se muere por conocerte!

¿Maria? Le contesto.

Sí... bueno. Mi nueva madrastra, lol.

Ya no puedo seguir la pista de las esposas de mi padrastro. **¿Cuánto va a durar eso? ¿Se divorciará de ella cuando cumpla 25, como haría Leonardo DiCaprio?**

Cállate. Kate responde, pero me doy cuenta de que se está riendo. **En realidad, Maria es mi mejor amiga desde la universidad.**

Nunca me hablaste de ella, respondo, frunciendo el ceño, aunque ella no pueda verlo.

Bueno, la conocí en la universidad. Pero no estaba estudiando; estaba trabajando. De todas formas, te lo contaré todo cuando nos veamos. ¿Qué te parece mañana?

Me estremezco al pensar que mi padrastro, con sus crisis de mediana edad tan regulares como un reloj, se case con alguien de la edad de Kate... es realmente extraño.

Mañana trabajo. ¿Qué tal este sábado por la tarde?

Perfecto. Nos vemos, hermana.

Dejo el móvil con un suspiro. Es extraña toda esta situación con Maria, la nueva «madrastra» de Kate. Y no es solo por la edad, sino por la forma en que Kate la menciona tan a la ligera, como si fuera algo secundario. Como si hubiera una historia de la que solo tengo indicios. Bueno, supongo que el sábado me lo contará todo.

Tampoco puedo evitar preguntarme por el repentino silencio de Grace. Y, más allá de eso, me acecha una pregunta más profunda. ¿Hasta dónde llegan las conexiones de Kate?

Echo un vistazo afuera y ahí está Aleksandr, surcando el agua como si fuera pleno verano y no el inicio del invierno. El vapor del agua caliente debería estar subiendo en el aire frío, pero no es así. ¿Cómo es que no es un cubito de hielo humano ahora mismo? Me acerco a la piscina.

Me quedo clavada en el sitio, sin saber si es el shock de verlo nadar a temperaturas bajo cero o la forma en que el agua acentúa, bueno, todo. Me siento intimidada, pero no puedo decidir si es por su aparente inmunidad al frío o por la forma en que sus músculos se mueven con tanta fuerza. Probablemente ambas cosas.

Debería preguntarle por Grace, pero la idea se me olvida cuando termina una vuelta y se queda suspendido en el borde de la piscina, recuperando el aliento. Esa visión también me deja sin aire en los pulmones.

— Hey — mi voz apenas supera un susurro.

Aleksandr levanta la vista, una gota le cae por la cara. — Hey.

— ¿No tienes frío? — Es una pregunta estúpida, pero es todo lo que tengo.

Se ríe, un sonido profundo que parece viajar directamente a través del aire frío. — No hace frío.

— Estamos literalmente en octubre — replico.

— ¿Y qué? — Sonríe, ese tono coqueto en su voz hace que mi corazón dé saltos mortales. — De cualquier forma, necesito hacer algo de ejercicio, ¿no?

Claro. Hacer ejercicio. Trago saliva, mi mente se acelera. ¿De verdad estoy aquí, poniéndome nerviosa mientras miro a un mafioso de la Bratva haciendo ejercicio? *Concéntrate, Emma.* Grace. Ibas a preguntar por Grace.

Intento no tiritar mientras lo observo, el frío parece su aliado, no su enemigo. — Quería preguntarte algo — le digo.

Levanta una ceja, el agua le resbala por la cara. — Claro.

— ¿Qué le pasó a Grace? — consigo decir, mientras él sale de la piscina en un movimiento fluido, casi artístico.

Por un segundo, las palabras se me atascan en la garganta.

— La hemos despedido — dice despreocupadamente, agarrando una toalla.

— ¿Despedido?

— Sí. ¿Por qué te importa? — No me mira, sigue concentrado en secarse.

— Mi hermana, Kate. Ha estado preocupada por ella. — Observo sus movimientos, con la toalla ahora enrollada en su cintura.

Su rostro se endurece y aquella calma se desvanece como la bruma. — ¿Cómo conoce tu hermana a Grace?

— Bueno, aparentemente se conocieron en la universidad. Hace años. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? — le ofrezco una sonrisa, tratando de aligerar el ambiente.

— El mundo es un pañuelo. — Su sonrisa no llega hasta sus ojos.

Algo se transforma en el aire, y puedo sentir el cambio en él. — Sé que Grace era una rata. Nikolai me lo dijo. Me imaginé que la despedirían, pero... — me detengo un segundo, pensando qué decir a continuación. — ¿Le han hecho daño?

— No hacemos daño a nadie que no se lo merezca, Emma.

Es una advertencia, sutil pero clara. No debería indagar demasiado. Esté muerta o no, algunas verdades es mejor dejarlas enterradas.

— Entonces, ahora que ya no tienen una asistente, ¿se cubrirá pronto ese puesto? — Insisto, tratando de alejarnos de aguas peligrosas.

— Estás haciendo demasiadas preguntas otra vez, Em.

«Em». El apodo me transmite un calor inesperado, una dulzura que parece contradecir al hombre que tengo delante. Es encantador y, por un momento, olvido el frío.

— Mejor entremos. Te vas a resfriar — dice, con una seriedad que casi me hace reír.

¿Este hombre, que acaba de estar en la piscina, se preocupa de que me resfríe? Es absurdo, sin embargo, bueno... es algo dulce. Se lo reconozco.

Me guía de vuelta a la calidez de la mansión, apoyando suavemente su mano en la parte baja de mi espalda. Su tacto es protector, posesivo, y me pone la piel de gallina. Oh, diablos.

— ¿Cómo dijiste que se llamaba tu hermana? — La pregunta de Aleksandr me aparta de la calidez de su tacto.

— Kate. Kate Madden — le respondo, y la frialdad desaparece lentamente bajo su mirada inquisitiva.

Frunce ligeramente el ceño. — Pensé que tu apellido era Blanks.

— Ah, sí. Tenemos padres diferentes. Es una larga historia — digo, sintiendo el peso de mi historia familiar.

Me mira, interesado. — Me gustaría oírla.

Inhalo profundamente y busco un sitio para sentarme, con el pasado a punto de escurrirse por mis labios. — Bueno, pues bien. Ella es del primer matrimonio de mi madre, seis años mayor que yo. Mi padrastro, después de hacerse rico, dejó a mi madre. Se llevó a mi hermana para criarla, y bueno, mi madre se quedó sin nada. No puedo culpar al tribunal por concederle la custodia.

Hago una pausa, recogiendo los hilos de la historia. — Después de aquello, mi madre se formó como paramédico y empezó a trabajar como auxiliar de ambulancias. Luego se volvió a enamorar, pensó que él era el indicado. Pero cuando se quedó embarazada de mí, él desapareció. Nunca he visto a mi padre biológico. Y al Sr. Madden, mi padrastro, solo lo he visto un par de

veces. He oído que se casó con una chica joven este año. Su cuarto matrimonio.

Le clavo la mirada, con una pizca de desafío en mi sonrisa. — Me lo preguntaste — digo, con las comisuras de los labios hacia arriba.

— Es una montaña rusa — reconoce, sin apartar sus ojos de los míos. — ¿Cómo dijiste que se llamaba tu padrastro?

— Michael Madden — le digo, atento a su reacción.

Se limita a asentir, sin revelar nada, con la perfecta cara de póquer.

Sintiéndome un poco expuesta, intento aligerar el ambiente. — Siento como si me estuvieran interrogando — me río entre dientes, cruzándome de brazos en fingida defensa.

Por un momento, una sonrisa se dibuja en su rostro e inconscientemente se relame los labios, un movimiento rápido y fugaz que de alguna manera resulta íntimo en el silencio de la habitación.

— Solo quiero saber todo sobre ti — dice, y hay una sinceridad en su voz que me toma por sorpresa.

No puedo evitar la risita que se me escapa, una mezcla de nervios e incredulidad. — ¿O quieres asegurarte de que no soy una espía o algo así?

Se ríe, un sonido profundo y resonante que me revuelve el estómago. — Ya tengo suficientes espías de los que preocuparme, Emma. Tú no tienes de que preocuparte.

Me relajo ante sus palabras, sintiéndome un poco tonta por haber pensado siquiera que sospecharía de mí.

— Me alegra saber que no estoy en lo alto de tu lista de posibles agentes dobles — le contesto, encontrando un extraño consuelo en la broma.

Se acerca y la habitación parece encogerse. — Emma, en esta casa, tú puedes ser muchas cosas, pero una espía no.

— ¿Y cuáles son esas «muchas cosas»? — pregunto, con voz de susurro.

Se inclina hacia mí y su aliento me calienta la piel. — Eres una tentación — murmura, rozándome el lóbulo de la oreja con los labios.

— No sé qué decir — consigo decir con dificultad.

— No digas nada — murmura, sus labios casi rozando los míos.

Cierro los ojos, deseando que cierre esa brecha tan ínfima, pero no lo hace. Se retira y me quedo esperando un beso que nunca se produjo. Abro los ojos y veo cómo se aleja, con una protesta silenciosa en la garganta. Dios, odio que se burle de mí de esa manera.

— Deberías venir a nadar conmigo mañana — me dice, como si aquel momento tan tenso entre nosotros fuera algo normal.

— Hace mucho frío afuera. No quiero resfriarme. Podría contagiárselo a Alina o algo así — respondo, intentando recuperar la compostura.

Se ríe entre dientes. — No te preocupes. Calentaré la piscina.

No sé si está bromeando o hablando en serio, pero algo en su tono sugiere que quiere decir ambas cosas. — Realmente no estoy segura. ¿Es profunda?

— Mide alrededor de metro y medio. No eres tan bajita — dice juguetonamente.

— ¿Y si me caigo o algo así?

— ¿No sabes nadar? — parece divertido.

— Oye, no me juzgues. No crecí en una casa con una piscina enorme — digo, un poco a la defensiva.

Se ríe de nuevo. — No, no lo hiciste. Pero ahora estás en una.

— Claro — titubeo, de repente consciente de otro problema. — Pero no tengo ningún bañador.

— Le diré a Henry que te busque uno — me ofrece como si fuera la solución más sencilla.

— ¿Quién es Henry? — Todavía estoy aturdida por los últimos minutos.

— Mi chofer. ¿De qué talla eres?

— No lo sé. Supongo que pequeño. — Digo, insegura.

Sonríe, esa sonrisa exasperantemente encantadora, y sus ojos parpadean hacia abajo antes de encontrarse de nuevo con los míos. — ¿Estás segura? Porque esos no son pequeños — señala mis pechos.

El calor me inunda la cara y estoy segura de que tengo el color del cabello de Zoe. Me quedo muda, atrapada entre la vergüenza y la repentina necesidad de reír. Solo Aleksandr puede cambiar, en un abrir y cerrar de ojos, el estado de ánimo de intensamente íntimo a burlonamente casual.

— Bueno, yo. Yo. No puedes simplemente...

Corta mi balbuceo con otra risita, y hay un brillo en sus ojos que es pura picardía. — Relájate, Emma. Encontraremos algo que te quede bien.

Cruzo los brazos sobre el pecho, de repente consciente de mi cuerpo de una forma que no había sido antes. — ¿Y si no quiero nadar?

— Entonces puedes sentarte junto a la piscina y mirar. Quizá aprendas un par de cosas.

— ¿Mirarte, quieres decir? — Arqueo una ceja.

Se acerca. — ¿A quién más?

Trago saliva con dificultad, su proximidad me acelera el pulso. — No soy ninguna mirona — protesto, pero mi protesta es débil y los dos lo sabemos.

— ¿No? — su voz es un ruido bajo, y soy plenamente consciente del poco espacio que queda entre nosotros. — Eso ya lo veremos.

Se da la vuelta para marcharse y yo me quedo allí parada, hecha un cóctel de expectación y nervios. Estoy sobrepasada, y lo peor es que no estoy segura de querer estar en otro sitio.

Probablemente debería ir a ver a Alina. Volteo hacia la puerta, soltando finalmente el aliento que

no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Oh, cielos.

Ir a ver cómo está Alina es mi excusa, pero sé que también es mi salvavidas para volver a la normalidad, a un papel más comprensible: cuidar de esa dulce niña, lejos de la complicada red de atracción y peligro que rodea a sus tutores. Pero mientras me detengo frente a su habitación, atenta a cualquier ruido que pueda hacer al despertar, sé que la «normalidad» es un barco que ha zarpado hace tiempo.

Capítulo 16: Sumergidos en secretos

Aleksandr

Amanece a la mañana siguiente, sin descanso a la vista.

Michael y Kate Madden. Mi equipo técnico ha rastreado el mundo digital en busca de trapos sucios sobre ellos. Pero todo lo que encontraron es absolutamente impecable, el tipo de perfección que no me gusta. Demasiado perfecto. ¿Una familia así, con dinero rezumando por los poros? Tiene que haber una grieta en alguna parte, y la encontraré.

Si me investigaran, no encontrarían una mierda. Así es como operamos: organizados, discretos, intocables. La Bratva no es una banda callejera; somos una máquina bien engrasada. Infiltración. Inmunidad. Grandeza. Lo tenemos todo.

¡Gracias a Dios que tengo un buen equipo! Hacen que la policía parezca amateur, no es que no podamos ensuciarnos las manos con un soborno o dos. Pero con estos tipos, no necesito hacerlo. Ellos investigan todo, no dejan piedra sin remover. Y hasta ahora, la historia de Emma concuerda. No es que dude de ella, confío en ella, absolutamente.

Nikolai y Dmitri ni se inmutaron cuando se los dije. Pero hay algo que no cuadra. Hay un tufo a podrido en esta imagen demasiado perfecta.

— Averigua sobre la esposa de Michael Madden. También sobre su salón de belleza. — Instruyo a mi equipo.

Salgo de nuestra «oficina», la fachada de nuestra operación de blanqueo. Nada de lavanderías de mala muerte o casinos cliché. Nos hemos convertido en una empresa tecnológica valorada actualmente en miles de millones. Todo gracias al meticuloso trabajo de nuestros abogados y a algunas patrañas legales.

No puedo sacarme de encima la sensación de que nos falta una pieza, una pista vital. Pero ¿cuál? Me recuesto en la silla, intentando encajar las piezas.

Grace. Nos dio la espalda, nos traicionó. Pero la historia es demasiado prolija, demasiado limpia. Alguien le pagó, eso es seguro, pero ¿para qué? ¿Simplemente para obtener información interna? Eso es poca cosa para el riesgo involucrado. Y la línea de tiempo, todo sucedió justo cuando Emma entró en escena. ¿Coincidencia?

Esto no cierra, y odio cuando las cosas no cierran.

Si hay algo escondido bajo la pulida superficie, lo sacaré a la luz. ¿Y si Kate está involucrada, si es parte de este lío? Bueno, entonces Emma va a tener que lidiar con mucho más que unas lecciones de natación.

Recibo un mensaje. Supongo que es de mi equipo técnico, pero es un número desconocido.

Deja que el copo de nieve se vaya.

Un pinchazo gélido me recorre la espalda. No es un correo electrónico, es un mensaje directo. ¿Rastreado? Tal vez. Pero ellos preverían eso. No son aficionados. ¿Qué demonios es un «copo de nieve»?

¿Podrían referirse a Alina? ¿Emma? Es demasiada coincidencia con ese bastardo de «Frostbite» rondando por ahí. Nieve, Frostbite (congelación)... hay un patrón aquí.

Reenvío el texto a mi equipo técnico. Luego se lo envío a Nikolai y a Dmitri. Miro fijamente el Kandinsky colgado en la pared, pero en realidad no lo veo... mi mente no para de pensar en todos los malditos escenarios.

La primera respuesta es la de Nikolai. **Es obvio que quieren a Alina.**

Dmitri participa en el chat del grupo. **¿Para qué querrían a una niña huérfana de tres años?**

Le respondo. **¿Tal vez tenga un pariente que desconocemos?**

Dmitri se apresura a responder. **No. Hemos comprobado.**

Insisto. **¿Y por parte de la madre?**

La respuesta de Dmitri es inmediata e inquietante. **No hay información del lado de la madre. Sergey no era un santo. Podría ser cualquiera.**

Pero Alina tiene una madre, una madre de la que no sabemos nada.

Haré que el equipo técnico investigue más. Tenemos que asegurarnos de que Emma no se vaya. Por su seguridad, respondo.

Dejo el teléfono, con el peso del mando sobre los hombros. Mi equipo se encargará de ello. Henry, mi mano derecha y mi chofer, rastreará la fuente.

La información debería estar en mis manos para el mediodía. Hasta entonces, tengo un compromiso: una clase de natación con Emma. Es una distracción bienvenida, un momento de normalidad en medio del caos. También es una promesa, y yo cumplo mis promesas.

Vuelvo a mi habitación. Aún es demasiado temprano. Mi bañador está exactamente donde lo dejé, tendido sobre la cama para la sesión de piscina de hoy. Al otro lado de la cama, hay un montón de bañadores desparramados sobre el edredón: una gran variedad que Henry ha traído para Emma, desde el más pequeño hasta el más grande.

Mis ojos recorren las tallas y una idea traviesa se apodera de mí. Tomo el más pequeño, la tela suave y desafiantemente rosa en mis manos. Seguro que le quedará ajustado, pero esa es la idea. Un poco de diversión inofensiva para animar la mañana.

Dejo las demás tallas esparcidas por la cama. Con el traje escogido en la mano, me permito una sonrisa de satisfacción antes de dirigirme a su habitación. Será un comienzo interesante para la jornada.

Llamo a la puerta de Emma, situada convenientemente junto a la mía. Es temprano, demasiado temprano para que esté despierta.

— Adelante — es su respuesta somnolienta, suave y ligeramente amortiguada.

Abro la puerta de un empujón y entro en su habitación. Su habitación ha cambiado desde la última vez que estuve aquí. Ahora tiene su toque, inconfundiblemente Emma.

— Has redecorado, ¿eh? — Observo los sutiles cambios.

Me lanza una mirada, en parte traviesa, en parte desafiante. — Pensé que podía hacerlo. Para que no vuelvas a confundir mi habitación con la tuya.

— Me parece justo — concedo, apreciando el espíritu que está mostrando. — Se ve bien.

— Gracias. ¿Qué hora es? — murmura frotándose los ojos.

— Hora de la clase de natación. — Me divierto al ver la confusión que se dibuja en su rostro.

Ella gime una protesta fingida mientras se levanta. — Estaba teniendo el mejor de los sueños.

Levanto el pequeño bañador, colgándolo de mi dedo. — Esto debería despertarte.

Sus ojos se abren de par en par al ver el tamaño del traje. — Tienes que estar bromeando.

Me encojo de hombros, fingiendo inocencia. — Henry lo escogió.

Me arrebató el traje de la mano, examinándolo con ojo escéptico. — ¿Y casualmente ha traído el más pequeño?

— Creo que es el adecuado — digo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella pone los ojos en blanco, pero la comisura de sus labios se tuerce, traicionando su diversión.

— Ahora voltéate.

La obedezco con una media vuelta, dándole esa sensación de intimidad en la inmensidad de su habitación. El sonido de la tela estirándose y un leve susurro me indican que está luchando con el bañador.

— ¿Necesitas ayuda? — sonrío.

Su respuesta es rápida, un poco entrecortada. — No. No, estoy bien.

— ¿Segura?

Hay una pausa, un momento que se prolonga con sus maldiciones en voz baja y el continuo crujido de la tela.

Luego, finalmente. — Estoy lista.

Me doy la vuelta y cualquier ocurrencia que tuviera preparada se disuelve en el aire. El bañador, una talla más pequeña que la suya, la abraza de un modo que me deja la boca seca.

Me muerdo el labio mientras se acerca, observando cada curva y cada línea de su cuerpo.

— Maldición — exhalo sin poder evitarlo.

El material del traje prácticamente resplandece sobre su piel. Voltea para enseñarme la espalda y no puedo resistirme a trazar la costura que recorre el centro de su cuerpo. Voltea de nuevo para mirarme.

— ¿Te queda demasiado ajustado? — le pregunto divertido.

Su sonrisa se convierte en un mohín. — Tal vez Henry escogió la talla equivocada.

Me río, pasando la mano por su brazo. — O quizá escogió la talla perfecta.

— ¿De verdad?

Me acerco aún más a ella hasta que nuestros cuerpos casi se tocan. — Oh, sí — respondo, con voz baja y ronca.

Sin decir nada más, tomo a Emma de la mano y la conduzco hacia la piscina. El aire fresco de la mañana le roza la piel y la veo temblar desde el borde de la piscina. Me zambullo sin dudarlo, el agua está tibia.

Cuando salgo a la superficie, con el agua escurriéndome por el cabello y los hombros, vuelvo a mirarla.

— Vamos. Entrarás en calor. Está climatizada — le digo.

Ella asiente, con una mezcla de aprensión y determinación en su cara. — De acuerdo. — Su voz

se entrecorta mientras se agarra con fuerza a la escalera y se sumerge centímetro a centímetro en la cálida piscina.

El agua la envuelve lentamente, y puedo notar el momento en que el calor empieza a colarse en ella, aliviando los temblores que la sacudían momentos antes. Suelta el aliento que parece haber estado conteniendo y éste se mezcla con el vapor que surge de la superficie del agua.

Nado hacia ella, observando cómo el agua se adhiere a sus curvas y acaricia su piel. Su bañador se ha vuelto aún más revelador en el agua, y no puedo evitar dejar que mi mirada recorra su cuerpo. Me descubre y se ruboriza.

— ¿Qué? — pregunta, sonando molesta pero divertida al mismo tiempo.

Me acerco a ella hasta que nuestros rostros quedan a escasos centímetros. — Estás increíble — le susurro al oído.

Vuelve a temblar, pero esta vez no es de frío. Nuestros cuerpos están tan pegados que noto el calor que emana de su piel. Recorro sus costados con las manos, admirando cómo el agua ha convertido su piel en una suave manta. Ella inclina la cabeza, lo que me permite acceder mejor a su cuello.

La tentación es demasiado fuerte para resistirme y beso desde la curva de su mandíbula hasta donde el pulso late rápidamente en la base de su garganta. Su cabeza cae aún más hacia atrás y un gemido se escapa de sus labios.

Estoy cansado de moverme con tanto cuidado a su alrededor, de no ir demasiado rápido y asustarla. Expulsando la culpa que momentáneamente se apodera de mí, me acerco más a su cuerpo, atraído como si hubiera una cuerda invisible entre nosotros.

Mi muslo se desliza por su pierna y mis manos bajan hasta su cintura, agarrando con los dedos la tela elástica.

— Vayamos despacio. Disfrutaré enseñándote. — Le susurro al oído.

— ¿Qué hago primero? — dice.

Tiene la cara enrojecida. Dios, es tan inocente que me vuelve loco.

Noto sus manos en mis hombros, apoyándose. Me aprieta el pecho y sus labios se pegan a mi mejilla. Luego me besa a lo largo de la mandíbula, hasta que sus labios encuentran los míos.

Nos besamos brevemente antes de retirarme. Sonríe con picardía y le beso la comisura de los labios.

— Primero —digo despacio— tienes que patalear.

Sus ojos se abren de par en par y asiente rápidamente. En su rostro se dibuja una nerviosa excitación mientras se concentra en impulsarse hacia delante con pequeñas patadas.

— Eso es —la animo mientras tantea la superficie del agua— mueve los brazos así.

Sigue exactamente mis movimientos, porque la flotabilidad del agua y la forma en que hace casi superflua la fuerza de las piernas le facilitan seguirme. Patalea con fuerza y sus brazos encuentran un ritmo natural. No se sobresalta en absoluto cuando pierde el agarre de mis hombros y se aleja unos metros de mí.

— Déjate llevar — le sugiero.

Me muerdo el labio observándola.

Tiene tanto miedo de dejarse llevar, tanto miedo de perder el control. Me pregunto qué hace falta para que confíe plenamente en mí, para que pierda el miedo y se sumerja en el placer.

— Emma — la llamo suavemente, atrayéndola hacia mí con un gesto de la mano. — Ven aquí.

Se dirige hacia mí, con el esfuerzo de mantenerse a flote reflejado en su rostro. Su cuerpo se mueve en el agua con una sensualidad que me causa dolor.

Le sujeto de la mano y la acerco a mí. — Ahora, déjame enseñarte otra cosa — le digo, empujando suavemente contra su brazo hasta que está boca arriba, flotando en el agua.

Su cabello se despliega detrás de ella como un halo y me mira con curiosidad. El modo en que me confía su seguridad es una sensación embriagadora que me calienta la sangre.

— Extiende los brazos así — le ordeno, mostrándole la posición correcta.

Ella me sigue con movimientos lentos y vacilantes. — Me siento tonta — admite.

— No lo hagas — le digo. — Esto es lo más importante que hay que aprender cuando se trata de nadar.

Me acerco a ella y me coloco por debajo de sus piernas. Jadea cuando la levanto ligeramente, con las manos apoyadas en la parte posterior de sus muslos. Lenta y deliberadamente, avanzo hasta colocarme bajo sus caderas. El agua soporta el peso de su cuerpo y el mío.

Noto cómo se acelera su respiración, pero no se asusta. Al contrario, me observa atentamente. Para cualquier observador externo, todo parece completamente inofensivo: estamos flotando en el agua mientras la sostengo correctamente colocada en la piscina.

Emma, sin embargo, sabe exactamente cómo nos vemos juntos: sus piernas rodeando mi cintura y mis manos a cada lado de sus caderas para mantenerme en posición.

Sabe que, aunque parezca increíblemente inofensivo, mi creciente erección se acurruca contra el calor entre sus piernas.

— Hasta ahora lo estás haciendo fantástico — le digo apoyándome en su clavícula.

Dejo caer los ojos hacia donde sus pechos quedan expuestos en la profunda V de su bañador, y alargo la mano para reajustarme.

Llevo una mano a la parte delantera de su traje y paso un dedo por la tira de encaje de la parte superior de su sujetador. La respiración de Emma se entrecorta cuando mi mano la aprisiona, y sé lo que necesita sin más explicaciones.

— Vamos a tomarnos un descanso rápido — sugiero, notando la ligera caída de sus hombros al oír las palabras.

Está empezando a captar el ritmo y me doy cuenta de que está disfrutando a pesar de la resistencia inicial. Me encanta provocarla así.

Ella asiente, aunque no se me escapa el brillo de decepción en sus ojos. Mientras se dirige al borde de la piscina, salgo del agua, tomo una toalla y me la pongo alrededor de la cintura.

— Enseguida vuelvo — le aseguro, sintiendo su mirada en mi espalda mientras me dirijo hacia donde mi teléfono suena insistentemente en una mesa cercana.

La pantalla está llena de notificaciones, un torrente de actualizaciones por parte de mi equipo, y sé que no puede esperar.

Levanto el teléfono de la mesa y lo desbloqueo rápidamente.

— Hemos rastreado el teléfono. Nos lleva al salón de belleza Madden.

Capítulo 17: Despedida

Emma

Aleksandr me agarra del brazo con firmeza, casi con urgencia, mientras me aleja de la piscina y me lleva de vuelta a la casa. Resbalo ligeramente con las baldosas mojadas, desprevenida por el repentino cambio de ritmo.

— ¿Qué haces, Alex? — pregunto, intentando seguir sus largas zancadas.

No aminora la marcha ni me mira, con la mandíbula rígida.

Llegamos al patio antes de que finalmente hable, con voz grave e intensa. — Dime todo lo que sabes sobre los Madden.

La seriedad de su tono me detiene en seco. — ¿Los Madden? — replico, confundida. — ¿Te refieres a Kate y a su padre?

— Sí, a ellos — dice, soltándome el brazo mientras entramos.

Voltea hacia mí.

Respiro hondo, intentando ordenar mis pensamientos. — Yo, yo no sé mucho. Kate es mi media hermana. Siempre ha sido buena conmigo, me ha pagado la matrícula y me ha ayudado cuando lo he necesitado. A su padre, Michael, apenas lo conozco. Ellos solo son... solo son mis familiares. Ya te he contado todo lo que sé.

Aleksandr me observa atentamente, buscando algo en mi rostro. — ¿Y Grace? ¿Cómo encaja ella en todo esto?

— ¿Grace? — Ahora estoy realmente perpleja. — ¡La conocí aquí! Kate dijo que la conocía de la universidad, pero eso es todo lo que sé. ¿Por qué? ¿A qué viene todo esto, Aleksandr?

Da un paso atrás y se pasa una mano por el cabello. Hay una tensión en él que no había visto antes.

— Recibimos un mensaje, Emma. Y nos condujo al salón de belleza Madden. Necesitamos saber si estás involucrada.

— ¿Involucrada? — Siento un escalofrío que no tiene nada que ver con mi bañador húmedo. — No estoy involucrada en nada, Aleksandr. Te lo juro.

Me estudia un momento más y luego su expresión se suaviza ligeramente. — Te creo — dice finalmente. — Pero debemos tener cuidado. Aquí hay cosas en juego que son mucho más grandes que nosotros.

Asiento con la cabeza, tratando de ignorar la sensación desagradable en mi estómago. — De acuerdo — digo, aunque no estoy del todo segura de aquello. — De acuerdo.

Me siento confusa, como si me rondaran por la cabeza un montón de preguntas sin respuesta y teorías a medias. ¿Un mensaje? ¿Realmente Kate podría estar involucrada? Mi hermana, involucrada en... ¿qué, exactamente?

— Tengo que ir a ver a Alina — balbuceo, desesperada por sentir el consuelo de la presencia de la niña y de tener claro cuál es mi propósito aquí. — Probablemente ya esté despierta.

— Ve — dice Aleksandr con un gesto de la mano.

Asiento con la cabeza y me doy la vuelta para alejarme de su intensa mirada y del estrés de la situación. Mientras me dirijo a la habitación de Alina, me vienen a la cabeza los posibles vínculos entre mi hermana y el oscuro mundo en el que me he metido por accidente.

Cuando abro la puerta de la habitación de Alina, la veo. Parece tan inocente, con sus ojos soñolientos parpadeando hacia mí.

— Buenos días — me saluda Alina en español, clara y orgullosa.

Su progreso me toma por sorpresa, una oleada de felicidad me invade al ver sus logros. Esta es la

razón por la que estoy aquí, este momento de alegría tan puro y simple que siento al enseñarle y cuidar de ella.

No puedo evitar abrazarla y sus pequeños brazos me rodean el cuello. — ¡Buenos días! — le respondo con el corazón hinchado. — ¡Qué bien hablas español!

Se ríe contra mi hombro, y el sonido es como música.

— ¿Tienes hambre? — le pregunto a Alina, señalando hacia la cocina con un juguetón movimiento de mis dedos.

— ¡Sí! — grita entusiasmada.

Su pequeña mano en la mía me guía mientras caminamos hacia la cocina, donde le espera el desayuno, preparado con la precisión y el cuidado que el personal siempre pone en todo lo que hace. Mientras Alina se acomoda en su silla, no puedo evitar echar un vistazo a la silenciosa casa. Se siente inusualmente vacía, sin la tensión habitual que provoca la presencia de Aleksandr, Dmitri y Nikolai.

Saco mi teléfono, la pantalla está demasiado tranquila, demasiado silenciosa. No hay notificaciones. No hay mensajes. La preocupación en el fondo de mi cabeza se hace más fuerte.

Por impulso, creo un chat de grupo: yo y los jefes de la Bratva. La idea de tener un chat de grupo con miembros de la mafia es casi ridícula, pero la necesidad de saber que están a salvo anula cualquier sentido de lo absurdo.

Escribo un mensaje. **¿Están todos bien?**

Una vez enviado el mensaje, volteo hacia Alina y le sirvo unos huevos en el plato.

— A comer — le digo.

No hay respuesta durante horas. El silencio es ensordecedor, se siente un vacío donde la presencia de mi teléfono solía ser una fuente de consuelo. ¿Qué estarán haciendo? Una parte de mí quiere llamar a Kate, pero no, de cualquier manera, la veré pronto. Maldita sea.

En vez de eso, le envió un mensaje a Zoe. **Por favor, ¿puedes venir? Tenemos que hablar.**

Su respuesta es rápida. **¿Qué te ocurre?**

Muchas cosas... ven aquí, por favor.

¿A dónde? ¿Me dejarán entrar?

Hablaré con ellos, ¿está bien? Solo ven.

De acuerdo.

Le envió un mensaje con mi ubicación.

En cuanto dejo el teléfono, suena el chat de grupo. El primero en responder es Dmitri. **Estamos bien. ¿Qué sucede?**

Dudo antes de escribir. **Simplemente quería saber. ¿Está bien si viene mi amiga Zoe?**

La respuesta de Nikolai es como un portazo. **No.**

Maldita sea. Sabía que serían cautelosos, pero... lo intento de nuevo. **Por favor...**

Veo que Aleksandr ha leído todos los mensajes. Pero no contesta. ¿Él sabe que puedo ver que los ha leído?

La concesión de Nikolai viene con condiciones estrictas. **Está bien. Pero los de seguridad la tendrán vigilada y no le des un tour por la casa ni nada parecido...**

Dmitri teclea. **Avisaré a los de seguridad.**

Me apresuro a responder. «**Gracias**» y añado un emoticono sonriente.

¿Estoy sobrepasando los límites? Tal vez, pero a quién le importa en este momento. Zoe es inofensiva, y ahora mismo necesito una amiga, alguien ajeno a esta complicada red en la que estoy metida.

El tiempo pasa lentamente, cada minuto es más largo que el anterior. Hay un buen trecho desde el centro de la ciudad hasta aquí. Camino, espero, y entonces, finalmente, la puerta principal se

abre. Zoe está aquí.

Su llegada se produce con el tipo de energía que solo ella puede transmitir. — Dios, los de seguridad han sido como un grano en el culo. Me han registrado cuatro veces. ¿De qué tienen miedo? — murmura ajustándose la chaqueta.

No puedo evitar reírme, un sonido genuino demasiado raro últimamente. — Te lo contaré — le digo, estrechándola en un fuerte abrazo.

Me devuelve el abrazo y luego se aleja, con expresión de indignación fingida. — Dios, nena, es como si hubieran pasado años desde la última vez que nos vimos.

— Ha pasado una semana. Es tiempo suficiente.

Los ojos de Zoe siguen vagando. — ¿Qué grande es esta casa, eh?

— Y no has visto ni la mitad — le digo, y hay una nota de orgullo en mi voz.

Esta casa, con todos sus secretos y sombras, se ha convertido en parte de mi vida. Y, por primera vez, comparto una parte de ella con alguien de mi antigua vida.

Zoe se arrodilla y queda a la altura de los ojos de Alina con una naturalidad que habla de un espíritu aún acostumbrado al inocente mundo de los niños.

Le tiende la mano, un gesto tan sencillo y, sin embargo, tan confiado. — Hola, soy Zoe.

Alina, aún parcialmente protegida por mi figura, se asoma y toma la mano de Zoe.

— Soy Alina — susurra.

A Zoe se le ilumina la cara. — Oh, ¡qué linda es!

— Sí que lo es — asiento, con el corazón rebosante de afecto por la niña que está bajo mi protección.

— Serías una madre estupenda — dice Zoe de repente, y su mirada se suaviza al verme interactuar con Alina.

— Oh, cállate — respondo riendo, tratando de desentenderme del cumplido, pero, por dentro, sus palabras me emocionan más de lo que quiero admitir.

— ¡Hablo en serio! — insiste Zoe, con voz enfática. — Mírate. Tienes un talento natural con los niños.

Antes de que pueda protestar más, ella se dirige a la sala, donde nos acomodamos todas, Alina incluida. El espacio resulta menos intimidatorio, menos parecido a un tablero de ajedrez con las jugadas de poder de la Bratva, y más a un lugar donde la vida...la vida real y cotidiana, puede reanudarse, aunque solo sea por un rato.

— Entonces, ¿de qué querías hablarme? — pregunta Zoe.

Exhalo profundamente, el suspiro lleva la carga de los últimos días. — No sé por dónde empezar. Todo es tan complicado.

— Cuéntame — me insta Zoe.

— De acuerdo, Aleksandr ha recibido un mensaje hoy — empiezo, y ya puedo sentir las paredes cerrándose, el peligro de las palabras que estoy a punto de pronunciar.

— ¿Y?

— El mensaje provenía de... provenía de... — Dudo, mis ojos recorren la habitación como si las propias paredes pudieran estar escuchando.

— Oh, ¿quieres decirlo ya, Emma?

— El salón de belleza de los Madden — admito finalmente, sintiendo las palabras pesadas y peligrosas en la lengua.

Zoe frunce el ceño. — ¿Te refieres al de tu media hermana?

— Sí. A ese.

La preocupación de Zoe es evidente, su mano se extiende para agarrar la mía. — Emma, ¿qué significa eso?

Sacudo la cabeza, perdida. — No lo sé, Zoe. Pero no es bueno. No es nada bueno.

— ¿Qué decía el mensaje?

Siento que se me hace un nudo en el estómago. — ¡No lo sé! Aleksandr no me lo dijo. — Mi voz se entrecorta mientras miro a mi alrededor. — Y ahora mismo ellos no están en casa. Estoy preocupada por mi hermana y no sé si debería mandarle un mensaje o no. Podrían pensar que soy una espía o algo así, pero ¿qué podría querer mi hermana de ellos?

Las preguntas se acumulan, cada una más pesada que la otra.

La atención de Alina es captada por las coloridas imágenes que bailan por la pantalla del televisor, olvidando su anterior timidez. Zoe me mira fijamente.

— De acuerdo, en primer lugar, tienes que calmarte — dice Zoe, con voz firme. — Que el mensaje fuera del salón de belleza de los Madden no significa que tenga algo que ver con tu hermana. Podría haber sido cualquiera de allí. Tiene muchos clientes y empleados. Además, esto podría ser una trampa. Tal vez alguien está tratando de incriminar a tu hermana o algo así, para...

— ¿Para qué? — Siento que se me hace un nudo en la garganta.

— Para desviar el foco de atención hacia otra parte. Para hacerles pensar algo distinto — exhala.

— Quiero decir, he visto suficientes películas, y sé que, si alguien quiere enviar un mensaje amenazador a alguien, no lo haría desde un teléfono rastreable.

— Dios, Zoe. ¿Cómo sabes todo eso? — pregunto, y se me escapa una risa temblorosa a pesar de la gravedad de nuestra conversación.

— Las series de televisión te enseñan mucho. Pero ahora parece que estás en una — bromea, con una sonrisa irónica en los labios.

Suspiro, sintiendo el peso de sus palabras. Ella tiene razón; siento como si me hubiera convertido en la protagonista involuntaria de un drama criminal. Excepto que no hay un libreto, ni botón de pausa, y definitivamente no hay garantía de un final feliz.

El sonido del motor de un coche corta el silencio y no puedo evitar asomarme por la ventana. Es el coche de Nikolai.

— ¿Quién es? — La voz de Zoe me aparta del cristal.

— Es Nikolai.

Ella me mira. — Ellos están de acuerdo con que esté aquí, ¿verdad?

— Si no lo estuvieran, no estarías aquí — le aseguro.

Le doy una suave palmadita en la cabeza a Alina y le sonrío antes de dirigirme a la entrada. Siento que el corazón me late deprisa.

Nikolai entra en la habitación, como un imponente jefe Bratva con su traje elegante. No puedo leerle la cara.

— ¿Es tu amiga? — pregunta, con una fría neutralidad en la voz.

Asiento con la cabeza, con la boca repentinamente seca.

Zoe se levanta, con una curiosidad cortés mientras toma su mano ofrecida. — Soy Zoe.

— Nikolai — se presenta con una cortés inclinación de cabeza. — Zoe, mi chofer está afuera para llevarte a casa.

Me sorprende. — ¿Qué? Acaba de llegar.

Voltea hacia mí, y hay una firmeza en su tono que no admite discusión. — Puede volver en otro momento.

Zoe, percibiendo la tensión, recoge rápidamente sus cosas. — Está bien. Hablaremos en otro momento, Emma — me dice.

Me abraza, un apretón rápido y fuerte y luego se va.

— ¿Por qué la echaste? — pregunto, dirigiéndome a Nikolai.

— Tenemos que hablar.

Capítulo 18: ¿Perdido y encontrado?

Nikolai

La sala parece un escenario, y Emma, con sus ojos suplicantes, la estrella reacia atrapada en el centro de atención. Nunca quise que fuera así, nunca quise que ella fuera una pieza del rompecabezas en un juego que no eligió jugar.

— Emma — empiezo, mi voz como una cuchilla cortando la tensión.

— ¿Sí?

Exhalo bruscamente, un sonido que parece haber estado atrapado en mi pecho durante demasiado tiempo. — Tienes que ser sincera conmigo, Emma.

— Soy sincera contigo — insiste, y yo quiero creerle, de verdad, pero hay demasiado en juego.

La dirijo hasta el sofá y nos sentamos, con el espacio entre nosotros cargado de palabras no dichas.

Mi mano toca su mejilla, un gesto de consuelo, de conexión. — Emma, tienes que contarme todo lo que sabes.

Ella asiente, un simple gesto que carga el peso de su mundo. — Ya te lo he dicho.

— Hemos localizado a tu hermana — revelo, observándola atentamente.

— ¿Kate? No sabía que necesitaban localizarla. ¿Está bien?

— Ella está bien — le aseguro.

Ahora viene la parte difícil, presionar para descubrir verdades que podrían estar enterradas en lo más profundo.

— Ahora necesito que me digas exactamente cómo conseguiste este trabajo, ¿de acuerdo?

Su protesta es un murmullo, un toque de frustración. — Ya te lo había dicho...

— Necesito todos los detalles, Emma.

— De acuerdo — cede.

— Después de graduarme, estaba buscando trabajo — empieza, y yo la insto a seguir.

— ¿Por qué? Si tu hermana es rica.

— Es mi media hermana, y sí, me ayudó mucho durante mi época universitaria. Me pagó la matrícula; incluso me ofreció la oportunidad de ser copropietaria de su salón, pero no acepté.

— ¿Por qué no? — pregunto, sintiendo verdadera curiosidad por su decisión.

— Quería que mis logros no estuvieran relacionados con ella. No quiero que la gente piense que lo conseguí gracias a ella.

Asiento con la cabeza, entendiendo más de lo que ella podría pensar. — ¿Y entonces?

Cambia de postura, su mirada sostiene la mía. — Le dije que no quería trabajar allí. Se sintió decepcionada, pero dijo que me apoyaría y que me ayudaría a encontrar un trabajo relacionado con mi licenciatura en psicología infantil. Busqué en LinkedIn, me presenté a muchos trabajos, pero sin éxito. No tenía experiencia, y todos querían a alguien con al menos tres años de experiencia.

Su frustración es evidente, y no puedo evitar escuchar atentamente.

— Entonces me dijo que me había encontrado un trabajo. Quiero decir, su amiga Grace lo hizo, supongo.

— Dijiste que Grace y tu hermana eran amigas, ¿verdad? ¿Cómo se hicieron amigas? — presiono, buscando el eslabón perdido.

— Nunca me dio los detalles. Solo me dijo que la conocía de sus años universitarios.

No puedo evitar una risita, un sonido que parece sobresaltarla.

— ¿Qué sucede? — pregunta, frunciendo el ceño.

— Grace abandonó sus estudios cuando estaba en la secundaria — revelo, observando cómo la cara de Emma pasa de la confusión a la comprensión de las incoherencias en la historia de su hermana.

— ¿Qué? ¿Crees que ella miente? — La voz de Emma tiembla, una mezcla de incredulidad y miedo.

— Así es — afirmo sin rodeos, sin dejar lugar a dudas.

Sus ojos se abren de par en par, la posibilidad de que su hermana la haya engañado claramente nunca se le había pasado por la cabeza. — No le harás daño, ¿verdad?

— No, si es inocente — respondo con firmeza.

Ella ya sabe lo que está en juego.

Emma asiente, aceptando en silencio la dura verdad.

— Y tú eres quien debe demostrarlo, Emma — continúo.

— ¿Yo? ¿Cómo?

— Hablarás con tu hermana y demostrarás que es inocente — le digo, mi voz no deja lugar a negociación.

— ¿Cómo voy a hacer eso?

— Te pondré un micrófono — le digo, y veo que le tiemblan las manos ante la sola idea.

— Emma, mírame — digo con firmeza, alargando la mano para levantarle suavemente la barbilla, guiando su mirada para que se encuentre con la mía. — Si es quien creemos que es, es peligrosa, Emma. Ha matado a muchos de nuestros hombres.

— ¿Qué estás diciendo, Nikolai? Ella nunca haría algo así. — Su negación es feroz, protectora, pero con un toque de duda.

— ¿Entonces por qué te mintió, Emma?

— No lo sé. ¿Tal vez se confundió? Tal vez Grace fue la que mintió. Ella le dijo que estaba en la universidad o algo así. De verdad, yo... — sus palabras se interrumpen cuando su compostura empieza a resquebrajarse, su mente se apresura a encontrar una explicación lógica donde no parece haber ninguna.

Le entra el pánico y no puedo quedarme de brazos cruzados. Alargo la mano y le sujeto suavemente el rostro, obligándola a mirarme, a ver en mis ojos la promesa de protección.

— Mírame, Emma. Aquí estás a salvo. Nunca permitiremos que nadie te haga daño. Ni siquiera tu hermana. — Mi voz es firme, un refugio en medio de la tormenta que veo que se está gestando en su interior.

Su mirada se detiene en mis labios durante un instante antes de volver a mirarme a los ojos, señal inequívoca de que ha recuperado la compostura.

— Pero tienes que decirme algo, Emma. ¿Nos elegirías a nosotros antes que a tu hermana?

— Si es tan peligrosa como dices, los elegiría a ustedes. Pero eso no significa que yo permita que le hagan daño — afirma Emma, con voz firme pero suave.

Su lealtad hacia su hermana es evidente, incluso ahora, cuando deposita tímidamente su confianza en nosotros.

Siento un gran respeto hacia ella. Una cosa es elegir un bando cuando las líneas están claramente trazadas, y otra es hacerlo cuando las líneas se desdibujan entre los lazos familiares y el amor.

— No le pasará nada, te lo prometo — le aseguro con toda la convicción posible.

Es una promesa audaz, y pienso cumplirla.

— Gracias — susurra sin apartar los ojos de los míos.

Noto que la tensión entre nosotros aumenta, hasta que finalmente, con nerviosismo, me inclino hacia delante y aprieto los labios contra los suyos. Su cuerpo se tensa por un momento antes de

fundirse con el mío, y el beso se intensifica. Nuestras bocas se mueven en perfecta sincronía, como si lleváramos siglos coreografiándonos.

Nuestro beso se hace más profundo hasta que ambos nos separamos, jadeantes. Emma tiene los ojos muy abiertos, las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos mientras intenta recuperar el aliento. Noto el calor que irradia su piel y sé que en este momento la deseo más que a nada.

— Eres preciosa — susurro, con la voz ronca por el deseo.

Emma se sonroja, pero también hay fuego en sus ojos. — Deja de hablar y bésame otra vez — me exige, acercándose a mí.

Obedezco, y mis manos se mueven para acariciar su cara mientras nuestros labios se encuentran de nuevo.

Nuestro beso es apasionado, desesperado, una colisión de dos personas que han estado ocultando sus deseos durante demasiado tiempo. Las manos de Emma recorren mi cuerpo, trazando los contornos de mis músculos, mientras yo profundizo el beso y la atraigo más hacia mí.

Me separo de sus labios.

Aleksandr y Dmitri irrumpen en la sala, trayendo consigo el frío del mundo exterior y una tensión que rompe de inmediato el hilo de intimidad entre Emma y yo.

Aleksandr cruza los brazos sobre el pecho. — Así que estaban hablando, ¿eh?

Me enderezo, separándome de Emma, y lo miro fijamente. — Sí, estábamos — respondo.

Dmitri está callado, pero su silencio es sonoro. Grita preguntas sin formular.

No puedo dejar que esto me sacuda. No delante de Emma. Coloco mi mano en su hombro, un apoyo silencioso. Estoy aquí, estás a salvo.

La tensión en la sala cambia cuando Aleksandr dirige su atención hacia Emma.

Su dureza habitual se suaviza un poco, lo suficiente como para pedirle ayuda sin decirlo abiertamente. — Emma, ¿harías esto por nosotros?

Ella asiente con un pequeño gesto pero decidida, una promesa silenciosa de su compromiso.

La voz de Dmitri corta la quietud. — ¿Dónde está Alina?

Emma mira a su alrededor, con el ceño fruncido por la preocupación. — Estaba aquí hace un minuto, viendo la televisión.

Aleksandr agita una mano desdeñosamente. — Seguro está por ahí.

Pero algo me aprieta el pecho, un hilo de alarma que no puedo quitarme de encima. Alina nunca se había alejado antes. Escudriño la habitación, intentando disimular mi repentino ataque de miedo.

Dmitri voltea hacia los hombres de seguridad que están tras ellos. — ¿Qué están esperando? Vayan a buscarla — les grita.

Emma tiene las manos apretadas y los nudillos blancos. Intenta mantener la compostura, pero el miedo la invade.

Aleksandr se mueve rápido, todo preocupado cuando se acerca a Emma. — ¿Emma? ¿Estás bien? — Hay algo en su voz, una suavidad poco común.

Se limita a asentir con un pequeño movimiento de cabeza. — Sí — tartamudea, pero su voz la traiciona.

La mano de Aleksandr se posa con suavidad en su rostro. Le acaricia la barbilla con los dedos y le roza la mejilla con el pulgar. Debería sentir una punzada de celos, pero en lugar de eso, siento una extraña aceptación. Porque ahora mismo, no se trata de ninguno de nosotros, se trata de Alina. Se trata de Emma.

La frustración de Dmitri es palpable, su ira es un ente vivo en la habitación. — ¡Te dije que no la metieras en esto!

Aleksandr responde con la misma intensidad. — ¡Hablas como si tuviéramos elección! O como si ella tuviera elección.

Sus palabras chocan en el aire, una tormenta a punto de estallar.

Me interpongo entre ellos. — Deténganse.

La voz de Emma corta la tensión, su determinación es clara a pesar de los temblores que veo sacudir su pequeño cuerpo. — Está bien. Lo haré. Por todos ustedes.

Dmitri duda, su preocupación por ella es evidente. — Emma, ¿estás segura de...?

Ella asiente, cortando su duda. — Sí. Sí, lo estoy. Si esto es cierto, si mi hermana forma parte de esto de alguna manera, no es la hermana que conozco. Y Nikolai me ha prometido que no le hará daño.

Este no era el plan. Sus ojos lo dicen todo. «¿Por qué se lo prometiste?» Tan agudos como cuchillos, recordándome la brutal necesidad que a veces persigue a nuestras decisiones. Ya se habría deshecho de ella si no fuera la hermana de Emma.

Sin embargo, la confianza de Emma pende de un hilo, su fe en nuestra palabra es algo frágil.

El sentido práctico de Aleksandr nos devuelve al presente. — Ella necesita un médico. Está temblando.

— ¿Has comido hoy, Emma? — pregunto, tratando de evaluar su estado.

Su vacilación lo dice todo. — Yo...

— ¿No has comido? — La frustración de Aleksandr es evidente, pero también su preocupación.

Emma sacude la cabeza, con la mirada perdida. — No he tenido tiempo.

— Dios, Emma. Comerás ahora — insiste Dmitri, su tono no deja lugar a discusión.

Su protesta es débil. — Realmente no tengo ganas de comer ahora.

La última palabra de Aleksandr corta cualquier otra negativa. — Oh, pero lo harás.

— Emma, ¿qué te apetece? — pregunto, con voz más suave de lo que pretendo.

Se encoge de hombros con el ceño fruncido. — No lo sé. ¿Cualquier cosa?

Nos dirigimos a la cocina. El personal se ha marchado, dejando tras de sí una nevera llena de posibilidades, todo un reto para los que no estamos muy familiarizados con las artes culinarias. Dmitri se queda mirando la nevera, desconcertado por la variedad de ingredientes.

Aleksandr sugiere. — ¿Tal vez un sándwich?

Dmitri cierra la nevera, con desdén. — Un sándwich no la saciará.

— Podemos pedir comida — ofrezco, ya alcanzando mi teléfono.

Aleksandr niega con la cabeza. — Tardaría al menos una hora en llegar hasta aquí.

— ¿Cuál es tu idea entonces? — Volteo hacia él, enarcando una ceja. — Tampoco es que sepa cocinar.

La mirada de Dmitri se dirige hacia mí, con un brillo en sus ojos. — Pero tú puedes.

Es verdad. De niño, siempre tenía que valerme por mí mismo en la cocina.

— De acuerdo. Podemos prepararle blinis — digo, me decido por una sencilla comida rusa.

Aleksandr se acerca, listo para ayudar. — Dime qué necesitas.

Asiento y empiezo a hacer una lista. — Harina, huevos, leche y un poco de azúcar — le ordeno a Aleksandr, que va reuniendo los ingredientes.

Dmitri mira los ingredientes con una mezcla de intriga y escepticismo. — ¿Estás seguro de esto?

— Confía en mí — respondo con más confianza de la que realmente siento.

Aleksandr mezcla la masa mientras Dmitri y yo cortamos fruta para la cobertura. Hay un ritmo inesperado en nuestros movimientos, una camaradería silenciosa que se forma en el acto de cocinar para Emma.

Aleksandr me mira con una pequeña sonrisa en la cara. — No lo haces nada mal — me dice mientras le da la vuelta a un blini perfectamente dorado.

— Tú tampoco — le respondo, reconociendo su sorprendente buena técnica.

Dmitri nos observa con los brazos cruzados. — Yo pondré la mesa — dice, optando por la tarea en la que se siente más cómodo.

Emma se apoya en la puerta y nos observa con una curiosidad recién descubierta. — No sabía que cocinaban — dice, con un toque de diversión en la voz.

— Estamos llenos de sorpresas — dice Aleksandr con una risita, colocando el último blini sobre el montón.

Emplato los blinis, los cubro con fruta fresca y una cucharada de crema. — La cena está servida — anuncio, orgulloso de nuestro esfuerzo colectivo.

— ¿Ya han encontrado a Alina? — La voz de Emma está llena de preocupación, y detiene su tenedor en el aire.

Asiento con la cabeza, una media verdad que sale de mi lengua para calmar su preocupación. — Sí, estaba en su habitación jugando, me lo dijo uno de los hombres de seguridad.

— Bien, de acuerdo. — No parece muy convencida, pero reanuda la comida, aunque lentamente. Aún no he recibido noticias, pero lo último que necesita Emma es más estrés. — Sigue comiendo, ahora vuelvo — le digo, apartándome de la mesa.

Salgo con el teléfono en la mano, dispuesto a buscar una respuesta concreta por parte del equipo de seguridad.

Me dirijo a la cabina de seguridad con paso rápido y decidido. La puerta se abre y me encuentro con el agente de seguridad, cuyos ojos se cruzan con los míos.

— No hemos podido encontrarla, señor — admite, y la temperatura de la habitación parece bajar varios grados.

Mi ira, aguda y contundente, corta la tensión. — ¿Qué quieres decir con que no han podido encontrarla? — Mi voz es un gruñido grave, con una amenaza inconfundible.

Tartamudea, empieza a explicarse, pero ya estoy gritándole órdenes, mi tono no deja lugar a

excusas. — Revisa las cámaras, cada centímetro de este recinto. ¡Ahora!

Capítulo 19: Una noche de vigilia

Aleksandr

Observo a Emma, su tenedor tiembla ligeramente mientras se lleva la comida a la boca. Mi instinto me pide a gritos que la proteja, que la consuele, que haga lo que sea para aliviar el miedo que se dibuja claramente en su rostro. Pero el jefe Bratva que hay en mí sabe que no debo hacerlo. Las emociones conllevan responsabilidades, y las mías son un desastre cuando se trata de ella.

— Tienes que comer — le digo con voz firme, intentando que no se me note la preocupación.

Emma levanta la vista y sus ojos se encuentran con los míos. Hay una vulnerabilidad que me conmueve profundamente.

— Lo estoy intentando — dice con un leve temblor en la voz.

Me levanto bruscamente y la silla roza el suelo. Necesito moverme, hacer algo. Este juego de sentarme a esperar no es para mí. Soy un hombre de acción, pero aquí estoy, impotente, mientras el peligro se cierne sobre nosotros como un depredador silencioso.

Mi teléfono vibra contra la mesa de madera dura, una cruda interrupción del momento de frágil tranquilidad. Leo el mensaje de Nikolai y se me hiela la sangre.

Tenemos un problema. Alina ha desaparecido

¿Qué? Le respondo.

Me levanto bruscamente y mi silla cae al suelo detrás mío. — Ahora vuelvo — le digo a Emma, aunque mis ojos ya están escudriñando la habitación, buscando a Dmitri.

Su expresión cambia en cuanto nuestras miradas se cruzan; percibe la urgencia, el temor tácito

que se ha instalado como un peso en mi pecho.

Asiente una vez, sutilmente, una confirmación silenciosa de que cuidará de Emma mientras me ocupo de esta crisis. Sin decir nada más, salgo por la puerta, con mis pensamientos corriendo tan rápido como mis pasos. ¿Dónde estará Alina? ¿Cómo ha podido ocurrir esto bajo nuestra vigilancia?

Irrumpo en la sala de seguridad, donde un montón de pantallas proyectan un brillo espeluznante sobre los rostros de los hombres que debían haber sido sus guardianes.

— Busquen por todas partes. Ahora mismo. — Mi voz no solo ordena, sino que amenaza con castigar este error.

En unos instantes, la sala, antes tranquila, se convierte en un frenesí de actividad. Las cámaras se comprueban una y otra vez, cada recuadro escudriñado en busca del rostro angelical de Alina.

Saco el teléfono y mis dedos se deslizan sobre las teclas con implacable eficacia. El mensaje a mis hombres es conciso: una descripción, una foto y la convicción implícita de que el fracaso no es una opción. Esta ciudad, con todos sus callejones ocultos y rincones sombríos, acabará entregándola. Tiene que hacerlo.

Mi llamada a las armas no termina con la orden silenciosa de un texto. Tomo la línea segura más cercana y marco un número que llama directamente a mi teniente de mayor confianza.

— Iván, escucha con atención. Alina ha desaparecido. Te envío su foto. Quiero a todos los hombres disponibles en esto; que busquen en calles, parques, cualquier lugar donde una niña pueda ir o a donde pudieran habérsela llevado.

Su respuesta es inmediata, con un tono de acero en su voz que coincide con mi propia urgencia.

— Entendido, jefe. La encontraremos.

Termino la llamada y mi mirada vuelve a las pantallas, donde el equipo de seguridad está reproduciendo las imágenes a doble velocidad.

— Retrocede — ordeno, señalando un fragmento en el que una sombra se asoma demasiado cerca de la zona de juego, una sombra que no debería estar allí.

Un técnico amplía la imagen píxel a píxel. Es un trabajo minucioso, los segundos se convierten en eones, y entonces la sombra gana definición, transformándose en la forma de un hombre, un hombre que no tiene nada que hacer en nuestro mundo.

— ¿Quién es? — Exijo, con una peligrosa calma en la voz que contradice la tormenta que se desata en mi interior.

— No lo sabemos, señor — admite el jefe de seguridad, con el rostro pálido. — No es uno de los nuestros.

Me inclino más, memorizando la cara del que ahora es el enemigo número uno. — Encuéntrénlo. Encuéntrénlos a los dos.

Mientras camino por la sala, un sonido me llama la atención: un suave arrastre, como de tela contra tela, procedente de una pequeña habitación que hay bajo las escaleras. Es un lugar poco frecuentado, utilizado como almacén.

Me acerco a la puerta, con los nervios a flor de piel. Esto podría ser una trampa para tomarnos desprevenidos, pero también podría ser la respuesta.

Con una mano cautelosa, agarro el pomo de la puerta, el metal frío e inflexible bajo mi agarre. Despacio, muy despacio, abro la puerta, esperando lo peor.

Y entonces la veo: Alina, acurrucada en un rincón, con su muñeca favorita apretada contra el pecho. El alivio se apodera de mí y suelto un fuerte suspiro mientras me arrodillo para estar a su altura.

— Alina — susurro, mi voz es una mezcla de reprimenda y alivio. — ¿Qué estás haciendo aquí?

Levanta la vista con esos ojos grandes e inocentes y, en ese momento, sé que cualquier castigo que hubiera planeado por su desaparición es inútil. Está a salvo, está ilesa, eso es lo importante.

Extiendo mis brazos hacia ella y, mientras se precipita en mis brazos, me juro a mí mismo que fortificaré el mundo que la rodea para que nunca más su seguridad deje de ser absoluta.

Con Alina en mis brazos, saco el teléfono y escribo rápidamente un mensaje para detener la búsqueda. Mis pulgares se mueven por la pantalla, con la urgencia aún palpable en cada pulsación.

La hemos encontrado. Suspende la búsqueda.

El mensaje se envía a mis hombres y, con las prisas, incluyo al chat de grupo al que pertenece Emma.

Dudo por un segundo, pero rápidamente lo desecho. Emma debería saberlo; ahora forma parte de esto.

Mientras camino hacia la cocina, el peso de Alina sobre mi pecho me hace sentir mejor. La cocina es un lugar cálido y lleno de vida, muy distinto al gélido miedo que sentí antes. Cuando empujo la puerta para abrirla, veo a Dmitri y a Emma con las cabezas juntas, tomándose un momento para reír a solas.

— Estuvo en la casa todo el tiempo —anuncio— escondida.

Emma se adelanta y extiende las manos hacia Alina. Dudo una fracción de segundo; antes de entregarle a la niña en brazos. Nuestros dedos se rozan.

Alina, ajena a la tensión, rodea el cuello de Emma con sus bracitos y entierra la cara en el pliegue de su hombro.

Mientras Emma la acuna, nuestros ojos se cruzan. En esa mirada, hay un mundo de emociones que no estamos preparados para expresar. El miedo a lo que podría haber pasado, el alivio de que no haya pasado y la complejidad de nuestras vidas entrelazadas... todo confluye en esa mirada. Es un momento que se siente como en familia, como una unidad que ha superado junta la tormenta.

La habitación está en silencio, excepto por el sonido de los murmullos satisfechos de Alina, y me sorprende lo mucho que Emma se ha convertido en parte de esta casa, en parte de nuestras vidas.

Sus ojos son cálidos y amables, pero hay algo más allí, algo que hace que mi corazón lata un poco más rápido de lo que debería. Lucho contra ello, recordándome que solo es una empleada en nuestra casa, que no puedo arriesgarme a bajar la guardia con ella.

Pero su mirada me dice que ella también lo siente.

Se muerde el labio; nerviosa y se acerca a mí, aún con Alina en brazos. — Gracias a Dios está a salvo — dice en voz baja.

Asiento con la cabeza, sintiendo que el familiar peso de la responsabilidad vuelve a recaer sobre mis hombros. — Tendremos que revisar a fondo la casa y la propiedad. No podemos correr riesgos.

— Por supuesto — asiente Emma, pero hay una vacilación en su voz que me dice que ella también percibe algo entre nosotros.

Me apoyo en la encimera, observando a Emma. — Mañana te reunirás con tu hermana.

Me mira a los ojos, firme y decidida. Asiente con la cabeza y saca su teléfono, sus dedos trabajan rápidamente sobre la pantalla. Hay cierta tensión en el aire, un cierto peso en el momento. Está dando un paso que no puede dejar de dar.

Espero, sintiendo cómo se alargan los segundos. El rostro de Emma es ilegible, una máscara de concentración mientras espera la respuesta. El teléfono suena y ella baja la mirada. Una breve sonrisa se dibuja en sus labios.

No puedo esperar. Se lee en la pantalla. Me lo enseña.

— Bien. — Mi respuesta es cortante.

Hay más en juego que una reunión familiar, y ambos lo sabemos. Pero es un comienzo, un movimiento en el tablero de nuestra situación actual.

— Descansa un poco — le digo. — Mañana será un día largo.

Vuelve a asentir, con un pequeño surco de preocupación entre las cejas. Pero es valiente. No se echa para atrás.

— De acuerdo — dice ella.

Está preparada, todo lo preparada que se puede estar para una confrontación que podría cambiarlo todo.

El instinto protector de Emma entra en acción y acuna a Alina mientras se dirige a su habitación. Su determinación es clara en la postura de sus hombros, la forma cuidadosa en que sostiene a la niña.

— ¿Adónde la llevas? — pregunto, aunque ya sé la respuesta.

— No la dejaré dormir en su habitación esta noche. No después de lo que ha pasado hoy — dice sin voltearse, con voz firme.

Dmitri, apoyado en el marco de la puerta, asiente. — Ella tiene razón. Es más seguro.

— De acuerdo — digo, con mi mente ya repasando los protocolos de seguridad. — Dmitri, quédate con ellas también.

Se encuentra con mi mirada, un entendimiento silencioso entre nosotros. — Está bien.

Está decidido entonces. Por esta noche, estarán tan seguras como podamos. Me aseguraré de ello.

Capítulo 20: La hora silenciosa

Emma

El reloj marca las 03:00. El sueño me esquivo, es tan evasivo como siempre. Me doy la vuelta y encuentro a Alina a mi lado, sujetando con fuerza mi pijama. A pesar del caos, su rostro inocente se ve apacible. Me alivia el nudo que tengo en el pecho y me hace sonreír.

A mi lado, la respiración de Dmitri es uniforme, constante. Está de espaldas, perdido en sueños que no logro alcanzar. Por un momento, observo su espalda subir y bajar, el ritmo tranquilo que contrasta con los gritos silenciosos de mis propios pensamientos.

Me incorporo y la habitación da un par de vueltas. Demasiados pensamientos, y poco descanso. Tomo el vaso de agua, la superficie fría es un pequeño consuelo. El agua está fría, un gran alivio. Tomo un pequeño sorbo, y dejo que calme mi tormenta interior.

Dmitri se remueve a mi lado, con la voz ronca por el sueño. — ¿No puedes dormir?

Sacudo la cabeza, el silencio en la habitación de repente demasiado fuerte. — No.

Abre los brazos, como una invitación. Dudo un instante antes de hundirme en su abrazo. Su pecho es sólido, cálido. Cuando me acaricia el cabello, siento una calma, una promesa silenciosa en ese gesto.

— Todo va a estar bien — murmura.

No sé si me tranquiliza a mí o a él, pero me aferro a él. Lo rodeo con los brazos, buscando consuelo en su certeza.

El calor del abrazo de Dmitri me devuelve a la normalidad. Por un momento, cierro los ojos y me limito a respirar, dejando que el latido constante de su corazón me tranquilice. Pero, como siempre, los pensamientos vuelven como una ola que se niega a ser ignorada.

— ¿Y si no todo sale bien? — susurro.

Los brazos de Dmitri me rodean con fuerza y sus labios rozan mi frente. — Lo superaremos. Pase lo que pase, lo superaremos juntos.

Sus palabras me tranquilizan, pero no bastan para disipar por completo el miedo.

Me alejo un poco de él y mis dedos recorren los contornos de su cara en la penumbra. — ¿Alguna vez te preocupas?

— ¿Preocuparme por qué? — pregunta, con sus ojos clavados en los míos.

— Por la vida que has elegido — digo en voz baja. — Por el peligro que siempre nos acecha.

No contesta de inmediato, su expresión es pensativa mientras considera la pregunta. — Claro que me preocupo — admite finalmente. — Pero también sé que esto es lo que somos, Emma. No podemos cambiarlo.

— Lo sé — digo con un suspiro. — Pero a veces todo parece tan abrumador.

El pulgar de Dmitri roza el dorso de mi mano en un gesto tranquilizador.

— Lo sé, pero estamos juntos en esto — dice suavemente. — Y, además, hemos pasado por cosas peores.

— ¿Sí? ¿Puedes contarme una de esas historias? — pregunto, con voz esperanzada.

Se ríe, el sonido vibra en su pecho. — Bueno, una vez Aleksandr decidió cocinar para variar. Decía que tenía una receta «infalible» de borsch.

Me acurruco más, ansiosa por oír la historia. — ¿Y?

— Y le prendió fuego a la cocina. No solo a la olla, sino a toda la cocina. — Su risa llena la habitación y, a pesar de todo, también me río.

— Llegaron los bomberos, y allí estaba él, parado afuera, sosteniendo la olla carbonizada, con más cara de disgusto por haber echado a perder el borsch que por la cocina. — Dmitri sacude la cabeza, aún riéndose. — No volvió a poner un pie allí en meses.

La imagen del temido Aleksandr, todo desolado por un plato arruinado, alivia la tensión de mis hombros. — Me habría encantado verlo — digo con una sonrisa sincera.

Dmitri se inclina hacia mí, su voz baja a un susurro sensual. — Sabes, si quieres ver algo, podría enseñarte algo aún mejor.

La sugerencia me da un vuelco el corazón y noto cómo el calor me sube a las mejillas. — ¿Ah, sí?

Asiente con una sonrisa socarrona en la comisura de los labios. — Podría llevarte a algún sitio lejos de todo este caos. A algún sitio donde podamos estar solos.

La idea de estar a solas con él, lejos de todo lo demás, es tentadora. Me acerco más y mis labios se quedan a un suspiro de los suyos.

— Me gusta cómo suena eso — digo.

En un instante, los labios de Dmitri están sobre los míos y el mundo se desvanece. Me besa con avidez y sus brazos me estrechan contra él.

Mientras nos besamos, la tensión que se había ido acumulando en mi interior empieza a desaparecer. La preocupación, el miedo, la incertidumbre, todo se desvanece en ese momento.

La primera luz del alba se cuela por las cortinas y me despierto antes que el despertador suene. He pasado la noche en la cama con Dmitri, y con Alina bien arropada entre los dos. Por un momento, los veo dormir, con el subir y bajar de sus pechos sincronizados en un sueño tranquilo.

Rozo la mejilla de Dmitri con la yema de los dedos y luego la de Alina, como un silencioso agradecimiento por este momento de tranquilidad. Con cuidado de no despertarlos, salgo de la cama y me cambio rápidamente el pijama.

Al salir por la puerta, me encuentro con Aleksandr. Está apostado como un centinela en el pasillo, con ojeras que delatan una noche de vigilia.

— Buenos días — saluda, con voz áspera por el cansancio.

— Buenos días — respondo, intentando igualar su tono de normalidad.

— ¿Dormiste bien?

— Sí, yo... sí, dormí bien — logro decir, asegurándomelo más a mí que a él.

— ¿Estás preparada para esto? — me pregunta.

— No estoy segura — admito, con el peso del día que se avecina sobre mis hombros.

— Mira, Emma, si no quieres hacerlo, no tienes por qué hacerlo — me ofrece Aleksandr, y hay una suavidad en él que no había notado antes.

Pero niego con la cabeza, más para reafirmar mi determinación que para descartar su preocupación. — Tengo que hacerlo — afirmo, con palabras firmes. — Tengo que hacerlo para demostrar la inocencia de mi hermana.

Su asentimiento es casi imperceptible. — Si algo sucede, estaremos escuchando, ¿de acuerdo? E intervendremos enseguida. No te pasará nada — me asegura.

Y quiero creerle, de verdad. Porque ahora mismo, su promesa es lo único a lo que puedo aferrarme.

Vacilo durante una fracción de segundo, asimilando la realidad de la situación. La intimidad, el peligro, todo es demasiado e insuficiente al mismo tiempo.

— No sé cómo funciona nada de esto — admito, y mi voz traiciona el temblor que siento en mi interior.

Aleksandr hace un pequeño gesto tranquilizador con la cabeza. — Te lo enseñaré — dice, con tono serio, tratando de disipar la tensión. — Levántate la camisa.

Obedezco y me levanto el dobladillo de la camisa para mostrarle el vientre. Mete la mano en una pequeña bolsa que tiene en el suelo junto a él. Sus manos, frías y precisas, guían el cable a lo largo de mi piel con profesionalismo.

Mientras Aleksandr me coloca el cable sobre la piel, no puedo evitar una sensación de vulnerabilidad. Esto es algo que nunca pensé que tendría que hacer, y mucho menos que me sentiría cómoda. Pero, por el bien de Alina, haré lo que sea necesario.

— Bien, ya está todo listo — dice Aleksandr, comprobando la conexión. — Recuerda llevar el auricular siempre contigo.

Asiento con la cabeza, le quito el pequeño aparato y me lo meto en el bolsillo.

Sus labios rozan ligeramente mi mejilla, un roce fugaz que deja un rastro de calidez. — Buena suerte — murmura Aleksandr, un gesto sencillo que contrasta sorprendentemente con su estoicismo habitual.

Toco el lugar donde acaban de estar sus labios y la intimidad del acto me produce un escalofrío. Es un reconocimiento silencioso del peligro que corro y un recordatorio de lo que está en juego para todos los implicados.

— Gracias — consigo decir, esbozando una valiente sonrisa. — Voy a necesitarla.

Salgo a la calle. Y ya han llamado a un Uber. Miro hacia la mansión y veo a Nikolai en el balcón. Le sonrío. Él sonríe y me devuelve el saludo.

Entro en el Uber, la ciudad se desdibuja a medida que nos dirigimos al salón de belleza Madden. Las calles que me resultan familiares no alivian el nudo de ansiedad que tengo en el estómago. Cuando el coche se detiene, respiro hondo y me preparo para lo que viene.

— *Mi hermana es inocente* — me repito un millón de veces.

Al entrar en el salón, el aroma de los productos para el cabello y el esmalte de uñas inunda el aire. Está lleno de gente, de clientes y estilistas, como siempre.

Me dirijo al piso de arriba, donde se encuentran las oficinas administrativas, alejadas de la animada planta del salón. Siento que me va a dar un infarto. La segunda planta es más tranquila, el ajetreo del negocio queda amortiguado por la gruesa moqueta bajo mis pies.

En el sutil silencio del salón, ajusto el pequeño auricular oculto bajo mi cabello, la débil estática me recuerda que Aleksandr y los demás están escuchando cada palabra.

Ahí está, Kate, con el cabello oscuro cayéndole por la espalda.

Voltea y se le ilumina la cara al verme.

— ¡Emma! — exclama, y en un instante me envuelve en sus brazos.

Hacía demasiado tiempo que no sentía el consuelo del abrazo de mi hermana. Por un momento, me permito olvidar por qué estoy aquí, olvidar el cable oculto bajo mi ropa, olvidar los oídos atentos de los hombres que se han convertido en una parte inextricable de mi vida.

Le devuelvo el abrazo, con fuerza, una parte de mí no quiere soltarla, temerosa de lo que pueda pasar cuando lo haga.

La preocupación de Kate es palpable mientras me toma de las manos y frunce el ceño. — Emma, estás sudando. ¿Qué te pasa?

Intento mantener la voz firme. — Nada, de verdad. Creo que me he resfriado o algo así.

Miento. Le miento a mi hermana.

Su rostro se suaviza con simpatía. — Oh, cariño.

Hace una seña a su asistente, una mujer con cierto aire eficiente, y le da instrucciones enérgicas.

— ¿Puedes traernos un té caliente, por favor? Para tres.

Parpadeo, confusa. — ¿Tres?

Kate asiente con la cabeza y su expresión se ilumina. — Sí, ¿no te acuerdas? Vendrá mi madrastra Maria. Ella también quería verte.

Claro, Maria.

Me fuerzo a sonreír. — Por supuesto, estoy deseando conocerla.

Cuando la asistente asiente y se marcha a preparar el té, se me hace un nudo en el estómago, no solo por los nervios, sino también por saber que la simple visita familiar que antes anhelaba; ahora me apetece tanto como atravesar un campo minado.

— ¿Cómo van las cosas en tu nuevo trabajo? — pregunta.

— Todo va bien — consigo decir, sintiendo que se me acelera el pulso.

Percibo la presencia de Aleksandr en mi oído, un silencioso ángel de la guarda.

La voz de Aleksandr llega a través del auricular, tranquila y mesurada. — Limítate a generalidades. Lo estás haciendo bien.

Kate se inclina hacia delante, con la preocupación grabada en sus elegantes rasgos. — Pareces un poco distraída, Emma. ¿Está todo bien en el trabajo?

Asiento con la cabeza, forzando una sonrisa tranquilizadora en mis labios. — Sí, es solo la típica fase de adaptación al nuevo trabajo, ¿sabes?

¿Qué estoy diciendo? Han pasado meses.

Antes de que pueda ordenar mis pensamientos, el ambiente de la habitación cambia cuando entra la mujer a la que Kate llama Maria. Su elegancia no requiere esfuerzo, su porte es seguro, pero hay una suavidad en su saludo que no llega a sus ojos.

— Lo siento, perdí el hilo por un momento — consigo balbucear, evitando la mirada inquisitiva de Kate.

Maria dirige su atención hacia mí, con una sonrisa amable pero distante. — Y tú debes ser Emma. He oído hablar mucho sobre ti.

Kate anima la conversación, aparentemente ajena al trasfondo del asunto. — Emma estaba a punto de contarme algo. ¿Verdad, Emma?

Asiento con la cabeza, con un nudo en la garganta. — No era nada importante, solo cosas del trabajo. Eso puede esperar.

La voz de Aleksandr es un ancla silenciosa en mi oído. — Bien hecho. Sigue escuchando. Tenemos que averiguar si dicen algo sobre Frostbite o Grace.

Kate sigue mirándome, escudriñándome, pero deja pasar el tema de mi trabajo con un asentimiento inseguro. Siempre ha sido muy perspicaz; me doy cuenta de que sospecha que algo anda mal.

Maria conduce con gracia la conversación hacia temas más amenos, habla de sus últimas vacaciones, del éxito del salón y de la vida social de la ciudad. Es experta en conversaciones triviales y sus palabras fluyen sin esfuerzo.

La voz de Aleksandr resuena en mi oído. — Mantente alerta, Emma. Necesitamos saber si cometen un desliz, si mencionan algo sobre sus operaciones.

Asiento sutilmente, como si estuviera de acuerdo con algo que dice Maria, pero en realidad estoy reconociendo las instrucciones de Aleksandr. Trato de relajar las facciones, de parecer interesada y no alarmada mientras sorbo el té que ha traído su asistente.

De repente, suena el teléfono de Kate. Mira la pantalla y frunce el ceño, excusándose para tomar la llamada. Se aleja y nos deja solas a Maria y a mí.

La mirada de Maria es penetrante. — Pareces tensa, querida. ¿El trabajo no es lo que esperabas?

Sacudo la cabeza, intentando mantener la voz uniforme. — Por momentos es abrumador, pero también muy gratificante.

Kate vuelve y sus ojos se iluminan con auténtico interés. — Háblame de la chiquilla. ¿Es ella la que causa problemas?

Me río, un sonido corto y nervioso, pero ligero. — No, no. Ella es un ángel, de verdad. Es tan dulce e inteligente para su edad.

Maria se inclina, interesada. — ¿Lo es? ¿Y cuántos años dices que tiene?

— Tres años — respondo, con un nudo en la garganta.

— ¿Tienes una foto de ella? — pregunta Maria, inclinando ligeramente la cabeza, con voz de suave aguijón.

Sacudo la cabeza y noto la tensión de Aleksandr a través del auricular.

— No, desgraciadamente. — Mis palabras se entrecortan y me maldigo por no estar preparada para una pregunta tan sencilla.

Maria asiente, con los labios apretados en una fina línea que podría tomarse por una sonrisa o por una señal de pensamientos ocultos. — Es una pena. Me hubiera encantado conocerla.

Se me encoge el corazón al darme cuenta de que las preguntas de Maria no son mera curiosidad, sino un intento deliberado de recabar información. Pero ¿para qué querría una foto de una niña de tres años?

Kate parece cambiar de tema sin esfuerzo. — ¿Has visto a Grace por ahí últimamente?

Sacudo la cabeza, intentando mantener una expresión neutra. — No, no la he visto.

Kate frunce ligeramente el ceño. — ¿De verdad? Pensé que se encontrarían.

Siento que se me acelera el pulso. — No sabía que fuera tan amiga tuya — digo con cautela.

— Sí, te lo dije, ¿recuerdas? Es una amiga de la universidad — insiste Kate.

Decido presionar un poco. — ¿Qué estaba estudiando? — Es una prueba y contengo la respiración esperando la respuesta.

La sonrisa de Kate es rápida y relajada. — Periodismo — dice, y suena ensayado.

Periodismo. Eso es mentira. Me está mintiendo a la cara.

Maria se inclina hacia delante, con el ceño fruncido por la preocupación. — Sabes, pensé que traerías a la niña contigo.

Vacilo, pero la mentira viene a mis labios con facilidad. — En realidad ella no se sentía muy bien.

La cara de Maria se suaviza. — ¿Ah, no? ¿Ella está bien?

Asiento con la cabeza, tranquilizándola. — Sí, ya está mucho mejor, pero creo que me he contagiado de lo mismo.

— A lo mejor la pobre echa de menos a sus padres — interviene Kate con un comentario extraño mientras da un delicado sorbo a su té.

Eso me toma por sorpresa. Nunca le había hablado de los padres de Alina.

— Nunca te he dicho nada de sus padres. ¿Cómo lo sabes? — pregunto, tratando de mantener la voz firme.

Kate me mira, con expresión imperturbable. — Oh, claro que lo hiciste, ¿no te acuerdas? — Su tono es ligero, pero hay algo en sus ojos que no me cuadra.

Estoy segura de que nunca mencioné nada. ¿Está intentando confundirme?

— ¿Qué fue exactamente lo que te dije? — Presiono, necesitando saber cuánto sabe... o presume saber.

La sonrisa de Kate se transforma en una mueca. — Oh, solo fue una pequeña charla que tuvimos hace un tiempo. Ya sabes cómo son las cosas. — Sus palabras son ligeras, pero hay una oscuridad que me inquieta.

Siento la presencia de Aleksandr reforzándose en mi oído, instándome a mantenerme en guardia. — Por supuesto — digo simplemente, sin querer desvelar nada.

Maria vuelve a cambiar de tema, pero ya no puedo concentrarme en sus palabras. Mi mente va a toda velocidad, intentando atar cabos. ¿Qué sabe Kate? ¿Adónde quiere llegar? ¿Y por qué ha mencionado el nombre de Grace? La conversación continúa a mi alrededor, como un zumbido en mi cabeza.

Maria comenta con un suspiro. — Es una tragedia que una niña tan pequeña se quede sin padres.

No puedo evitar sentir que me están sondeando, buscando una reacción, pero no puedo mostrar ninguna debilidad. — Sí, es triste — admito, observando atentamente sus expresiones en busca de algún signo revelador.

Kate se echa hacia atrás y me estudia con una curiosidad casi invasiva. — Bueno, a pesar de todo, es bueno que ahora tenga a alguien como tú.

La conversación cambia de rumbo, pero sus comentarios anteriores permanecen en mi mente, atormentándome. ¿Qué pretenden? ¿Por qué mencionar a los padres de Alina de forma tan casual?

No puedo soportarlo más, así que lo digo. — ¿Qué sabes de Alina, Kate?

Capítulo 21: Cebo y cambio

Aleksandr

Escucho atentamente a través del auricular y percibo el temblor en la voz de Emma, que se esfuerza por mantener la compostura. Las preguntas de Kate solo parecen inquietarla aún más.

— ¿Qué quieres decir, Emma? ¿Estás bien? Pareces un poco alterada — le dice.

— Emma, cálmate — susurro por el micrófono, con la esperanza de calmar sus nervios.

— Estoy bien, Kate. Solo estoy algo abrumada, supongo — responde Emma, pero su voz delata la tensión.

— Puedes contarnos lo que sea. ¿Es por los hombres con los que trabajas? Si este trabajo no es para ti, quizá deberías dejarlo, Emma — sugiere Kate.

— No, no, no es eso. Mis jefes son agradables. Es solo que... — Emma vacila, y casi puedo sentirla luchando con sus próximas palabras.

— ¿Qué sucede? — pregunta Kate.

— Alguien nos está amenazando, Kate — admite finalmente Emma, y me doy cuenta de que está haciendo todo lo posible para no dejar que el miedo se apodere de ella.

— ¿Qué quieres decir?

A medida que las preguntas de Kate se vuelven más punzantes, percibo un pico de tensión. Emma está acorralada y, por lo que parece, está a punto de quebrarse.

La voz de Emma tiembla al revelar. — Creo que hay gente ahí fuera que quiere llevarse a Alina.

La voz de Maria se muestra escéptica. — ¿Qué podrían querer de una niña de tres años?

Emma vacila, con la respiración entrecortada. — No lo sé.

Kate presiona más, su voz es una mezcla de preocupación y acusación. — Solo dilo, Emma.

— ¿Decir qué? — la confusión de Emma es clara incluso a través del auricular.

— Que te están obligando a hacer esto — dice Kate.

Mierda. ¿Cómo es posible que lo sepa? ¿Cómo se ha dado cuenta? Necesito sacar a Emma de ahí. Ahora mismo.

Rápidamente hago señas a Dmitri y Nikolai para que intervengan. No podemos arriesgar la seguridad de Emma. Esa mujer es peligrosa.

La voz de Emma está llena de pánico. — ¿De qué estás hablando?

Kate suelta un suspiro cansado, su tono cambia como si estuviera revelando una gran verdad.

— Mi dulce hermana, ¿creías que era tan ingenua? Pero no te preocupes, sé que no es culpa tuya.

— Kate, ¿qué está pasando? — la pregunta de Emma está teñida de miedo.

— Queríamos contártelo, Emma — la voz de Kate alarga el suspenso.

— ¿Contarme qué? — Emma insiste, con un tono desesperado en la voz.

— Te lo contaré todo. Pero primero, dame tu micrófono.

— ¿Qué? — La voz de Emma es apenas un susurro.

Y luego, silencio.

— ¿Emma? ¿Emma? ¿Estás ahí? — grito al micrófono, mi voz resuena en la habitación vacía.

No hay respuesta. No hay respuesta. Mierda.

Tomo mi abrigo y salgo por la puerta. — ¡Dmitri, entra ahora mismo! — Mis palabras son cortantes, imperiosas.

Dmitri responde escuetamente. — En eso.

Cada segundo parece una eternidad mientras me apresuro hacia el salón de belleza Madden, con

la mente agitada por los peores escenarios. La seguridad de Emma es mi responsabilidad, y yo la hice entrar en la boca del lobo, con un micrófono. ¿Y si le hacen daño? ¿Y si la utilizan contra nosotros?

Saco mi teléfono, dispuesto a marcar el número que traería a todos los hombres disponibles a ese salón, dispuestos a destrozar el lugar si es necesario para sacar a Emma sana y salva.

Mis dedos se ciernen sobre la pantalla, listos para hacer la llamada que podría desencadenar en una guerra total. Pero vacilo. Necesitamos más información, no podemos arriesgarnos a un asalto a ciegas. Aún no.

Aparto el teléfono y me concentro en llegar lo antes posible. Si consigo llegar a Emma, podemos salvar esto. Solo necesito llegar a ella a tiempo.

Capítulo 22: A la fuga

Emma

Mi vida ha sido una gran mentira, y Kate, mi propia hermana, está detrás de todo. Estoy ahí parada, intentando darle sentido a todas las mentiras en las que me ha metido. Sus palabras son solo ruido, llenas de traición.

— Emma, escucha — me dice Kate, pero no puedo.

¿Cómo pudo ser parte de todo este embrollo? ¿Ser parte del peligro para Alina, para mí y para los hombres de la Bratva? Estoy tan enfadada y conmocionada.

— ¿Escuchar qué, Kate? ¿Que has estado engañándome todo este tiempo? — Mi voz es temblorosa, llena de dolor y de rabia.

Kate ni siquiera puede mirarme. Se siente culpable.

— Es complicado, Emma. Hay más cosas que no sabes.

Sacudo la cabeza. — ¿Más? ¿Más mentiras, quieres decir?

Justo entonces, Maria se acerca, con ojos suplicantes. — Emma, tienes que escucharnos, por favor. Por nosotras. Por Alina. — Su voz es suave, casi desesperada.

Pero no puedo soportarlo más. Aparto el brazo de su agarre y me dirijo hacia la puerta, sintiendo una tormenta de emociones. Las lágrimas me nublan la vista cuando empujo la puerta y salgo a la fría noche.

Afuera, la calle está poco iluminada, el cielo cubierto de nubes grises y tormentosas, respiro hondo, intentando calmarme. Pero entonces oigo pasos detrás de mí y, antes de que pueda voltear para ver quién es, me agarran por detrás y me arrastran hasta un callejón.

Intento gritar, pero una mano me tapa la boca y ahoga mis gritos.

Y entonces, una voz familiar me susurra al oído. — Shh, Emma. Soy yo.

Siento un gran alivio cuando me doy cuenta de que es Aleksandr. — Gracias a Dios que estás aquí — exhalo, con el cuerpo aún temblando.

Aleksandr aparta la mano de mi boca, pero me sujeta con más fuerza el brazo.

— ¿Estás bien? — pregunta con voz preocupada.

Asiento con la cabeza, aún intentando recuperar el aliento. — Lo estaré. Solo necesito un minuto.

Aleksandr da un paso atrás y me mira de arriba abajo. — ¿Qué ha pasado ahí dentro?

Sacudo la cabeza, sintiendo que el dolor y la rabia vuelven a surgir. — Es complicado.

Aleksandr me estudia un momento antes de soltar un fuerte suspiro. — De acuerdo, pero tenemos que salir de aquí. No es seguro.

Asiento con la cabeza, dándome cuenta de que tiene razón. Empezamos a caminar por el callejón, con el brazo aún firmemente sujeto por Aleksandr. Lo miro, intentando leer su expresión en la penumbra del callejón. Su expresión es dura y decidida, pero hay un brillo de preocupación en sus ojos que me reconforta un poco.

Al girar en una calle concurrida, Aleksandr sigue sujetándome con fuerza mientras avanzamos entre la multitud. Aún no he olvidado todo lo que ha pasado y no puedo deshacerme del sentimiento de traición de Kate.

— ¿Estás herida? — me pregunta con voz grave y urgente.

Niego con la cabeza. — No, estoy bien. Pero tenemos que irnos. Kate, mi hermana, está metida en todo esto. Y ya ni siquiera sé qué es «esto».

Aleksandr asiente, con expresión grave. Me acerca a él y me aleja de la confusión que Kate ha traído a mi vida.

— ¿Adónde vamos? — pregunto finalmente, rompiendo el silencio entre nosotros.

Aleksandr no responde de inmediato, sino que hace una pausa y voltea hacia mí. — Vamos a un lugar seguro — dice finalmente.

Frunzo el ceño ante su vaga respuesta. — ¿Y dónde es eso?

Sacude la cabeza. — No puedo decírtelo aún.

Mi confusión se convierte en frustración ante sus evasivas. — ¿Qué quieres decir con que no puedes decírmelo? Dijiste que me mantendrías a salvo, ¿y ahora no puedes decirme adónde vamos?

— Emma, te prometo que te mantendré a salvo. Pero ahora mismo no es seguro que sepas adónde vamos — explica Aleksandr, con voz suave pero firme.

Abro la boca para protestar, pero su mirada decidida me detiene. No va a ceder. Así que asiento con la cabeza, resignándome ante su decisión.

Seguimos caminando en silencio, rodeados por el bullicio de la calle. Mi mente aún se arremolina con preguntas y confusión, pero no puedo negar el consuelo de tener a Aleksandr a mi lado.

Finalmente, llegamos a un edificio anodino y Aleksandr me conduce al interior. El interior está poco iluminado, pero puedo distinguir una acogedora sala de estar.

— Aquí estaremos seguros — me dice Aleksandr mientras me lleva hacia el sofá. — Creo que deberías descansar un poco.

Me dejo caer en el sofá, sintiendo que el agotamiento me golpea de golpe. Toda esta situación ha sido tan abrumadora que no sé cuánto más podré soportar.

— Emma, ¿te han hecho daño? — me pregunta, sentándose a mi lado.

Sacudo la cabeza y siento que se me saltan las lágrimas. — No, no me han hecho daño. Es solo que, bueno, todo está hecho un lío.

Aleksandr me pasa el brazo por los hombros y me acerca a él. Me inclino hacia su calor, sintiéndome segura por primera vez en lo que parece una eternidad.

— Cuéntamelo todo — me dice.

Respiro hondo para ordenar mis pensamientos. — De acuerdo, este es el asunto. Maria es la madre de Alina. Le contó todo esto a Kate porque son íntimas. Y Kate le prometió a Maria que Alina estaría a salvo. Incluso consiguieron que me contrataran como niñera a través de su asistente Grace, para vigilar a Alina y recabar información.

Hago una pausa, intentando dar sentido a la enmarañada red. — Pero hay más. Maria y Kate son amigas desde la universidad y ahora dirigen Madden's, el salón de belleza. Todo es una tapadera para blanquear dinero.

El apretón de Alex se intensifica, un estímulo silencioso para continuar.

— Kate presentó a Maria a su padre, Michael Madden. Ellos se enamoraron, lo que hizo que Maria olvidara a Sergey. Pero Sergey mantenía a Alina alejada de ella, intentando forzar a Maria para que volviera con él.

Siento un nudo en la garganta mientras continúo. — Maria hizo un trato con Sergey. Que volvería con él solo si traicionaba a la Bratva. Él lo hizo, y entonces murió. Todo formaba parte de su plan. Pero lo que no esperaba era que la Bratva se llevara a Alina. Y ahora, la única forma de recuperar a Alina es a través de mí.

La expresión de Aleksandr es una mezcla de sorpresa y contemplación que refleja la gravedad de la situación. Sus ojos son duros, con una resolución de acero mientras procesa la revelación.

Está claro que esta red de engaño y manipulación es más profunda de lo que ninguno de nosotros imaginaba, y no puedo evitar preguntarme cómo atravesaremos este traicionero camino.

Aleksandr se inclina, su voz firme pero tranquilizadora. — Lo resolveremos.

— ¿Cómo? — Mi voz es una mezcla de desesperación y confusión.

— No lo sé, pero no van a recuperar a Alina. — Su determinación es clara.

— ¿Por qué no? Es su madre. — Argumento, sintiéndome desgarrada.

El rostro de Aleksandr se endurece, sus ojos reflejan una profunda determinación. — Son nuestros enemigos, Emma. Mataron a nuestros hombres. ¿Qué esperas que haga?

Me estremezco ante la intensidad de su voz, pero sé que tiene razón. No puedo negar la lealtad y el deber que siento hacia sus hermanos de la Bratva. Pero tampoco puedo ignorar las emociones contradictorias que siento ante esta situación. Alina es una niña inocente atrapada en todo esto, y no quiero que sufra por los errores de su madre.

— Pero ¿y Kate? — le pregunto en voz baja, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre mis hombros. — ¿Qué pasará con ella?

La dura expresión de Aleksandr se suaviza al mirarme, y su mano me acaricia suavemente la mejilla. — Ella eligió su bando cuando se volvió contra nosotros. Pariente o no, ahora es nuestra enemiga.

— ¡No, Aleksandr, no puedes hacerle daño! — Le suplico, la idea de que le hagan daño a mi hermana, a pesar de todo, es insoportable.

Los ojos de Aleksandr buscan los míos, buscando una comprensión que me cuesta proporcionar.

— ¡Podría haberte hecho daño, Emma! No puedo dejar que nadie lastime a alguien que me pertenece.

Sus palabras me producen un escalofrío y no puedo negar la mezcla de emociones que se agitan en mi interior. Por un lado, comprendo su necesidad de protegerme y de mantener a salvo a la Bratva. Pero, por otro, no puedo evitar sentirme incómoda ante la idea de hacerle daño a mi propia hermana.

— Pero ¿no podemos encontrar otra manera? ¿Algo que no implique hacerle daño? — pregunto, con la esperanza de llegar a un acuerdo.

Aleksandr duda un momento antes de hablar. — Veré qué se puede hacer. Pero la traición tiene consecuencias, Emma. Kate sabía en lo que se metía cuando se alió con nuestros enemigos.

Asiento lentamente, sintiendo el peso de sus palabras. Está claro que esta situación no se resolverá fácilmente, pero confío en que Aleksandr haga lo necesario para mantenernos a salvo.

De repente, la tensión en el aire cambia y Aleksandr se inclina hacia mí, rozándome el cuello con los labios. Jadeo ante la repentina sensación, el calor me recorre mientras sus manos se dirigen a mi cintura.

Sus acciones me toman desprevenida, pero no me resisto cuando los labios de Aleksandr bajan hasta mi clavícula. Mis dedos se enredan en su cabello y tiran de él para que se acerque mientras nos perdemos en el momento.

Todo lo demás se desvanece cuando el cuerpo de Aleksandr se aprieta contra el mío, con la respiración agitada de deseo.

— Haces que sea difícil concentrarse en otra cosa — murmura contra mi piel.

Solo puedo responder con un gemido mientras me besa ardientemente el pecho y sus manos me desabrochan los botones de la blusa.

La intensidad de su tacto enciende un fuego en mi interior, y me encuentro cediendo ante el placer que me está proporcionando.

En este momento, no hay enemigos ni peligro. Solo estamos él y yo.

Pero entonces se abre la puerta. Es Dmitri.

— Tenemos que irnos.

Los ojos de Aleksandr parpadean con una mezcla de fastidio y urgencia mientras mira a Dmitri.

— ¿No puede esperar?

— No. No puede — responde Dmitri, y puedo ver un rastro de celos en sus ojos.

A Aleksandr se le tuerce la mandíbula, pero consigue ocultar su irritación mientras se aleja de

mí. — Seguiremos con esto más tarde.

Lo miro suplicante, pero se limita a ignorarme mientras se acerca a Dmitri. Suelto un suspiro de frustración, volviendo a abrocharme los botones de la blusa mientras sigo a los dos hombres fuera del edificio.

— ¿Dónde está Nikolai? — pregunto, con una pizca de preocupación en mi voz. — ¿Y Alina?

Dmitri responde con expresión seria. — Nikolai se llevó a Alina. Nos reuniremos con ellos lejos de aquí.

— ¿Para qué? — presiono, tratando de comprender el panorama completo.

Me mira con ojos firmes. — Para hablar — responde simplemente.

Cuando subimos al coche, Aleksandr toma el volante mientras Dmitri y yo nos acomodamos en el asiento trasero. Las luces de la ciudad pasan borrosas, creando una sensación de desorientación. Me doy cuenta de que no llevo el móvil, lo había tirado antes para evitar que me rastreen. Empieza a invadirme una oleada de pánico; estoy desconectada, insegura de nuestro destino.

Dmitri parece percibir mi inquietud. Me pone la mano en el muslo, un gesto reconfortante y posesivo al mismo tiempo. Su tacto es firme y me tranquiliza ante mis pensamientos.

— Hey, tranquila — me susurra al oído.

Me deslizo más cerca de él, mi cuerpo anhela más de su tacto.

— ¿Sí? — respondo gatunamente.

Su mano me aprieta el muslo y sus labios se curvan en una mueca. — Lo sabes.

Dmitri sonrío ante mi burla antes de voltear para mirar hacia delante. Me muerdo el labio cuando la mano de Dmitri se desliza por mi muslo hasta rozarme las bragas. Se me cierran los ojos cuando empieza a acariciarme con pericia a través de la fina tela de mi ropa interior. La sensación es embriagadora, y no tardo en caer en un abismo de placer.

Mis bragas están empapadas de deseo mientras Dmitri se burla de mí, frotando pequeños patrones contra mi clítoris antes de apartarse de nuevo. Sonríe con complicidad y yo gimo ruidosamente, con la cabeza inclinada hacia atrás por el placer.

— Relájate — me dice. — Yo cuidaré de ti.

Sus hábiles dedos siguen manipulando mi sensible clítoris, hasta que ya no sé dónde acabo yo y dónde empieza él.

Intento dejar de gemir en voz alta, sabiendo que Aleksandr solo tiene que mirar en el espejo para vernos. Pero a Dmitri no le importa, y su tacto es tan hábil que los movimientos más sencillos me resultan excitantes y provocadores.

— Umm — gimo, respirando con dificultad mientras Dmitri desliza sus dedos dentro de mi ropa interior.

Una simple caricia me sumerge en un mar de placer, olas de éxtasis orgásmico me consumen.

Seguimos así unos instantes más hasta que la mano de Dmitri se retira, dejándome a su paso sin aliento y satisfecha.

Me enderezo en el asiento, intentando actuar con normalidad a pesar de mi ropa interior empapada. Aleksandr no ha dicho ni una palabra, pero puedo ver sus ojos moviéndose alternativamente entre el retrovisor y los míos.

Parece molesto, frustrado por algo, seguramente por lo mucho que Dmitri y yo hemos estado liándonos los últimos días. Su mirada es cortante mientras me observa removerme inquieta en mi asiento. Sé que está furioso, pero antes de que pueda decir nada, dobla una esquina a toda velocidad y se detiene frente a un viejo almacén.

— Vamos — gruñe, abriendo la puerta y saliendo furioso del coche.

Me apresuro a seguirlo, repentinamente preocupada. Siguiendo a Aleksandr hasta la entrada del almacén, mi aprensión se disipa cuando Nikolai sale corriendo del edificio hacia Aleksandr.

— Está hecho — dice Nikolai, y atrae a su amigo en un abrazo varonil.

Cuando por fin se separan, me doy cuenta de lo diferente que está Aleksandr. Hay una suavidad en él cuando mira a su hermano con orgullo y amor.

— Bien. ¿Dónde está? — pregunta en voz baja, con la cara oscilando entre la entrada del edificio y la cara de Nikolai.

— Adentro — Nikolai me mira brevemente antes de dirigirle una intensa mirada a Aleksandr. — Ella quiere hablar.

Capítulo 23: Sin trucos

Nikolai

— Esto es una maldita ridiculez. — Gruño, mirando a Kate, la hermana de Emma, que está atada a la silla.

Es tan testaruda como ella sola, más callada que una tumba. Emma está afuera, y lo está complicando todo.

— Ella sigue sin decir nada — digo, frustrado. — No diré nada a menos que vea a Emma.

Aleksandr se pasea como una fiera enjaulada. — No puedo creer que estemos siendo manipulados por su silencio.

Dmitri simplemente se queda mirando, reflexionando. — Traer a Emma aquí, podría agitar las cosas. Pero es un maldito riesgo.

— Es más que un riesgo — le respondo. — Es meter a Emma aún más en nuestro lío. Y más peligroso.

Aleksandr se pone más nervioso. — Entonces, ¿simplemente seguimos sus reglas ahora?

Los ojos de Dmitri son como el acero. — Cambiamos el juego. Emma viene. Pero nosotros tomamos el mando.

Asiento con la cabeza, pensando rápidamente. — De acuerdo. Pero nos aseguraremos de tener el control.

Si fuera por nosotros, si Emma no fuera tan importante para nosotros, ella ya estaría muerta. Pero no podemos hacerle eso. Llevamos a Emma a la habitación con Kate.

Aleksandr da una última calada a su cigarro, exhala lentamente y lo apaga. Salimos del edificio y

subimos al coche. Es hora de escuchar finalmente lo que las hermanas tienen para decirse. Saco el dispositivo de escucha del bolsillo y me pongo a escuchar.

— ¿Así que ahora eres uno de ellos, Emma? — se escucha la voz de Kate.

— Y tú uno de ellos — replica Emma.

Su voz es firme, pero hay un toque de nerviosismo en ella.

— No sabes nada, Emma. Nada acerca de por qué está pasando todo esto. Y estás dispuesta a dejar que maten a tu hermana por ello.

— ¡No es como si me hubieras dado otra alternativa! No tenía ni idea de todo esto. Y tú eres quien me puso aquí. Tú eres la responsable de esto, no yo. — La voz de Emma se eleva, furiosa y desafiante.

Escuchar a Emma tan feroz, tan independiente, remueve algo dentro de mí. Ahora mismo no necesita nuestra protección. Casi sonrío, sintiendo orgullo por su fuerza.

Entonces Emma continúa. — Tienes que decirme dónde está Maria, y te dejarán ir, Kate.

— ¿Qué van a hacer con Maria? — la voz de Kate tiembla ligeramente.

— ¡Ya sabes qué! — dice Emma, con una pizca de frialdad en su tono.

— ¡No! No puedes dejar que eso suceda. ¡Lo único que ella quería era recuperar a su maldita hija! La hija del padre al que mataron. — La voz de Kate es una mezcla de desesperación y rabia.

La voz de Emma corta la tensión. — ¡Estás actuando como si Maria fuera inocente! Ella es la razón por la que Sergey esté muerto, ¿cierto?

Kate no responde inmediatamente. El silencio es revelador. ¿Podría ser? Nosotros matamos a Sergey, pero ¿podría haber sido esto el juego de Maria todo el tiempo?

Finalmente, Kate exhala pesadamente antes de hablar. — Maria, cuando la conocí, era un desastre. Un completo desastre. Estaba embarazada de Alina y seguía con Sergey. Luego dio a luz y todo cambió, Emma. Maria tuvo que dejarlo, pero Sergey no la dejó quedarse con la niña.

El tono de Emma es incrédulo. — Entonces, ella vino a ti, pidiéndote ayuda. Y la dejaste casarse con tu padre, ¿eh? ¿Tienes idea de lo turbio que es esto, Kate?

La voz de Kate está teñida de resignación. — No tenía otra opción. Miren, sé que me están escuchando — dice, dirigiéndose claramente a nosotros. — Dejen que Alina se vaya. Y cada uno por su lado. Alina quiere a su madre, y su madre quiere a su hija.

Las cosas nunca son tan sencillas. Me encuentro deseando, solo por un momento, que lo fueran. Pienso en Dmitri y Aleksandr en el coche, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Dmitri, inmóvil como una estatua, Aleksandr, casi al final de su paquete de Marlboro, mirando por la ventanilla, tan difícil de interpretar como siempre.

Hubo un tiempo en que la vida era más sencilla, menos enredada en la maraña de engaños y juegos de poder.

De repente, Dmitri abre la puerta del coche y sale a tomar el aire. Sus movimientos son deliberados.

Lo veo apoyarse en el coche, mirando al cielo, quizá buscando un momento de paz en medio del caos. Y ahí está Aleksandr, con la mirada fija ahora en el cigarro encendido que tiene entre los dedos, como si contuviera alguna respuesta al dilema al que nos enfrentamos.

Es como si todos nos detuviéramos un momento, respiráramos, y nos preguntáramos en silencio cómo demonios hemos acabado aquí. No éramos más que unos tipos duros buscando salir adelante, atrapados en las decisiones de otras personas. Ahora estamos luchando con las decisiones de otros y con sus vidas en nuestras manos. ¿Dónde acabará? Nadie puede saberlo.

— Bien, Emma, tú ganas. — La voz de Kate rompe de repente el silencio. — Te diré dónde está Maria.

Emma hace una pausa antes de responder. — ¿Sin trucos?

Kate exhala con fuerza al otro lado de la línea. — Sin trucos.

Capítulo 24: Sin promesas

Emma

He perdido la noción del tiempo. Me parece que han pasado horas desde la última vez que vi el interior de aquella habitación, donde mi hermana Kate estaba atada a una silla y su destino pendía de un hilo. Ahora estoy de vuelta en mi propio espacio, una habitación pequeña y anodina que me han proporcionado los de la Bratva. Han pasado dos días desde aquel intenso enfrentamiento, y el peso de todo lo que he vivido aún sigue recayendo sobre mí.

Me siento en el borde de la cama y mi mente repite los acontecimientos. La súplica desesperada de Kate por la libertad de Alina, la revelación de la manipulación de Maria y la muerte de Sergey, todo es una maraña en la que estoy atrapada. No puedo evitar tener la sensación de ser un peón en un juego mucho más grande que yo.

La puerta chirría al abrirse y alzo la vista para ver entrar a Aleksandr. Su presencia me reconforta, pero también me recuerda el complejo mundo del que formo parte.

— ¿Cómo estás?

Logro esbozar una pequeña sonrisa de cansancio. — Son muchas cosas las que debo procesar. Nunca imaginé que mi vida daría un giro así.

Aleksandr se sienta a mi lado, su lenguaje corporal es abierto, invitándome a compartir más. — ¿Nunca se te ocurrió que tu familia podía ser capaz de cosas así? ¿Que había un lado oscuro que no conocías?

Siento el peso de esas palabras, la amargura en su tono. Ese es el problema con Aleksandr, no siempre puede contenerse. No tiene que decirlo, pero siento la acusación. Ahora soy parte de esta oscura familia. Algo que nunca había imaginado.

— ¿Qué te pasó, Aleksandr? ¿Qué te convirtió en este hombre de corazón tan frío?

Espero alguna protesta, algún intento para restarle importancia. Espero una broma o cualquier otra distracción.

En lugar de eso, me mira con dureza. — Tienes que hacer lo que sea necesario para sobrevivir, Emma. Esta vida no está llena de moral y nobleza. Ahora lo sabes.

Es la pura verdad sin adornos. — No es como esperaba que fuera mi vida —digo suavemente— y me está costando acostumbrarme.

Aleksandr asiente en señal de comprensión. — No es fácil, la transición a esta vida. Pero eres fuerte, Emma. Más fuerte de lo que crees.

Aparto la mirada, sintiendo que me invade una repentina oleada de emotividad. — No me siento fuerte — admito en voz baja.

Me pone una mano suave en el hombro, su tacto me tranquiliza. — Te enfrentaste a tu hermana, Emma. Te negaste a que siguiera manipulándote. Eso requiere de mucho valor.

Asiento lentamente, asimilando sus palabras. — No quiero ser como ellas, Aleksandr. No quiero ser despiadada y fría.

— No lo serás — dice con firmeza.

Me da un beso en la mejilla. — Pronto dejaremos ir a Alina — me revela.

— ¿Qué? ¿Cómo? — Estoy sorprendida, confundida.

Aleksandr explica. — Es nuestra forma de hacer las paces. Una tregua con Frostbite.

No puedo evitar sonreír. — Voy a echar de menos a esa niña.

Me mira, con una pizca de sentimiento en los ojos. — Yo también lo haré.

— ¿Eso significa que ya no me necesitas? — la pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla.

Me mira con una sonrisa socarrona en los labios. — ¿Estás bromeando? Apenas estás empezando, Emma. Hay tanto que puedes hacer. Tanto que podemos hacer juntos.

Sus palabras me emocionan, me dan una sensación de pertenencia que nunca había sentido.

— ¿Qué tienes en mente?

Se inclina más hacia mí, su voz baja y sugerente. — Dmitri y Nikolai están afuera ahora mismo.

Me da un suave beso en el cuello. Siento cómo el calor se extiende por mi cuerpo.

— ¿Y... ? — le pregunto.

— No pueden entrar aquí, a verte, pero quiero que te oigan.

— ¿Qué me oigan?

Las manos de Aleksandr se deslizan alrededor de mi cintura, acercándose más. — Quiero que te oigan gritar mi nombre. — Sus palabras son una promesa seductora, sus ojos se encuentran con los míos en una mirada ardiente.

Siento una oleada de deseo, la excitación crece en mi interior. Ceder ante la sugerencia de Aleksandr significaría abrazar por completo esta nueva vida y todo lo que conlleva.

Bueno, ¿por qué no? me digo. La vida es demasiado corta. Y ya he llegado hasta aquí.

Me inclino para darle un beso, mi cuerpo apretándose contra el suyo.

Cuando nuestros labios se juntan, Aleksandr me sube a su regazo y sus manos acarician mi cuerpo. Noto la dureza de su erección presionándome y siento escalofríos. Interrumpo el beso un momento para recuperar el aliento, pero Aleksandr no afloja. Me besa el cuello y me muerde la piel con los dientes.

— Dilo — me susurra al oído. — Diles a quién perteneces.

Sé lo que pretende. Quiere que grite su nombre y que Dmitri y Nikolai lo escuchen desde afuera. Es un juego peligroso, pero también excitante. Quiero esto tanto como él.

Giro la cabeza para mirarlo y él asiente, dándome permiso para soltarme.

Me inclino hacia atrás, arqueando el cuerpo mientras las manos de Aleksandr me recorren.

— ¡Aleksandr! — grito tan fuerte como puedo.

Me da otro beso abrasador y sus dedos se clavan en mi piel. No soy consciente de nada, excepto de las sensaciones que me recorren. Mi cuerpo se siente vivo y lleno de electricidad bajo sus caricias.

— Buena chica — susurra mientras sus labios recorren mi clavícula.

Su aliento me calienta la piel.

Me meto la mano por detrás y me desabrocho el vestido, sintiendo cómo la tela se desliza hacia abajo y deja al descubierto mi sujetador y mis bragas.

Oigo las botas de Nikolai paseándose de un lado a otro, impaciente por entrar. La idea de que puedan escucharme me excita aún más, y aprieto una mano contra la entrepierna de Aleksandr. Noto la dura forma de su hombría apretándose contra sus pantalones, suplicando que la libere. Gime cuando me froto contra él, tratando en vano de contenerse.

— ¿Qué más quieres? — gruñe. — Dímelo.

Empujo mis caderas contra su entrepierna, apretándome contra él con la poca fuerza que dispongo. — Quiero... que... — las palabras salen entre jadeos.

Aleksandr se baja al instante la cremallera y libera su gruesa hombría. Salta de la abertura de sus pantalones como si tuviera un resorte invisible, completamente erecto ante mí.

La visión me hace gemir con fuerza, y deslizo mis dedos por su miembro hasta la punta, provocándolo ligeramente antes de rodearlo por completo. Aprieto su pene con fuerza, sintiendo el calor palpitante de su carga.

No puedo creer que esto esté pasando, que esté a punto de llevar a cabo esta fantasía tabú mía. Lo deseo tanto ahora mismo. Necesito sentirlo dentro de mí. Que me llene con su hombría como

siempre he soñado.

Estoy desesperada por ello. Creo que ni siquiera me detendría si Aleksandr quisiera.

— ¿Quieres que te coja? — me pregunta con voz tranquila y teñida de lujuria.

Veó fuego en su mirada, un calor abrasador que me enciende dentro de mi propio cuerpo.

— Quiero que me uses — respondo en un susurro, cediendo ante mis ansias de placer salvaje y prohibido. — Hazme lo que quieras.

— Ponte boca abajo — me ordena.

Siento como si estuviera teniendo una experiencia extracorpórea, como si me mirara desde arriba y me viera obedecer todas las órdenes de Aleksandr.

Mi cuerpo se mueve por sí solo mientras me tumbo boca abajo. Me siento extraña y vulnerable con el trasero al aire y los brazos apoyados junto a mí.

— Bájate las bragas — dice detrás de mí.

Me trago un grueso nudo en la garganta mientras deslizo mis bragas hacia abajo.

En cuanto la tela deja libre mi coño, el aire frío recorre mis pliegues húmedos, haciéndome estremecer. Hay algo en la voz de Aleksandr que me hace palpar de necesidad, que me hace desear que me coja.

— Abre bien las piernas para mí — murmura, su voz viene de arriba.

Siento cómo sus dedos rozan mi piel, recorren mis muslos y mi trasero. Un pequeño gemido se escapa de mi garganta mientras sus manos recorren cada centímetro de mi cuerpo, su tacto es ligero pero firme.

Con una mano, separa el contorno de mi trasero para que pueda ver todo lo que tiene delante. Siento otra oleada de excitación al verme así expuesta.

Me siento vulnerable y abierta de par en par, tan preparada para que su gruesa hombría me llene.

Siento un dedo rozándome el coño desde atrás, que me hace estremecer, y no puedo evitar gemir ante el suave contacto. Aleksandr no es tímido en absoluto cuando se trata de mí, y sus manos recorren libremente cada centímetro de mi cuerpo. Es casi como si ya me hubiera hecho esto antes.

Mi coño palpita bajo sus caricias, y me deja empapada.

Finalmente llega el momento que ambos sabemos que se avecina. Sus gruesos dedos recorren un camino hacia arriba, acumulando humedad antes de hundirse profundamente en mí. Los enrosca hacia arriba para tocarme el punto G, y todo mi cuerpo se estremece con una sacudida de placer que me recorre como electricidad.

— ¡Mierda! — Resoplo con fuerza, con los ojos entrecerrados por la creciente presión que se acumula en mi interior.

Sus manos siguen su camino juguetón, removiéndome las entrañas y volviéndome loca de deseo por su enorme hombría.

Me rodea con la otra mano para jugar con mi clítoris sin dejar de penetrarme a toda velocidad con dos dedos. Me retuerzo contra él, desesperada por su hombría mientras me da placer con la mano.

— Quiero que oigan cómo te corres sobre mis dedos. Quiero que me oigan poseerte.

Sus palabras, pronunciadas al oído con su acento sexy, apenas son más que un susurro, pero son más que suficientes para llevarme al límite.

En cuestión de segundos, grito el nombre de Aleksandr mientras me corro sobre sus dedos. Parece una eternidad, mi orgasmo dura más que ninguno de los que he experimentado antes.

Todo mi cuerpo se siente débil mientras mis jadeos llenan el aire que nos rodea.

Me da la vuelta y me tumba boca arriba. Se cierne sobre mí.

— ¿Estás lista para mí? — me pregunta, frotando su hombría entre los labios de mi coño.

— Sí.

No me hace esperar y desliza su hombría dentro de mí.

Me penetra completamente de un solo empujón, hundiendo cada centímetro de su enorme longitud en mi coño. Le rodeo los hombros con los brazos y le muerdo el pecho por el placer de sentirme penetrada por él. Noto su respiración agitada en mis labios mientras me penetra, sin poder adentrarse más.

— No sé cuánto tiempo podré ir despacio — me susurra al oído.

Su voz está cargada de lujuria. — Me haces sentir tan bien, demasiado bien, maldición.

No quiero que se contenga. Quiero todo lo que tiene para darme. Sé lo fuerte que es Aleksandr, y quiero que lo use todo conmigo.

— Por favor — es lo único que consigo decir, un gruñido se me escapa mientras mis manos recorren su cuerpo sin rumbo.

Mis caderas chocan con las suyas, animándolo a que me coja más fuerte, más rápido. — Cógeme.

Él responde sujetándome el trasero con fuerza y penetrándome con brusquedad, llegando a los puntos más profundos de mi interior. Baja la cabeza para besarme y mordisquearme el cuello mientras me coge.

Ya me empieza a doler el coño, y el placer es más intenso que nunca. La necesidad de liberación que me recorre es intensa, casi dolorosa. Se separa de mi cuello un segundo para recuperar la compostura.

— ¡Qué rica estás! — me susurra, besándome con fuerza e introduciéndose aún más dentro de mí.

El efecto que produce en mi cuerpo no se parece a nada que haya experimentado antes. El pánico empieza a apoderarse de mí cuando el familiar cosquilleo se extiende por mis entrañas. Ya estoy

a punto de correrme, pero hago todo lo posible por aguantar. Quiero que también se corra, que sepa lo que es experimentar el mismo tipo de placer que él me produce.

Necesito que se corra al menos una vez antes de que llegue al límite.

Intento rodearlo con las piernas, pero él las levanta y las pone sobre sus hombros. Esta posición le da más ventaja que nunca.

— Estoy tan cerca. Por favor — le suplico, pendiendo de un hilo antes de sentir la fuerza imparable de mi orgasmo creciendo en mi interior.

Mi cuerpo se tensa lo suficiente para indicar que estoy a punto de correrme. Justo cuando el primer estremecimiento placentero me recorre de pies a cabeza, su dura hombría se hincha aún más dentro de mí antes de salirse y correrse en todo mi bajo vientre.

Siento que me besa ligeramente la mejilla antes de tumbarse a mi lado en la cama.

— Ha sido maravilloso — le digo.

Es lo único que se me ocurre decir después de semejante experiencia. Aleksandr no responde verbalmente, solo se limita a acercarme más a él.

— Necesito ducharme — le digo.

Levanta una ceja y en sus labios se dibuja una sonrisa. — ¿Quieres compañía?

Me río, negando con la cabeza. — Creo que puedo arreglármelas sola — respondo, fingiendo seriedad.

Mientras me dirijo al baño, lo oigo gritar. — ¡No te gastes toda el agua caliente!

Me río entre dientes y respondo. — ¡No te prometo nada!

Capítulo 25: Adiós

Dmitri

Ha pasado una semana desde que todo se calmó, es la última noche de Alina aquí. No puedo decir que no echaré de menos a la niña. Ella ha sido un rayo de luz en nuestro mundo a veces demasiado oscuro. Pero, hay un lado positivo, Emma se queda con nosotros. Oh, me alegro de eso.

Emma está asumiendo el papel de asistente que tenía Grace, y actúa como si ya dirigiera todo el lugar. Y, para ser honesto, lo hace, a su manera. Ella tiene un don para suavizar las asperezas, dándole sentido a nuestro caos.

Es de noche y estamos todos en la sala de nuestra gran casa.

Ahora se siente una especie de paz, una apariencia de normalidad, si es que se puede llamar normal a algo en nuestras vidas. Es el tipo de calma que se siente después de meses de incertidumbre, un respiro de esa vigilancia constante que se tiene en nuestro mundo.

Estamos aquí los cuatro: Aleksandr, Nikolai, Emma y yo.

Emma toma el vaso de vodka de la mano de Nikolai.

— Este es el tercero. Es suficiente.

Se encoge de hombros. — Apenas estaba empezando, querida.

Se bebe el vodka y deja el vaso en la mesa, junto a los míos y los de Aleksandr.

— No puedo seguirles el ritmo — dice sonriendo dulcemente.

Las palabras de Emma me arrancan una risita. — ¿Intentas seguirle el ritmo a Nikolai en la bebida? Buena suerte con eso.

Nikolai le lanza una mirada juguetona y burlona. — Oye, soy una buena influencia.

Aleksandr, que ha estado observando en silencio desde su silla, añade con una sonrisa burlona. — Sí, una buena influencia sobre cómo vaciar una botella en tiempo récord.

Emma se ríe, con un sonido ligero y despreocupado. — Debería haberlo sabido; que no puedo desafiar a un ruso a un concurso de bebidas.

Me inclino más hacia ella, bajando la voz hasta un susurro burlón. — Hay otros concursos en los que te iría mejor.

Levanta una ceja, con una pizca de picardía en los ojos. — ¿Ah? ¿Cómo cuáles?

Miro a Aleksandr y a Nikolai, que nos observan con divertido interés. — Como, por ejemplo, quién consigue volver locos a los demás primero — sugiero, en el doble sentido, claro.

Nikolai sonríe, reclinándose en su asiento. — Ese es un juego que me gustaría ver.

— No estoy segura de que sea un juego limpio — dice, sacudiendo la cabeza con fingida seriedad.

La respuesta de Emma nos arranca una carcajada.

— ¿Por qué no? — pregunto, siguiéndole el juego.

Deja que su mirada se desplace de mis ojos a mis labios, con un brillo juguetón en los ojos. — Porque son tres contra uno.

Nikolai se inclina, su tono burlonamente compasivo. — Oh, pobre Emma. Agobiada y superada en número — dice con una sonrisa.

Aleksandr se une, su voz suave y burlona. — Siempre podemos alternarnos, hacerlo más... manejable para ti.

Emma se ríe, con un sonido ligero y lleno de alegría. — ¿Manejable? Creo que son ustedes los que deberían estar preocupados. Puede que los sorprenda.

Sus palabras provocan un reto juguetón en el aire, cada uno de nosotros ansioso por estar a la altura de las circunstancias. Es un juego de ingenio y coqueteo, un baile de palabras y miradas que no hace más que aumentar la expectación por lo que nos depara la noche.

Me acerco más a Emma, susurrándole al oído. — Aceptamos tu reto, pero recuerda que tú lo pediste.

Se muerde los labios, con una mirada juguetona en los ojos. — No les tengo miedo — dice.

Respondo besándole suavemente el cuello, dejando que mi lengua trace lentos y sensuales círculos alrededor de su suave piel mientras me aparto.

— Pues deberías.

Nikolai se ríe, un sonido profundo que resuena en la silenciosa habitación. — Parece que Dmitri ya está tomando la delantera en nuestro juego.

Aleksandr observa el intercambio con una sonrisa divertida en los labios. — La noche aún es joven — dice, con una chispa de competición juguetona en los ojos.

Emma se echa hacia atrás, con una sonrisa de confianza dibujándose en su rostro. — Vas a necesitar más que eso para asustarme — bromea.

El teléfono de Emma interrumpe el momento y su tono de llamada atraviesa la atmósfera de tensión.

Lo mira y levanta un dedo en señal de disculpa. — Lo siento, chicos, tengo que contestar. Es Zoe, mi mejor amiga.

Cuando Emma desaparece en la cocina, oigo fragmentos de su conversación con Zoe.

Su voz, aunque amortiguada por las puertas batientes, transmite tranquilidad. — Sí, sí, todo va genial, Zoe — dice.

Intento concentrarme en lo que dicen, curioso por descubrir el estado de Zoe. Por los fragmentos que logro captar, Zoe parece distraída, casi emocionada. Sus palabras son vagas, nada concreto,

pero hay un trasfondo de... algo. No puedo precisarlo, pero su tono sugiere que no está manteniendo una conversación casual.

El ruido de la puerta de la cocina al abrirse atrae mi atención.

Emma vuelve a entrar en la sala con expresión compungida. — Lo siento — dice, con una voz que deja entrever una mezcla de enfado y preocupación, típica cuando se trata de llamadas inesperadas o ligeramente molestas.

Se dirige a su dormitorio sin más explicaciones. Sus pasos son rápidos, lo que sugiere que podría necesitar unos minutos a solas después de la llamada.

Sigo a Emma hasta su habitación, sintiendo que algo no va bien.

La rodeo con mis brazos por detrás y le doy un suave beso en el cuello. — ¿Está todo bien? — Le pregunto en voz baja y preocupado.

Se apoya en mí y suelta un pequeño suspiro. — Zoe me dijo que a Kate le está yendo bien. Se mudó a Chicago y abrió su propio salón Madden.

Su voz tiene un matiz triste. — Deberías alegrarte por eso. ¿Por qué esa cara triste? — pregunto, tratando de entender.

Girando hacia mí, los ojos de Emma son una mezcla de tristeza y confusión. — La echo de menos, ¿sabes? Y no estoy segura de poder volver a confiar en ella.

La miro, intentando ofrecerle algo de consuelo. — Oye, hemos visto cosas peores en la Bratva. Lo superarás. Y puedes visitarla cuando quieras, ya sabes.

Sus ojos se iluminan un poco. — ¿En serio?

— Sí, claro — le digo con firmeza. — Es tu hermana. No estás atrapada aquí, Emma. Eres libre de verla, y tal vez de arreglar las cosas.

Emma se ríe, con un toque de humor en los ojos. — No me dejarías verla sin al menos una docena de guardias de seguridad.

No puedo evitar una sonrisa de satisfacción. — ¿Y qué quieres que te diga? Eres importante para mí, Emma. Para todos nosotros.

Le aparto un mechón de cabello de la cara. Me inclino y la beso suavemente. Emma sonríe y su humor se aligera visiblemente.

Cuando nos separamos, me da un codazo juguetón. — Sr. Protector, ¿eso significa que debo tener un guardaespaldas personal dondequiera que vaya? ¿Como una sombra?

Sonrío, siguiéndole el juego. — Solo si prometes no pisar sus talones. Todavía estamos entrenando a algunos de los nuevos.

Se ríe, con un brillo en los ojos. — Intentaré no hacerlo. Pero ¿y si tengo que ir a un sitio muy aburrido? ¿Como, por ejemplo, el supermercado?

— Oh, ¿el supermercado? Eso es territorio de alto riesgo. Nunca se sabe cuándo puede cruzarse en tu camino un carrito de compras — respondo con fingida seriedad.

Emma suelta una risita y se inclina hacia él. — ¿Y qué hay de las citas nocturnas? ¿Serás mi cita y mi guardaespaldas?

La rodeo con un brazo, acercándola. — Seré lo que necesites que sea. Cita, guardaespaldas, chef personal... lo que quieras.

Sus ojos se mueven divertidos. — Chef personal, ¿eh?

— Claro. Hago una cazuela de pollo muy buena.

Me planta un beso rápido en los labios. — De acuerdo, chef, te pondré a prueba.

Sonrío y le planto otro beso en el cuello, esta vez más insistente. Ella ronronea y se inclina hacia mí unos segundos antes de separarse.

— Tranquilo, chef — bromea, con un brillo travieso en los ojos. — Guarda algo de esa pasión para la cocina, ¿quieres?

Suelto una carcajada que me hace entrar en calor. — Oh, créeme, hay suficiente para todo. Pero

tengo que advertirte, mi cazuela puede que te conquiste.

Se ríe, el sonido es música para mis oídos. — Lo creeré cuando lo pruebe. Pero si es tan bueno como dices, quizás permita que me conquiste.

Sonrío, pero entonces recuerdo el importante momento que nos espera. — Antes de eso —digo suavemente, mi tono se vuelve un poco más serio— hay alguien de quien tienes que despedirte.

Su expresión se suaviza, la comprensión aparece inmediatamente en sus ojos. — Alina.

— Sí, Alina — confirmo, con voz suave. — Es su última noche aquí, y sé que querría despedirse de ti.

Emma asiente, una sonrisa agridulce cruza su rostro. — No puedo creer lo rápido que ha pasado el tiempo. Voy a echarla de menos.

Le pongo la mano en el hombro, ofreciéndole un apoyo silencioso. — Ella también te echará de menos, Emma. Has sido como una hermana mayor para ella.

Mientras caminamos hacia la habitación de Alina, Emma se detiene de repente y voltea hacia mí.

Sus ojos contienen una mezcla de determinación y vulnerabilidad. — Quiero hacer esto sola, ¿de acuerdo?

Comprendo la importancia de este momento para ella, la necesidad de una despedida personal con Alina.

Asiento con la cabeza y le dirijo una sonrisa tranquilizadora. — De acuerdo — acepto, respetando su deseo de privacidad en este momento tan tierno.

Emma me dedica una pequeña sonrisa de agradecimiento antes de darse la vuelta hacia la puerta de Alina, respirando hondo mientras se prepara para la despedida.

Capítulo 26: Un momento de paz

Emma

Entro en la habitación de Alina, donde sus juguetes están por todas partes. Se siente realmente pesado, de la manera que siempre lo es decir adiós.

— Hola, Alina.

Me ve y corre hacia mí, rodeándome con sus bracitos. — ¡Emma! — dice, abrazándome fuerte.

Me arrodillo para abrazarla. — Te voy a echar mucho de menos — le digo, esforzándome para no llorar.

Alina me mira, sin entender muy bien por qué tengo que dejarla. Sus grandes ojos están tristes.

Le pongo el cabello hacia atrás con suavidad. — Ahora vas a estar con tu madre. Ella te ha echado mucho de menos — le explico suavemente.

— ¿Emma queda? — pregunta Alina, esperanzada.

Esa pregunta realmente me afecta. — No puedo, cariño. Pero siempre estaré cerca si me necesitas, ¿está bien? — le digo, sonriéndole.

Jugamos con sus juguetes y seguimos charlando. Quiero recordar estos momentos.

Cuando llega la hora de despedirnos, la abrazo una vez más. — Pórtate bien con tu madre, ¿de acuerdo? Y recuerda que, Emma te quiere mucho.

Ella asiente, su pequeña mano se aferra a la mía. — ¿Jugamos una vez más? — pregunta con voz esperanzada.

No puedo negarme a su dulce petición. — Una vez más — acepto, con el corazón rebosante de amor por esta niña.

Nos sentamos junto a sus juguetes y dejo que elija el juego.

Toma sus muñecas favoritas y me da una. — Esta es la princesa Emma — me dice, dándome una muñeca con una gran sonrisa pintada.

— Y esta es la princesa Alina — digo, levantando otra muñeca. — Ellas se embarcan juntas en una aventura.

Alina suelta una risita. — ¡Van a la luna!

— ¡A la luna! — hago eco, levantando nuestras muñecas en el aire.

Hacemos como si voláramos por el espacio, haciendo silbidos y riéndonos cuando nuestras muñecas aterrizan en la luna, una pila de cojines.

Alina echa a volar su imaginación y yo la sigo. Exploramos cuevas lunares y conocemos simpáticos extraterrestres. Nuestras risas llenan la habitación y, por un momento, la tristeza de la despedida se desvanece, sustituida por la alegría del juego.

Solo cuando oímos un sonido suave levantamos la vista. En la puerta están Aleksandr, Nikolai y Dmitri. Nos han estado observando, con una mezcla de afecto y tristeza en sus ojos.

— Es hora de irnos, Emma — dice Aleksandr suavemente, su voz me devuelve a la realidad del momento.

Le doy un último abrazo a Alina, sintiendo una oleada de emoción mientras las lágrimas empiezan a nublarle la vista. Ella se aferra a mí y me rodea el cuello con sus pequeños brazos.

Dmitri se adelanta y toma con delicadeza la mano de Alina. — Vamos, pequeña — le dice amablemente.

Mientras se alejan, ya no puedo contener las lágrimas. Me corren por la cara, una mezcla de amor, pérdida y todo lo demás.

Aleksandr me rodea con sus brazos, dándome un fuerte y reconfortante abrazo. — Ahora todo estará bien, Emma — me susurra.

Me inclino hacia su abrazo, agradecida por el apoyo.

— Emma — la voz de Nikolai es suave, sacándome de mis pensamientos. — Queremos llevarte a un sitio.

Me doy cuenta de que llevo mucho tiempo parada frente a la habitación de Alina. Al levantar la vista, veo a Nikolai y a Dmitri esperándome.

— ¿Adónde? — pregunto, mi voz suena distante incluso para mis propios oídos.

Aleksandr me dirige una mirada amable. — Es una sorpresa — dice, con una sonrisa en la cara.

Dmitri nos dirige al garaje. Abre la puerta de un coche negro muy elegante. Lo reconozco de cuando fuimos a la cabaña.

— Sube — dice Dmitri, tan serio como siempre.

Nikolai conduce, llevándonos fuera de la ciudad. Pasamos por delante de muchos edificios y finalmente nos detenemos ante una enorme y lujosa mansión.

Aleksandr sale primero y me ofrece su mano para ayudarme a salir del coche. La tomo y lo sigo hasta la puerta principal de la mansión. El lugar es increíble: con grandes jardines alrededor y una apariencia tan tranquila.

— ¿Qué es este lugar? — No puedo evitar preguntar, mirando a mi alrededor con asombro.

Aleksandr voltea hacia mí, sus ojos reflejan la belleza de los jardines que nos rodean.

— Este es un lugar muy especial para nosotros — me explica. — Un lugar donde podemos relajarnos, lejos de la ciudad y de nuestros... asuntos habituales.

Mi corazón se acelera cuando atravesamos las grandes puertas de la mansión. El interior es aún más impresionante que el exterior. Suelos de mármol, elegantes obras de arte adornando las paredes y muebles de felpa.

Nikolai se une a nosotros y sus ojos se iluminan al ver mi reacción. — Pensamos que te gustaría estar aquí. Hacer un cambio de aire — me dice.

Dmitri cierra la puerta tras nosotros, su presencia me tranquiliza. — Aquí no hay peligro. Puedes bajar la guardia, Emma.

Miro a mi alrededor, intentando asimilarlo todo. Los altos techos, los refinados muebles, las obras de arte de las paredes... todo es tan abrumador, pero a la vez increíblemente hermoso.

— ¿Por qué estamos aquí? — pregunto.

Aleksandr me conduce a unas grandes puertas abiertas que dan a un exuberante jardín. — Para que veas que nuestra vida es mucho más de lo que has visto. Nosotros también tenemos nuestro momento de paz y armonía — dice suavemente.

Cuando entro al jardín, el aroma de las flores inunda el aire y el sonido de una fuente lejana toca una melodía relajante. Me doy cuenta de que están mostrándome una faceta diferente de su mundo, una que no solo tiene que ver con el poder y la supervivencia, sino también con la belleza y la tranquilidad.

Es un lado de ellos que no había visto antes, y me conmueve profundamente. Por un momento, me olvido de las complejidades de nuestras vidas, perdida en la serenidad de este paraíso escondido.

Mientras disfruto de la tranquilidad del jardín, suena mi teléfono. Lo saco y veo un mensaje de texto.

No tiene ningún número, solo un mensaje que dice. — Gracias, Emma. Por mantenerla a salvo.

Al instante, sé que es de Maria.

Sé que Maria no es inocente; eso lo sé. ¿Pero alejar a una hija de su madre? Eso no es algo que pueda permitir. En este mundo, la inocencia es un lujo que pocos pueden permitirse. Ni siquiera yo, ya no.

Dmitri, al notar el cambio en mi expresión, pregunta. — ¿Quién es?

Echo un vistazo al mensaje una vez más antes de guardarme el teléfono en el bolsillo.

— Nadie — respondo, sin querer ahondar en las complejidades del mensaje ahora mismo.

Entonces, en un intento de cambiar el humor, sugiero. — ¿Exploramos un poco más?

Epílogo

Emma

Me despierto con el ruido de las olas y el sol de la mañana asomando por las cortinas. Han pasado como dos meses desde que Alina se fue y desde la última vez que vi a mi hermana. La vida ha cambiado.

Ahora mismo, Dmitri, Aleksandr, Nikolai y yo estamos en una isla que compraron, un lugar solo para nosotros, para relajarnos y estar lejos de todo. Y déjame decirte que, es como el paraíso.

Estoy en la cama, en medio de los tres. La cama es enorme, como si necesitaras un mapa para encontrar la salida.

Dmitri está a un lado, siempre madrugador, ya medio despierto y mirándome con esos ojos que parecen saber lo que pienso. Aleksandr, al otro lado, sigue dormido, con el rostro apacible. Y Nikolai, bueno, está tendido en el extremo de la cama, ocupando más espacio que cualquiera.

Intento levantarme sin despertarlos, pero Dmitri me agarra la mano.

— Buenos días — me dice, con la voz todavía pesada por el sueño.

— Buenos días — le susurro sonriendo.

Aleksandr se remueve, murmurando algo sobre café, mientras Nikolai se limita a taparse la cabeza con una almohada, intentando bloquear la luz de la mañana.

Salgo al balcón con mi bata de seda y la hermosa vista del amanecer me deja sin aliento. El océano es una vasta extensión de azul resplandeciente, y el sol apenas se asoma por el horizonte, pintando el cielo de suaves tonos naranjas y rosas.

En ese momento suena mi teléfono con un mensaje de Maria. No ha dejado de enviarme una

actualización semanal junto con una foto de Alina. Se lo he contado a Dmitri, a Aleksandr y a Nikolai. Parecen indiferentes, o al menos eso es lo que me dicen. Pero creo que, en el fondo, les importa más de lo que aparentan.

Abro el último mensaje. Es una foto de Alina, con una sonrisa brillante y llena de alegría. Entonces me doy cuenta de que también hay un vídeo.

Reproduzco el video y ahí está Alina, sentada en el suelo rodeada de juguetes, con el cabello revuelto. Se ríe, su felicidad es contagiosa.

Maria dice algo en ruso y Alina voltea hacia la cámara. — Emma, te echo mucho de menos — exclama y saluda con la mano.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Está tan feliz, tan llena de vida. Verla así, saber que está con su madre y que se encuentra bien, me llena de una alegría un tanto agri dulce.

Me seco una lágrima y sonrío. Alina está donde debe estar y yo puedo formar parte de su vida, aunque sea desde lejos. Es un pensamiento reconfortante, un recordatorio de lo bueno que ha surgido de todo el caos. Mientras estoy allí, mirando hacia el mar, siento paz. Alina es feliz, y yo también, aquí, en este hermoso lugar, con gente que me quiere.

Aleksandr viene detrás de mí, su presencia es un consuelo cálido y familiar. Siento sus labios en mi cuello, un beso suave que me produce un agradable escalofrío. Su mano se posa suavemente en mi vientre y me estrecha contra él.

— ¿Dormiste bien? — me pregunta, su voz es un suave susurro contra mi oído.

— Sí — respondo, reclinándome contra él, disfrutando de la cercanía.

— Bien, porque iremos a nadar — dice, con un tono juguetón.

Giro hacia él y sonrío. — Es hora de poner en práctica lo que me enseñaste — le digo, refiriéndome a las clases de natación que me ha estado dando.

Se ríe, un sonido reconfortante y lleno de promesas. — Ya lo veremos.

Luego señala con la cabeza el dormitorio. — Tu bañador está encima de la cama — me dice, y cuando volteo para mirar, se quita la camiseta y deja al descubierto sus abdominales marcados.

No puedo evitar admirar la vista, y mientras me guiña un ojo, con una chispa juguetona en la mirada, se dirige escaleras abajo hacia el mar.

Me pongo rápidamente el bañador, tomo una toalla y me dirijo a la playa. Aleksandr ya está en el agua y su cuerpo brilla bajo el sol. No puedo evitar sentir una punzada de deseo al verlo adentrarse en el océano.

Nikolai se une a nosotros y, con su gran estatura, proyecta una sombra sobre mí cuando se coloca a mi lado en la playa.

— Buenos días, preciosa — me saluda con una sonrisa en los labios.

— Buenos días — respondo, sin saber qué decir.

A veces, estar con los tres me sigue pareciendo tan surrealista.

Dmitri no tarda en unirse a nosotros y su semblante sereno me tranquiliza de inmediato.

— ¿Vamos? — pregunta, señalando hacia el océano.

Todos nos zambullimos, el agua fría salpica nuestra piel. Aleksandr flota tranquilamente a mi lado, sin apartar los ojos de los míos. Nikolai nada a nuestro alrededor, mientras Dmitri se sumerge en las profundidades del océano, explorando debajo de nosotros.

Son momentos como estos los que me hacen sentir viva, libre del estrés de nuestro mundo y completamente inmersa en el ahora.

Mientras nadamos, no puedo dejar de admirar la forma en que sus músculos se flexionan bajo su piel. El agua es el escenario perfecto para exhibir sus cualidades físicas, y no puedo evitar sentir una punzada de excitación al pensar en lo que pueden hacer en la cama.

Cuando volvemos a la orilla, Aleksandr me levanta y me lleva en brazos hacia nuestras sillas de playa. Me deja suavemente en el suelo y me da una toalla, sin apartar la mirada mientras se seca.

Nikolai es el siguiente en salir del agua, con el cabello peinado hacia atrás y la piel brillante al sol. Siempre ha sido el loco del trío, impredecible y lleno de sorpresas.

No puedo evitar sentirme atraída por ese tipo de energía.

Dmitri es el último en salir, con el cabello mojado y despeinado, y tan serio como siempre. Pero ni siquiera él puede ignorar la atmósfera despreocupada de este paraíso en el que nos encontramos. Deja escapar una rara sonrisa, un gesto que parece un regalo.

Después de un día lleno de risas y chapuzones en el mar, la noche trae una nueva sorpresa. Los chicos me llevan a la playa y lo que veo me deja sin aliento. Han preparado una cena privada sobre la arena. El sol se está ocultando y lo cubre todo de un resplandor dorado.

Hay una mesa bajo un toldo, que parece sacada de una película. Hay farolillos y velas por todas partes, que desprenden una luz suave y romántica. Y la mesa está puesta con mis platos favoritos. Me conmueve el esfuerzo que han hecho, sabiendo exactamente todo lo que me gusta.

— Wow, chicos, esto es increíble — digo, con los ojos muy abiertos por el asombro.

Nikolai sonríe. — Espera a probar el postre. Dmitri se ha superado.

Dmitri se encoge de hombros, intentando parecer modesto, pero me doy cuenta de que realmente está complacido. — Algo sencillo — dice.

Aleksandr me acerca una silla. — Sencillo, pero perfecto — añade, dedicándome una cálida sonrisa.

Mientras nos acomodamos y empezamos a comer, la conversación fluye con facilidad. Nos contamos historias sobre nuestra infancia, momentos que nos han convertido en las personas que somos hoy.

Dmitri habla de sus días en el ejército, mientras que Nikolai habla de su época como piloto de carreras profesional. Aleksandr cuenta cómo creció en un pequeño pueblo de Rusia antes de convertirse en el hombre poderoso que es ahora.

En un momento dado, Nikolai intenta robarme una gamba del plato, pero me apresuro a apartarle la mano de un manotazo.

— Búscate las tuyas — me río.

Dmitri levanta una ceja, con un reto juguetón en sus ojos. — Apuesto a que puedo adivinar tu parte favorita de la comida.

Me echo hacia atrás, divertida. — ¿Ah, sí? A ver si adivinas.

Me mira con picardía. — No son las gambas, ni la pasta. Es el pastel de chocolate.

No puedo evitar reírme, impresionada y ligeramente sorprendida por su precisión. — Me has descubierto. No puedo resistirme a un buen pastel de chocolate.

Nikolai interviene con una sonrisa socarrona. — Bueno, para mí, lo más importante son las bebidas. Este vino es de primera.

Aleksandr asiente. — Nikolai y su buen gusto por el vino. ¿Recuerdas esa vez que casi lloró cuando se rompió aquella botella tan rara?

Dmitri se ríe, sumándose a la risa. — Oh, lo recuerdo. Lo lloró como a un amigo perdido.

Nikolai pone los ojos en blanco, pero no puede ocultar su sonrisa. — Era una linda botella. Es que no saben apreciar las cosas finas.

Me burlo de él. — ¿Como tu colección de camisas hawaianas? ¿Como esas «cosas finas»?

Se hace el ofendido. — Oye, esas camisas son clásicas. No estás preparado para ese nivel de estilo.

Dmitri sacude la cabeza, todavía riendo. — Claro, Nik. Lo siguiente serán los pantalones acampanados.

Aleksandr levanta su copa. — Por el sentido de la moda de Nikolai, que siempre sea único.

Todos nos reímos, chocando nuestras copas. — Por el sentido de la moda de Nikolai — nos

hacemos eco.

Las bromas continúan, ligeras y llenas de chistes personales. Aleksandr cuenta una anécdota sobre una desastrosa salida de pesca en la que Dmitri acabó pescando su propia camisa en lugar de a un pez.

Dmitri se defiende. — Ese pez era astuto, ¿de acuerdo? Fue una batalla de ingenio.

— Una batalla de ingenio con un pez. Claro, Dmitri. Te creemos — bromeo.

Nikolai añade riendo. — Un pez más listo que Dmitri. Eso sí que me gustaría haberlo visto.

La conversación gira hacia mí. — ¿Y Emma? ¿Algún talento secreto que debamos conocer? — pregunta Aleksandr, con los ojos brillantes de curiosidad.

Reflexiono un momento. — Bueno, puedo hacer un pastel de chocolate bastante bueno. Eso cuenta, ¿no?

Dmitri asiente con seriedad. — Absolutamente. Tu habilidad en la repostería podría traer la paz mundial.

Nikolai interviene. — O al menos paz en la Bratva.

Todos reímos de nuevo, el sonido mezclándose con la música y las olas.

A medida que avanza la velada, las estrellas brillan con más intensidad y el ambiente en torno a nuestra mesa se vuelve más íntimo. Todos estamos relajados, las risas y las bromas siguen fluyendo libremente.

Aleksandr se inclina hacia mí. — Sabes, esta noche podría ser aún mejor — me dice, con un toque sugestivo en la voz.

Levanto una ceja, intrigada. — ¿Ah, sí? ¿Y eso cómo sería?

Me susurra algo al oído y noto que el rubor me sube a las mejillas. Dmitri y Nikolai nos observan con una expresión entre divertida y expectante.

Nikolai se ríe. — Parece que Aleksandr tiene algo planeado.

Los ojos de Dmitri se cruzan con los míos, con una chispa en ellos. — ¿Deberíamos trasladar la fiesta a la playa?

Asiento con la cabeza, con la emoción creciendo en mi interior. — Vamos — digo, poniéndome de pie.

Dejamos la mesa y caminamos tomados de la mano hacia la orilla. El aire de la noche es cálido y el sonido de las olas rompiendo contra la playa es relajante. La luz de la luna se refleja en el agua, creando un camino de luz que parece conducir directamente al corazón del mar.

Cuando llegamos a la orilla, Nikolai empieza a desabrocharse la camisa. — El último en llegar al agua tiene que preparar el desayuno — declara, con tono desafiante.

Dmitri no lo duda, se despoja rápidamente de su ropa y corre hacia el mar. Aleksandr lo sigue, y yo me río, cautivada por su energía juguetona.

Me quito rápidamente la ropa, me pongo el bañador y me meto con ellos en el agua. El mar está cálido y la sensación de nadar bajo las estrellas es estimulante.

Nikolai me salpica con el agua, con un brillo travieso en los ojos. — ¡Vamos, Emma, enséñanos lo que tienes!

Le devuelvo el chapoteo y pronto estamos todos riendo, jugando en el agua como niños. Es despreocupado y divertido, un momento de pura alegría.

Al cabo de un rato, bajamos el ritmo, flotamos de espaldas y miramos las estrellas.

Dmitri nada hacia mí y me abraza. — Sabes, podría acostumbrarme a esto — murmura.

Aleksandr se une a nosotros, su mano encuentra la mía bajo el agua. — Esto es perfecto — dice.

Nikolai flota cerca, con los ojos en el cielo. — Deberíamos hacer esto más a menudo.

Asiento con la cabeza, sintiéndome completamente satisfecha. — No quiero que esta noche termine.

Aleksandr me besa suavemente, sus labios cálidos contra los míos. — No tiene por qué. Todavía no.

Nos quedamos en el agua un rato más, hablando en voz baja, besándonos y disfrutando de la compañía del otro. Cuando finalmente regresamos a la orilla, nos resistimos a abandonar la magia del mar.

Envueltos en toallas, nos sentamos en la arena a contemplar el horizonte. La noche está tranquila, el único sonido es el suave chapoteo de las olas.

Dmitri tira de mí y su mano dibuja patrones en mi espalda. — Creo que hemos ganado la apuesta del agua — dice sonriendo.

Nikolai se ríe. — Solo porque nos distrajiste con tu encanto, Dmitri.

El brazo de Aleksandr me rodea los hombros, su presencia es reconfortante y fuerte. — Creo que esta noche hemos ganado todos — dice, mirándonos a cada uno con una suave sonrisa.

Me inclino hacia él, sintiendo el calor de su cuerpo. Esto es la felicidad. La noche termina mientras nosotros caminamos de vuelta a la villa. Mientras nos acomodamos, mi teléfono suena con un nuevo mensaje.

Es Kate. No sé cómo reaccionar ni qué hacer. Pero es mi hermana. Hace mucho tiempo que no se ponía en contacto conmigo así, y el hecho de que pensara que era lo correcto, me hace sentir de cierto modo. Más feliz de lo que esperaba. Supongo que, pese a todo, es mi hermana.

Hola Emma. Estoy aquí en Chicago, pensando en ti. El nuevo Madden me mantiene ocupada, pero siempre hay un momento del día en el que me encuentro recordando nuestro tiempo juntas. He tenido mucho tiempo para pensar en todo lo que ha pasado. Sé que metí la pata, más de lo que puedo expresar. Lo siento, Emma. Realmente lo siento. He estado trabajando en mí misma, tratando de ser mejor, de hacerlo mejor. Veo fragmentos de la vida que estás construyendo, y no puedo evitar sentirme feliz por ti. Siempre has merecido encontrar la felicidad y parece que ahora estás viviendo tu mejor vida. Eso me alegra, de verdad. Te echo de menos, hermanita.

Echo de menos nuestras bromas, nuestras charlas sinceras y que siempre tuvieras las palabras adecuadas. Entiendo si las cosas no pueden volver a ser como antes, o si no estás preparada para hablar. Solo quiero que sepas que estoy aquí, siempre que quieras.

Me quedo sentada un momento, con el teléfono en la mano, sintiendo una oleada de emociones. Siento tristeza por el tiempo que perdimos, un poco de rabia por el dolor que sufrimos, pero, por encima de todo, siento un rayo de esperanza. La esperanza de que tal vez, solo tal vez, podamos encontrar el camino de regreso entre nosotras.

Miro al mar, su inmensidad me recuerda las infinitas posibilidades que ofrece la vida. Pienso en el viaje que he emprendido, en la nueva vida que he construido con Aleksandr, Dmitri y Nikolai, y en cómo me han demostrado lo que significan realmente el amor y la confianza. Y ahora, este mensaje de Kate, que abre la puerta hacia un pasado que creía haber dejado atrás.

Son muchas cosas que procesar, mucho que considerar. Pero en este momento, siento una sensación de paz. Tengo un futuro lleno de amor, un pasado que pide perdón y una oportunidad para sanar.

Guardo mi teléfono. Por ahora, quiero vivir el presente, disfrutar de esta hermosa escapada con los hombres que se han convertido en mi mundo.

Sin embargo, en mi corazón, siento cómo va tomando forma una decisión. — Creo que iré a verla — me digo en voz baja.

La idea de ver a Kate, de reparar lo que se rompió, me infunde una leve esperanza. Con el amor y el apoyo que tengo aquí, estoy preparada para afrontar el pasado y abrazar lo que me depare el futuro. Es un paso hacia la curación, hacia un nuevo comienzo.

EL FIN

Si buscas más historias de harén inverso, espera con impaciencia: La

Madre Sustituta del Jefe Bratva. El Club de los Millonarios Bratva - Libro 2.

Otros libros de Celeste Riley

Deseos Oscuros:

(Libros sobre dominantes multimillonarios de la mafia)

Devoción Siniestra (Libro 1)

El Club de los Millonarios Bratva:

(Romance de harén inverso)

[La Niñera de los Jefes Bratva \(Libro 1\)](#)

[La Madre Sustituta del Jefe Bratva \(Libro 2\)](#)

[Los Caballeros de la Reina Bratva \(Libro 3\)](#)

La Familia Mafiosa Romano:

[El Jefe Mafioso y su Heredero Secreto \(Libro 1\)](#)

[Engrilletada por el Jefe de la Mafia \(Libro 2\)](#)

[Traicionando al Jefe de la Mafia \(Libro 3\)](#)

Reznek Bratva:

[Amante Bratva \(Libro 1\)](#)

[Amante Salvaje \(Libro 2\)](#)

[Amante Tóxico \(Libro 3\)](#)

El Club Secreto de Los Reyes:

[El Protector Oscuro \(Libro 1\)](#)

[El Mentiroso Malvado \(Libro 2\)](#)

[El Jefe Despiadado \(Libro 3\)](#)

SOBRE LA AUTORA

Celeste Riley escribe novelas románticas de diversos géneros, pero tiene una especial predilección por las historias de amor oscuro con un toque especial. El antihéroe es siempre su personaje favorito, y cree que incluso los villanos merecen amor.

Cuando no está sentada en oficina hablando con gente que se ha inventado, Celeste está leyendo su libro favorito o pasando tiempo con su familia y su colección de mascotas, a veces hilarante y a veces agotadora. En la vida real, es veterinaria.

También puedes visitar mi [página de autor en Amazon](#) para ver los libros que ya están disponibles.